

LA
CIVILIZACIÓN EGIPCIA Y GRIEGA
EN AMÉRICA.



L estudio de la antigüedad llama en gran manera la atención de los sabios; tanto, que no sólo individual, sino colectivamente se contribuye para poner en claro los orígenes de los pueblos.

Todo se necesita, en verdad; pues el hombre aislado, si no cuenta con fuerzas excepcionales, difícilmente puede llenar el papel que al verdadero sabio toca desempeñar.

Al mismo tiempo que en Madrid se celebra el Congreso de Americanistas, en Berlín se tratan asuntos científicos del Oriente, y la ciencia geográfica espera de Venecia resultados de valía.

Mucho se ha descubierto; pero bien se puede decir que no sabemos por qué fatalidad no se han estudiado á fondo gran parte de los objetos y monumentos en cuyas molduras y labores vemos signos preciosísimos de la inteligencia que ha llegado á petrificarse en los restos que poseemos. Sin embargo, no se crea que el arqueólogo estudia solamente los fragmentos materiales, sino que, además, penetrando en la conciencia de los pueblos, investiga cuáles fueron sus divini-

dades, y arranca á su inteligencia, hoy al parecer dormida, las ideas que en ella germinaron y florecieron, sirviéndose de los signos gráficos y fonéticos que las lenguas de los pueblos han conservado con textos vivos aún en las superficies y entrañas de las rocas, en las cubiertas de las tumbas y en el pecho de los dioses.

Al pretender nosotros penetrar por el intrincado origen de los pueblos americanos, tomamos una empresa hoy superior á nuestras fuerzas, no porque nos falten bríos para recorrer tan espinoso camino, sino porque en las circunstancias presentes no tenemos dónde colocarnos, no ya para dominar el horizonte racional de su historia, sino que ni aun el sensible.

Todavía no sabemos leer los pocos jeroglíficos conservados en preciosos códices. Todavía no tenemos reunidos los ricos tesoros que se encuentran esparcidos por las VIDAS DE LOS VARONES ILUSTRES de las *Ordenes religiosas* que han pisado aquellas comarcas, y en la conciencia de todos está la urgencia de lo que digo.

Las historias escritas por los misioneros, además de las curiosísimas cartas que aún se conservan inéditas, no llegan por lo general á manos de quienes pueden sacar todo el partido posible de ellas, perdiéndose unas y sirviendo otras, al caer en poder de algún atrevido, para que se dé nombre con trabajos ajenos.

Nosotros, al escribir estas líneas, creemos que una vez que tan preciosos restos andan dispersos, débese ante todo empezar por reunirlos en obras especiales, buscando acceso para entrar en las bibliotecas donde tan venerandos materiales se encuentran tal vez cubiertos de polvo. Así podremos más tarde llegar á formarnos una cabal idea de los pueblos que han dejado en América construcciones tan soberbias como las de Palenqué y Uxmal, ídolos como los mejicanos, enterramientos como los del Perú, y, sobre todo, lo admirable de la unidad teogónica en el Norte, Centro y Sur de las Américas.

Somos, pues, de parecer que, hoy por hoy, no debemos salirnos del método comparativo, aunque es cierto que él

nos conduce al resultado que apetecemos; pero no es nuestro ánimo abarcarlo todo, sino circunscribirnos á tres puntos principales, y éstos pertenecientes á la América del Centro y del Sur.

Méjico, Perú y Chile serán los puntos de nuestro estudio. Compararemos sus teogonías, sus artes y sus lenguas con las teogonías, artes y lenguas de otros continentes; y si el juicio en su esencia es la comparación de dos ideas, juzgaremos; y si el raciocinio está informado por una operación idéntica, en que intervienen entonces los juicios, deduciremos las consecuencias, si no ciertas, puesto que los juicios no han de ser categóricos ni absolutos, al menos probables, ya que no podemos menos de servirnos en ciertas ocasiones de la hipótesis.

TEOGONÍAS.

Una es la naturaleza del hombre, caracterizada esencialmente por el entendimiento. Potencia tan sublime no sólo penetra por el mundo de los seres materiales, sino que los espíritus caen también bajo el dominio de su fuerza cognoscitiva. Con semejante facultad relacionando á veces los seres posibles, parece que el hombre crea, si bien no puede en rigor admitirse, porque nunca le falta algo preexistente. Tal sucede con los seres finitos.

¿Podrá el sér humano crear ó realizar la divinidad? Mucho menos. Sin conocimiento no hay efectos intencionados; el del hombre, encerrado en límites estrechos, si conoce la existencia de la divinidad, en cuanto causa, en sí misma es inaccesible: porque la intuición pura mundana no es más que un sueño con cuyos recuerdos han despertado algunos filósofos: y la idea de la divinidad no puede menos de ser intencionada.

¿Es posible la idea de Dios? Esto no ofrece dificultad alguna. Que sea clara y adecuada relativamente á su esencia es ya cuestión muy diferente respecto de los entendimientos humanos. No pudiendo tener cabida de semejante modo en

todo el *Cosmos*, ¿se reduciría á concentrarse en una de sus más ínfimas criaturas?

¿Es posible la existencia de Dios? Para muchos filósofos, esta verdad es un postulado. Corolarios de ella aparecen el celeberrimo argumento de San Anselmo *à priori* para probar la existencia del Ser Supremo, y el dicho de San Bernardo (*De consolatione*, 5.º, cap. X): *Quid est Deus? Id quo melius nihil cogitari potest.*

La idea de la divinidad es esencial al hombre; por eso todos la tienen de una manera más ó menos oscura. Pero el hombre por sí solo, ¿puede alcanzar la verdadera noción de ella? He dicho que esa idea le es esencial en cuanto humano. Nada de lo esencial le puede faltar; no pudiendo faltarle, por sí mismo la podrá adquirir, si es que no es innata al hombre. Débese, pues, admitir en el hombre una tendencia inquebrantable á la idea de Dios; pero como cada individuo discrepa ya en su manera de pensar, en cierto modo necesita una fuerza que encauce los pareceres diferentes, y si esto en el orden social realiza la autoridad, ¿no es natural que suceda lo mismo tocante á la divinidad? ¿Deberá admitirse *también* una autoridad para ello? ¡Quién lo duda! Entre los escolásticos, da existencia á la *Revelación*, y para los racionalistas diviniza la *razón humana*; consecuencias muy lógicas para unos y otros. Yo no admito *todo* lo que dicen los escolásticos, pero tampoco creo que seamos nosotros variaciones del *gran todo*, que los últimos deifican.

Dado el distinto pensar de los hombres, la idea de la divinidad fué variando, y unida á ésta siempre la práctica de un culto, éste revistióse de formas diferentes, dando origen á la idolatría.

Fijémonos en ésta unos instantes. Prescindamos de lo puramente teológico por no ser del caso, y hagamos algo de historia.

En nuestros apuntes acerca de los orígenes de España, Francia é Italia, tratamos del dato de Genebrardo relativo á la contemporaneidad del diluvio y de la irrupción del Hyksos en el Egipto, para hacer ver que la cronología de los intérpretes es insuficiente, y por lo tanto, puede tener valor y

de hecho vale hoy la autoridad de Filón el judío (libro 1.º, de sus *Antigüedades*), cuando dice que antes del Diluvio, en tiempos de Tubalcain, ya tuvo existencia la idolatría. Según lo cual, se explica perfectamente el texto de San Clemente Alejandrino (libros 1.º y 3.º, contra Juliano). Y se pone en claro que Enoch no reprendía á nadie por actos futuros, sino por los presentes, como puede verse en Tertuliano, libro 1.º, de *Idololatría*; tanto más debe admitirse nuestro modo de pensar, cuanto que Casiano (colección 8.ª, cap. XXI) insinúa poco más ó menos lo mismo que vamos diciendo al escribir que los hijos de Seth al casarse con las hijas de los hombres (las hijas de Caín) (1.ª) aprendieron las artes mágicas y las supersticiones, teniendo por dioses al fuego, al aire y á los demás elementos.

Voy á copiar lo que San Epifanio tiene al principio del *Panario*, tratando de Pharug.

Et incepit idololatría inter homines ac groecismus velut cognitio quae ad nos devenit, habet. Non dum autem in statuís et sculpturis lapidum aut lignorum aut ex argento et auro aut ex alia materia factis, sed solum per colores et imagines hominis mens ipsa malitiam excogitavit et per liberum arbitrium rationisque ac mentis vim, pro bonitate iniquitatem recepit.

Pero hoy nadie puede en vista de los conocimientos y datos que poseemos y que los santos padres no tuvieron (que si ellos los conocieran no los ocultaran, pues á veces avanzan más que nosotros en lo atrevido y que hoy se llama peligroso de las ideas, aunque esto último es hijo de un sistema ignorante ó astuto. Véanse, por ejemplo, los PP. Alejandrinos y los que en épocas posteriores les han sucedido), nadie puede menos de colocar en una época anterior, pues no sólo pinturas, sino estatuas aparecen.

Estas, según el mismo San Epifanio, son invención de Thare, padre de Abraham: *Idolorum cultum qui per colores et picturam inductum fuerat sub Sarug, per industriam Thare auctum aut roboratum esse, eo statuas ex luto aliave materia confectas, ut impie loco Dei colerentur fingente atque eformante.*

Nada más natural que esta exposición admirable de San Epifanio, y que para nosotros, teniendo en cuenta la ma-

yor antigüedad que concedemos, es un dato de gran valía.

Nos gusta siempre que escribamos tener en nuestro favor autores de nota, y como la intención que llevamos no es otra que relacionar los datos antiguos y modernos, seguimos al afirmar la existencia anterior de la idolatría, aun sin abandonar las cronologías patrísticas, á Genebrardo, que coloca su introducción en tiempo de Enoch, también bajo el punto de las estatuas, cuando dice en el primer libro de su cronología, pág. 10, columna segunda: *Tempore Enos coepit idololatria fictiorumque Deorum cultus. Hic solus in sua familia veram et avitam religionem retinens.*

La interpretación dada por Casiano en las palabras arriba citadas al oscuro pasaje del capítulo VI del Génesis *benê haélohim* y *benôth hàâdâm* no es la más conforme al valor gramatical en ellas encerrado (1). Hay en ellas un valor diferente y que nos sirve para ir asentando cuanto contribuye necesariamente á nuestro asunto. Nadie negará la grandísima utilidad que dimana, y la extraordinaria claridad que se difunde cuando se procura comparar muchos puntos exegéticos con los descubrimientos modernos. Las teogonías de todos los pueblos tienen enlaces necesarios con muchísimas opiniones de los expositores bíblicos, y aun á veces han llegado á traslucir con su penetrante inteligencia lo que brillaba aun bajo las ruinas de los primitivos templos y mausoleos.

Si general ha sido la idolatría, general ha sido también la creencia en los gigantes; dioses que lo mismo se encuentran en nuestras regiones que en las más apartadas mesetas y montañas; y si su naturaleza es considerada como divina-humana, á ellos van unidas todas las ideas de las soberbias y robustas construcciones cuyos restos prodigiosos llevan la admiración y el recogimiento al que no puede menos de contemplarlas en silencio.

De aquí tuvo, pues, principio la multitud de héroes dioses, así como de la idolatría, la multitud de divinidades.

(1) Véase *Studien zur kritik und Erklärung der Biblischen urgeschichte*, pág. 61; Zurich, 1863, y se convencerá el lector con el estudio que allí publica *Schrader*.

Para que la cuestión sea tratada brevemente y sin ningún género de parcialidad, asentaré lo que se ha dicho acerca del particular, poniendo al pie de la letra algunas autoridades. Hacemos esto, porque si llegáramos á decir solamente que abrazábamos en un todo las conclusiones del eminente Lenormant, se nos tendría por poco menos que por impíos. Pero gracias á Dios en España también se va formando ya un criterio científico de tal naturaleza, que no se acepta más que lo que se prueba; y las medianías que campeaban en el olimpo del saber, caen hechas pedazos de sus alturas, lo mismo que la estatua que tenía los pies de barro. Continuemos.

Tunc etiam gigantes coeperunt esse in terra quos scriptura vocat Anachim.—R. Salomo G. 6.

Ab Anac primo gigante de cognatione filiorum Dei sive Seth (I). Aben-Ezra. G. 6.º A uno y otro autor también cita Genebrardo pág. II.

Atenágoras en su defensa de los cristianos, al fin (bibliotheca magna patrum); tomo 9.º dice:

Ex angelis amatoribus virginum gigantes natos esse cum aliqui res divinitus concreditas male in terris administrassent: atque ideo reditu in cælum negato circa aerem et terram obversari solitos. Animas item gigantum daemones circa mundum oberrare et libidinibus curam gerere.

Sulpicio Severo en su Historia sagrada, libro I, hace constar: *angelos quibus coelum saedes erat humanam corrupisse progeniem gigantesque procreasse, cum diverse inter se naturae permixtio monstra gignat.* San Justino mártir en su Apología de los cristianos dirigida al Senado romano, escribe: *Angeli dei dispositionem transgressi mulieribusque mixti filios procrearunt qui doemones dicti sunt.*

San Ambrosio parece más seguro en ello cuando no tiene dificultad en presentar que: *Non poetarum more gigantes illos*

(1) Sigue la misma interpretación que Casiano. El primero que parece haber tenido tal modo de pensar es Julio Africano en su crónica escrita en la primera mitad del siglo tercero.

terrae filios vult videri divinae scripturae conditor, sed ex angelis et mulieribus generatos asserit.

Si atendemos á las interpretaciones de Aquila y de Symmacho, tenemos del primero υίον των θεων y del segundo των δυναστεων των; pero si se ha de creer á San Agustín citado por Lenormant, de *civitate Dei* XV, 23, algunos manuscritos de los setenta intérpretes tenían en el cap. VI (2 y 4) del Génesis ἄγγελοι τον θεου, en lugar de υίοι του θεου añadiendo el sabio francés que parece positivo que se hallara así en los textos originales de los traductores alejandrinos.

¿Cuál fué su origen? Lenormant trata magistralmente la cuestión en sus *Orígenes de la Historia*. Conocemos perfectamente cuanto hay escrito sobre la materia, tanto por lo que toca á los intérpretes hebreos, rabínicos, griegos y latinos, como á los que siguiendo sobre todo á los últimos á partir de las opiniones generalizadas en el siglo IV, nos dan á conocer sus pareceres en las lenguas vulgares. Bástanos probar la existencia del hecho, y eso lo hemos llevado á cabo tal vez con exceso.

Todas estas ideas se infiltraron en los pueblos, tanto que no solo en los primeros tiempos tuvieron existencia, sino que se aplicaba aún á tiempos algo modernos. Léase lo que á continuación ponemos de Filostrato. (*In suis Heroicis.*)

Praeterea et in Pallene quam poetae Phelegram nominant multa quidem hujus modi corporatellus, gigantum qui illic castramentati sunt, continet, multa vero imbres ac terrae motus detegunt. Neque audet pastor circa meridiem in eo loco versari substrepentibus simulacris qui in ipso insaniunt: y en otro lugar hablando de Fhlegra Macedónica, cap. XIV: Admonet Fhlegra ubi antequam oppidum fieret, rumor est militia mundi dimicatum cum gigantibus, y luego:

Illic si quando ut accidit nimbis torrentes excitantur et aucta aquarum pondera ruptis obicibus valentius se in campos ruunt, aluvione ossa etiam nunc feruntur detegi quae ad instar sunt corporis humani, sed modo grandiori quae ob enormem magnitudinem monstruosi exercitus jactant extitisse id que adjuvatur argumento saxorum inmanium quibus opugnatum caelum crediderunt.

Palabras tan notables de Filostrato prueban además que existen lugares en los cuales podemos aun tal vez encontrar preciosos datos que sirvan para los estudios del antropólogo y del arqueólogo.

Los gigantes, según Baruch (III. 26), eran robustos y belicosos. San Jerónimo, citando á Symanacho, los llama violentos y feroces.

¿Cuándo existieron? Vatablo al parafrasear las siguientes palabras de la Biblia: *In principio erat verbum: nondum erant abyssi et ego jam concepta eram*, se ocupa de ellos. San Agustín, *de civitate Dei, cap. 23, lib. XV* nos dice: *Hæc libri divini verba satis indicant, jam illis diebus fuisse gigantes super terram quando filiis Dei acceperunt uxores filias hominum.*

¿Con la opinión de Vatablo parecen confirmarse las ideas de Rawlinson (1) respecto de las dos razas que reconocían los Babilonios *Adames* (raza negra) y *sarku* (raza blanca), correspondientes á *hijos de los hombres é hijos de Dios*? Esto, en verdad, es echado por tierra con las ideas de Friedrich Delitzsch (2), pero que teniendo en cuenta que semejantes ángeles caídos son confundidos con los demonios, parece quedar en pie la cuestión al decir Lenormant lo siguiente (3):

Et cette demonologie est sûrement bien antérieure à celle du zoroastrisme, sur la quelle elle à puissamment influé: elle remonte aux plus anciennes époques de la civilisation qui fit sortir de cette contrée les Tèrà hites. Il y a même de fortes raison de croire qu'elle est le reste d'une antique religion des peuples non sémitiques de Schoumer et d'Accad, et aurai regné sur le bassin inferieur de l'Euftrate et du Tigre antérieurement à l'âge ou commença la pre-dominance du pantheon semitique de Babilone.

Pasemos ahora á las regiones americanas y veamos si existen algunas relaciones en este punto. Para la idolatría el traer pruebas sería inútil, cuando en la conciencia de todos

(1) Report of the fortieth meeting of the British Association for the advancement of science at Liverpool.

(2) G. Smith's Chaldæische Genesis.

(3) *Les origenes de l'Histoire*, pág. 319.

está, incluso los ignorantes, la multitud de disformes dioses que en ellos eran adorados.

Respecto de la gigantología, encontramos pruebas muy valiosas, datos que envuelven el mismo concepto, conceptos que suponen una misma inteligencia, si no individual, porque no es posible y no somos partidarios del entendimiento universal de Averroes, al menos una inteligencia que supone comunicación, ó semejanza entre pueblos y pueblos.

La pirámide de *Cholula* se suponía obra de gigantes. Cayó sobre ella la ira de Dios.

Motolinia, en su historia manuscrita, de la que da cuenta *Bourgbourg*, en sus *Recherches sur les ruines de Palenquè*, da cuenta de cuatro edades. La primera, es la de *Tezcatlipoca*, quien dió al sol doble de aumento por la poca luz que tenía: vivieron entonces los gigantes ó *Quinamés*, que desaparecieron á causa de una hambre, pues los Jaguars los devoraron. La historia de *Motolinia* se llama el *Codex Chimalpopoca*.

Lo mismo aparece en el *Codex Vaticanus*. La primera edad es la de los gigantes ó *Quinamés*, primeros habitantes del *Anahuac* y destruídos por una hambre. Esto mismo se recuerda en algunas otras comarcas del mundo de los Andes.

Pero si esto era en épocas remotas, también aparecen relaciones del mismo género aun en tiempo de la conquista, y vamos á dar á conocer á nuestros lectores lo que leemos en Bernal Díaz del Castillo, cap. 78, obra publicada por el P. M. Fr. Alonso Remón, porque para nosotros es un punto muy notable aun arqueológicamente. Dice, pues, Díaz:

Cuando Cortés preguntó á Maese Escari y Xicotenga por las cosas de Méjico (eran los dos de Trascala) le dijeron... que les habían dicho sus antecesores que en los tiempos pasados que había allí entre ellos hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras que los mataron peleando con ellos y otros que quedaban se murieron é para que viésemos que tamaños é altos cuerpos tenían, truxeron un hueso ó zancarron de uno de ellos y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarron era desde la rodilla hasta la cadera, yo memdí con él y tenia gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo y truxeron otros

pedazos gruesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones: y tuvieron por cierto haber habido gigantes en esta tierra y nuestro capitan Cortés nos dijo que sería bien enviar aquel hueso a Castilla para que lo viese su Magestad y así lo enviamos con los primeros procuradores que fueron; tambien digeron aquellos mismos caciques que sabian de aquellos sus antecesores que les habia dicho un su ídolo en quien ellos tenian mucha devocion, que vendrian hombres de hacia la parte donde sale el Sol y de lejanas tierras é les sojuzgar, etc.

Pasemos á los datos verdaderamente teogónicos después de presentar algo de lo que dejamos consignado referente á la idolatría y á los gigantes, como datos necesarios para edificar sobre base sólida, puesto que son los fundamentos generales.

Un Dios sin nombre tenían los mejicanos, y un Dios sin nombre aparecía también en el Perú. En una y otra parte era considerado como el creador del Universo. Los primeros habíanle dedicado un templo en Tezcucó.

Sin duda, como el *sér*, causa de todos los *seres*, no puede ser concebido adecuadamente por la limitada inteligencia del hombre, nunca ha podido encontrarse un término (ni se encontrará) que signifique la totalidad de su ciencia infinita. Tampoco en su lengua le posee el egipcio, ni aun al griego le ha sido asequible, á pesar de la notabilísima perfección de la lengua de Homero, Platón, Demóstenes y San Juan Crisóstomo.

Pero, ¿qué nos pasa á nosotros? Las palabras con que nosotros le designamos, á pesar de la numerosa falange de teólogos que poseemos, ¿revelan y ponen á la inteligencia de alguno con indisputable claridad, siquier no sea más que la más insignificante propiedad (si alguna hay en él insignificante) de su naturaleza? El Dios innominado es de todos los pueblos, porque es el concepto verdadero de la Divinidad. *Manitu* (espíritu) le llaman los salvajes del Norte de América.

Tanto los egipcios como después los pueblos asiáticos, pusieron su veneración y respeto en los seres más poderosos

y notables de la naturaleza. El sol, la luna, las estrellas, los montes y los ríos eran seres misteriosos, en los cuales se consideraba encerrado el engrandecimiento ó la ruina de aquellos que merecían sus favores ó les habían causado su indignación. ¿Quién no sabe el culto grandioso que recibiera el sol en la región de los Yncas y los soberbios templos que allí se le construyeron? ¿No era antiquísimo también su culto en Méjico, teniendo estatuas colosales, lo mismo que la luna, en *Teotihuacan* y soberbios templos, cuyos restos aún se conservan? *Fonatuch* (el sol) y *Meztli* eran representados á manera de caras circundadas de rayos. Esto nos recuerda al Netón de los Accitanos, el Marte egipcio, el sol, y la preciosa lápida existente en el Museo Arqueológico de Madrid, cuyos signos egipcios nos dicen que representa al *señor extendedor de la vida*.

Es admirable en verdad la grande conformidad que existe entre semejantes teogonías; pero aún casi no hemos empezado á presentar semejanzas entre pueblos hoy separados por los mares. Si nuestras monedas *fenicias* indican en sus reversos templos, en cuyo fondo campea el sol; si nuestras lápidas (egipcias) nos dan á conocer al Dios *Sirio*, que era la señal de la inundación del Nilo cuando los habitantes de nuestras comarcas pedían agua *levantando sus pies, manos y cabezas al cielo*, en tiempo de una horrorosa sequía tenida por fabulosa, y si la estrella de los crepúsculos llena nuestra numismática, vemos que los mejicanos la cuentan entre sus divinidades, elevándola columnas, teniendo en ellas un astro como símbolo, á manera del que tenían los hebreos, según nos le presenta el P. Calmet en su obra *Diccionario Biblio* (tomos I y II). Raro es en verdad, que si bien no es en el mismo Méjico, lo es en Santo Domingo y en la isla de Cuba, donde se han encontrado simbólicas representaciones del Dios lingal, el falo, como puede verse en los estudios publicados por el Sr. Ferrer en la *Revista de España* y en el lujosísimo *Museo Español de Antigüedades*. ¿Qué significa todo esto para el lector, teniendo en cuenta que hay una Diosa llamada *Chicomecoatl* (de los alimentos), que es su *Ceres*; un Dios Baco, con el nombre de *Tezcatzoncatl*; un Eolo, con el de

Quetzalcoatl; dioses de los ríos, como los *Napatecutliz*, y aun Esculapio, denominado *Tocí* ó *Totec*? Eneas llevó los dioses manes al Latio; ¿quién los llevaría á Méjico?

En un mal envoltorio de secreto contenido, cuanto más en una piedra, decían encerrada la divinidad, lo mismo en aquellas naciones que en las del valle de Méjico. La majestad oculta no era más que un envoltorio (1). ¿No es un envoltorio lo que nos presentan Calmet, Tirino y demás intérpretes en las láminas de sus obras al presentarnos los dioses de los hebreos? Pasemos á la región de los Incas, y examinemos su religión.

Era compañera del culto en los *Tahuantinsuyus* la luna. Además del planeta Venus, colocaban en su Olimpo las *Pléyadas*, juntamente con las tempestades y el arco iris. Como natural consecuencia de esto, no debe extrañarnos venerasen al fuego y al aire. En ésta se producían, y por ella rodaban las nubes y el fuego se desprendía con el rayo; si del fondo de los ríos salían dioses, de las tranquilas aguas de los lagos brotaba la voz misteriosa de los genios, ¿por qué representaban al sol lo mismo que los mejicanos, y á la luna con aspecto de mujer con rayos de plata? Dice Pí Margall que aunque tales seres fuesen objeto de su culto, aún *no habían sabido hacer un Febo, una Diana, una Venus*, unas vírgenes, hijas de Atlante. También constituían su cielo los tutelares genios de las familias. No creo hallarse tanta distancia como el Sr. Pí y Margall indica respecto de la religión griega, cuando exclama: *¡Cuánto no distaba este antropomorfismo del de los antiguos griegos!* (2) El fondo es el mismo; la forma exterior varía. El griego tenía una idea completa de la belleza estética, que en las regiones americanas parecía en gran parte dormida. Con esto no queremos decir que la identidad ideológica fuese absoluta.

¿Quedaba en esto solo? Aún hay muchísimo más.

Tengamos en cuenta el culto de la serpiente. Entre los egipcios, era el símbolo de la vida *anx*. Aparece en muchísi-

(1) Pí y Margall: *América*, tomo V, pág. 245.

(2) *América*, tomo I, pág. 390.

mas estatuas y su valor religioso en modo alguno debe ponerse en duda. Aun cuando engañase á Eva en el Paraíso, es el árbol de la vida levantado por Moisés para que su contemplación sanara á los hebreos. Los griegos representan en sus monedas la escena del Paraíso (1), y Minerva en su yelmo no tiene horror á semejantes ofidios. No sólo envuelve las aras circulares que tenían los romanos comiendo los higos depositados en su parte superior (2), sino que vengadores de los dioses, salen del fondo del mar para ahogar entre sus anillos á los héroes arrogantes (3). Pero no deje olvidarse lo que dice el sabio Lenormant para tener en esta materia una debida claridad, que es: *Mais a coté de serpens divins d'un caractère essentiellement favorable et protecteur fatidiques ou mis en rapport avec les dieux de la santé, de la vie et de la guérison, nous voyons dans toutes les mythologies un serpent gigantesque personifier la puissance nocturne, hostile le mauvais principe, les ténèbres matérielles et le mal moral* (4).

Es verdaderamente el principio del mal en algunas teogonías. La serpiente *Apap* se atreve á pelear contra el sol (5), y entre los asirios existen los *Aiub ilani* (enemigos de los dioses) (6). Su envidia al hombre le lanza en la sima del pecado original, teniendo esto último un paralelismo extraordinario con el antiguo *Ophori*, dios serpiente (7), primer dueño del cielo, precipitado con sus compañeros al fondo del Tártaro por Cronos (8). Por nadie se pone en duda, dado el estado de la ciencia arqueológica en nuestros días, la íntima relación de culto de las serpientes y de las piedras. Sólo el considerar el zodiaco mejicano, era suficiente en último caso para convencer al que aún dudara después de los estudios del sabio

(1) *Manual de Numismática*. Henin, Atlas, plan. 27, núm. 6.

(2) *Le pitture antiche*, d' Ercolano, tomo III, pág. 127.

(3) Célebre pasaje de Virgilio referente á Laocoon.

(4) Lenormant. *Orígenes de la Historia*, pág. 99.

(5) Idem, id., pág. 100.

(6) Idem, id., id.

(7) Idem, id., id.

(8) Idem, id., id.

A. W. Buckland. Una serpiente enrollada mordiéndose la cola, contiene en su círculo los signos de los que el zodiaco se compone. Claro es que todo esto tiene una tendencia al sol asombrosa; el zodiaco por sí mismo lo dice, y los conos también á él están dedicados por lo general. ¿Debe extrañarnos ahora, lectores, que en las regiones americanas encontremos túmulos, y el célebre, sobre todo, de la gran serpiente en el Perú, con semejante carácter precisamente en la tierra de los Incas, donde tenía el sol mausoleos tan soberbios y un culto tan fastuoso? ¿Nos extrañará encontrar en el célebre manuscrito de Vergara un nombre para el cuarto Rey de Méjico, que sea (1) *la serpiente de Obsidiana* (Itzcohuatl), cuando para ellos los Reyes eran dioses en la tierra? El venerable Sr. Pí y Margall nos dice que en muchas partes del Perú se consideraba como deidad protectora una piedra que llamaban *guachecoal*, notable por su color y forma.—Se tenía en gran veneración á las piedras erguidas y solas (2). Lo mismo sucedía con los meteoros caídos y las piedras partidas por el rayo. Lo mismo acaecía en Méjico con la brillante piedra de obsidiana, y extraño será que las célebres aras de Lugo no pertenezcan al género propio de los segundos.

Basta que indiquemos solamente que todo esto puede admirablemente empalmarse con el culto asirio, y como el historiador no inventa, debíamos tomar cuanto acerca del particular encontramos en *Layard*, *Botta*, *Rawlinson* y *Oppert*, lo cual es muchísimo, y como todo esto está informado esencialmente por la civilización del país de los faraones, nuestro trabajo tomaría las proporciones de un libro que no se pide, en vez de las reducidas páginas de una Memoria.

Cerraremos esta primera parte con la comparación cosmogónica de varios pueblos. No se impaciente el lector si no encuentra á renglón seguido las consecuencias que se desprenden claramente formuladas, pues será lo último de nuestro escrito. Ahora sembramos nada más; luego procuraremos reunir las mieses que hayan fructificado.

(1) Lenormant. *Propagación del alfabeto fenicio*, pág. 25, tomo I.

(2) *América*, tomo I, pág. 388.

La cosmogonía del *Génesis* la suponemos como lo es en realidad demasiado conocida, según la traducción de la Vulgata. Pasemos por alto los datos algo diferentes de los intérpretes alejandrinos, y más en especial los modernos de *Lenormant* (1), *Ewald* (2), *Delitzsch* (3) y *Hupfeld* (4). Tan sólo daremos á los lectores las cosmogonías del Perú y Méjico, y las compararemos con las inscripciones cuneiformes del Imperio asirio. Así el trabajo de relación será completo y no le faltarán al lector los datos necesarios para juzgar en estas difíciles cuestiones.

Respecto del diluvio en Méjico, ninguno mejor que el sabio *Lenormant*, á quien traduzco en las siguientes líneas:

Corcox se salvó juntamente con su mujer Xochiquetzal en una barca, y según otros en una balsa de madera de Cupresus distscha. Pinturas referentes á esto han sido encontradas entre los Aztecas, Miztecas, Zapotecas y Trascaltecas y Mechoacaneses. Sobre todo, los últimos, tienen una conformidad notable con la narración del Génesis y las fuentes caldeas.

Se dice que Tezpi (Corcox), embarcándose en una espaciosa embarcación con su mujer, hijos y varios animales, y con granos necesarios para la conservación del género humano, empezó el diluvio. Cuando el gran Dios Tezcatlipoca ordenó que las aguas se retirasen, Tezpi mandó salir del arca un cuervo, el cual, como vivía de carne muerta, no volvió á causa de los muchos cadáveres que se encontraban en la tierra, ya seca. Tezpi mandó á otros y sólo volvió el colibrí con un ramito de hojas. Entonces Tezpi, viendo que el suelo volvía á cubrirse de verdura, salió de la embarcación en el monte de Colhuacan.

En el *Codex vaticanus*, uno de los más preciosos para conocer la cosmogonía mejicana, se tienen las cuatro edades. La primera es la de los gigantes ó *Quinamés*, primeros habitan-

(1) *Lenormant. Orígenes de la Historia.*

(2) *Fahrbücher der biblischen Wissenschaft.*

(3) *Commentar über die Genesis.*

(4) *Die quellen der Genesis und die Art in ihrer Zusammensetzung.*

tes de Anahuac, detruídos por un hambre. Se llamaba *soleil de tierra* (Tlatonatiuh), Sol de la tierra.

La segunda, *sol del fuego* (Tletonatiuh). En ella se transforman los hombres en pájaros á la bajada de Xiuhteuctli, el Dios del elemento ígneo. Una pareja refugiada en una caverna pobló el universo.

La tercera, *del viento* (Ehécatonatiuh). La catástrofe que la termina es un huracán terrible, suscitado por Quetzalcohuatl, el Dios del aire. Con pocas excepciones, los hombres, en medio del huracán, fueron convertidos en monas.

Por último, *sol del agua*, Atonatiuh. Termina con una verdadera inmensa inundación, con un verdadero diluvio. Todos fueron cambiados en peces menos un individuo y su mujer, que se salvaron en un ciprés.

Para que aparezca más claridad, es utilísimo presentar la traducción dada por Brasseur de Bourg Bourg.

Después de dar cuenta del *Codex Chimalpopoca*, que es la obra del español ya citado, en el cual las edades (soles) son: primera, la de los yaquars (tigres) que devoraron á los gigantes. La segunda, del viento: en ella los hombres se perdieron, llevados que fueron por el viento, y se transformaron en monas. Fué la tercera *del fuego*, llamada también de *Halocan-Tenctli* (señor de las regiones inferiores), epíteto habitual de *Mictlantenctli*, el Plutón mejicano; concluyó con una lluvia de fuego, y los que no perecieron debieron convertirse en pájaros; y la última, la *del agua*, que termina con el diluvio. Tal es la traducción dada por Brasseur, que se considera como exacta entre los americanistas (1).

Celui-ci est le soleil appelé Nahui-atl (4 eau). Or l'eau fut tranquille pendant quarante ans, plus douce, et le vivait pour la troisieme et la quatrieme fois. Lorsqu' arriva le soleil Nahui atl, il s'etait passé quatre ans, plus deux siecles, plus soixante et seize ans. Alors tous les hommes furent perdus et noyés et se trouverent changés en poissons. Le ciel se rapprocha de l'eau. En un seul jour tout se perdit, et le jour nahui-xochitl (4 fleur) consuma tout notre chair.

(1) *Histoire des nations civilisées du Mexique*, tomo I.

Et cette année était celle de ce-calli (I maison) et le jour nahui atl tout fut perdu. Les montagnes même s'abimèrent sous l'eau, et l'eau demeura tranquille pendant cinquante-deux printemps.

Or, sur la fin de l'année, le dieu Titlacahuan avait prevenu Nata et son épouse-Nena, disant: Ne faites plus de vin d'agave, mais mettez vous à creuser un gran cyprès chauve, et vous y entrez, lorsqu'au mois tozontli l'eau se rapprochera du ciel.

Alors ils y entrèrent, et lorsque le dieu en eut fermé la porte, il dit; Tu ne mangeras qu'une seule gerbe de maïs, et la femme une aussi.

Mais, des qu'ils eurent fini, ils sortirent de là: et l'eau demeurait tranquille, car le bois ne remuait plus, et en l'ouvrant ils commencerent à voir les poissons.

Alors ils allumèrent du feu, en frottant des morceaux de bois, et ils firent rôtir des poissons. Les dieux Citlalliucué et Citallatonac, regardant aussitôt en bas, dirent: Seigneur divin, quel est ce feu que l'on fait là? Pourquoi enfumet-on ainsi le ciel?

Aussitôt Titlacahuan-Jezcatlipoca descendit. Il se mit à gronder, disant: Qui a fait ici ce feu? Et saisissant les poissons, il leur façonna les fesses, leur arrangea la tête, et ils furent transformés en chiens.

También expone D. Fernando de Alba en su *Historia de los Chichimecas* que la primera edad fué la del agua, que empezó en la creación, concluyendo con el diluvio; la segunda, la edad de la tierra, en la que vivieron los gigantes descendientes de los pocos que sobrevivieron de la primera época. Un temblor terrible les puso término; la tercera, la del viento; un terrible huracán la termina con el fuego.

También las encontramos en el *Popol-Vuh*, colección de las tradiciones de los indígenas de Guatemala.

Ahora bien; siguiendo á Bunsen (1) dice Lenormant (2): *Obsérvese que la tradición del diluvio no es originaria, sino importada quizá en América; que seguramente no han podido menos de recibirla las poblaciones de raza roja entre las cuales se encuentra.*

(1) *Christianity and mankind*, t. IV, pág. 121.

(2) *Les origines de l'histoire*, pág. 490.

¿Qué deducimos de esto? ¿Quién llevara semejantes creencias al continente americano? El origen se encuentra, no hay que dudarlo, en las cosmogonías del centro del Asia; pero ¿quiénes han sido los portadores? Somos del parecer del Sr. Amador de los Ríos, respecto de lo que dice al principio del tomo primero, en su *Historia de los judíos*, tratando de estos últimos, sobre si pudieron y se encontraron en las Américas. Su respuesta negativa es la nuestra. Con todo, no dejaremos sin aclarar las preguntas de arriba. Para que nuestros lectores puedan con un conocimiento completo de causa hacer la debida comparación entre cosmogonías y cosmogonías, refiriéndolas después á sus respectivas fuentes, daremos á conocer, antes de entrar en el Asia, las de los *Yuracarés* y *Quichés*.

Según los primeros, empezó el mundo por vastos y frondosos bosques. Un espíritu maléfico, *Sararuma*, le incendió. Tan sólo un hombre pudo cerrarse en una cueva, y por medio de una varilla, al sacarla, viéndola ilesa, conoció el fin del cataclismo. Á su salida todo era un erial. Como anduviera triste y solo, *Sararuma* le dió un puñado de semillas, las sembró y salió un hermoso bosque. Luego dió con una mujer de quien tuvo una hija, la cual lloraba su soledad. Puso los ojos en un árbol llamado *Ulé*, de purpúreas flores, y le amó tanto, que no pasaba día que no le embelleciera y hablara: «¡Si fueras hombre! decía. Le vió transformado en mancebo; pero teniéndole de noche,» la aurora se lo robaba. Habiéndole atado por consejo de su madre, pudo tenerle por esposo.

En la caza murió entre las garras de un jaguar. Su esposa después reunió los miembros del infortunado marido, y tal fué la copia del llanto, que le volvió á la vida (1).

Pero queriendo beber en las aguas de un arroyo, vióse en ellas, y como le faltara parte de la mejilla, negóse á seguir á su consorte. *Ulé* encargóle al despedirse que no volviera la cabeza (2), aunque sintiera caer hojas y ramas de los árbo-

(1) Los griegos refieren la muerte de Adonis.

(2) Como la mujer de Loht y el bellissimo pasaje de Euridice y Orfeo en la Georgia cuaita de Virgilio.

les, y no obedeciendo, perdió el camino y la razón, yendo á una cueva de tigres. Por más cuidado que puso la madre de semejantes animales, fué despedazada la huéspedada por uno de ellos. Como dentro de su seno tuviese una criatura, recogióla el animal cruel y la llevó á su madre. *Teri* tuvo por nombre y fué educado por la madre de los tigres, quien llevaba en retorno mucha caza.

Un día quiso matar á una *paca* (brasileña) y erró la dirección. Entonces *yxete* (así se llamaba allí el animal) le dijo: vives entre los que han dado muerte á tu madre, y á mí, que nada te he hecho, me quieres quitar la vida. *Teri* entonces se propuso matar los tigres, y uno se salvó, para ponerse á salvo del cual subióse á un árbol exclamando: *Favorecedme, palmeras; salvadme, sol y estrellas; socórreme ¡oh luna!* Le oyó la luna, y ocultándole, evitó las pesquisas.

Teri llegó á ser el señor del mundo. Presentó á su protectora el más precioso tigre que caminara por los bosques.

Cayu nació de una de las uñas, al saltársele, de *Teri*. Asistieron al convite de dos aves, y en él se prepararon las viandas con sal. En otro convite, el vaso se llenaba por sí solo tan pronto como estaba vacío; pero *Teri* por curiosidad le tocó con su varilla, y volcándole, vino la inundación del mundo, en la que pereció *Caru*; pero buscados por *Teri* los restos, les devolvió la vida.

Cohabitaron con dos aves y tuvieron cada uno hijo é hija. El hijo de *Caru* murió, y *Teri*, para volverle á la vida, mandó á *Caru* le buscara, pero que no le comiese. No le halló, y sí unas plantas de maní cubiertas de fruto. Las comió, oyendo al instante á *Teri*: *Acabas de comer á tu hijo y me has desobedecido. Quedáis en castigo, tú y todos los hombres, sujetos al trabajo, al dolor y á la muerte.*

Caru volvió á comer á su hijo. Sacudió *Teri* un árbol y cayó un pato. Le mandó comerle y *Caru* obedeció. Díjoselo *Teri*, y horrorizado arrojó lo comido, saliendo de su boca los papagayos, los tucanes y otros pájaros. Fueron *Teri* y *Caru* á ver á la madre de los tigres, y la quisieron matar porque tenía sangre en los labios; pero supieron que era de uno muerto por una serpiente, y la convirtió en gallinazo, y co-

mo llamase á una cigüeña para que destruyese á la serpiente, salieron del agujero donde la serpiente se guarecía los mansiños, los solostos, los quichnas, chiriguanos y otros muchos pueblos.

Y como Teri dijera á los pueblos que era conveniente su división, y que introduciría entre ellos la discordia y la enemistad, llovieron del sol multitud de flechas que sirvieron de armas á aquellos pueblos. Luego Teri se retiró al Occidente cual se lo indicara el pájaro de brillantes plumas.

Esto está tomado casi al pie de la letra de la *Historia de América*, del Sr. Pí y Margall, pág. 592, tomo I.

Ahora bien; ¿quién al leer lo anterior no conoce desde luego la tradición egipcia de que nos da cuenta Maspero en la que Set hace pedazos á Osiris y esparce sus miembros para que no vuelva á aparecer? (1)

¿Quién no echa de ver el genio griego oculto y velado en la misma cosmogonía, que más bien parece un trozo del libro de las *Trasformaciones*, de Ovidio, que otra cosa? ¿Quién no recuerda el Génesis al presentársele el maní cubierto de frutos, y por gustarlos queden los hombres sujetos al trabajo y al dolor? La cosmogonía de los yuracarés es un punto de partida de gran valía para traslucir algo de influencias extrañas. Creemos por los datos en ella encerrados que no es anterior á los griegos, y si más tarde indicaremos algo, como lo haremos, en este sentido, creemos que el Congreso debe tomar en cuenta las ideas que presentamos, no porque sean nuestras, sino por ser legítimas consecuencias de los monumentos que poseemos y de los escritos de algunos sabios.

Aún más confirman todavía nuestro modo de presentar las materias, las doctrinas de los Quichés. No parece sino que estamos leyendo el libro donde sublimemente se estampa: *nondum erant abyssi et ego jam concepta eram*, y el principio del libro arriba citado del facilísimo Ovidio.

Tal cual encuentro lo que dice el *Popol-Vuh*, según el Sr. Pí y Margall, tal lo traslado, porque creería profanar

(1) *Historia antigua*, pág. 32.

este punto de tan venerable escritor si introdujera alguna mudanza.

En un principio, dice el Popol-Vuh, todo era silencio y calma; vacía estaba la inmensidad de los cielos. No había ni hombres, ni fieras, ni aves, ni peces, ni hondonadas, ni barrancos, ni piedras, ni plantas. No se había manifestado todavía la tierra. No existían sino los cielos y la mar inmóvil. Reinaban las tinieblas, la noche. Sólo allá sobre el mar tranquilo brillaban como luz que aumenta el Creador, el Formador, el Dominador, la serpiente de plumas, los que engendran y los que dan la vida. Hablóles el verbo de Dios (1) y resolvieron: Retírense, dijeron, las aguas, y pareció la tierra (2). Como niebla se formó cuando, á manera de cabrajes, salieron del mar las montañas...

Habló entonces el que engendra y el que da la vida, y dijo: ¿Y se han hecho acaso los montes y las selvas para que estén silenciosos é inmóviles? Creó en seguida á los ciervos y los pájaros...

Viendo el Criador y el Formador que los animales no acertaban á invocarle, hagamos, dijeron, al hombre para que nos respete y obedezca.

El hombre fué formado de arcilla (3). Dios creó la mujer después del hombre. Los cuatro primeros padres de los Quichés recibieron mientras dormían á sus esposas y cuando al despertar las vieron y contemplaron se estremecieron de gozo.

Recojamos velas en esta materia y comparemos. Hay en América dioses como en Egipto y Grecia, dioses como los ídolos de los semitas. En Asiria eran el símbolo del sol los conos de piedra, y encontramos también entre los pueblos americanos símbolos de la misma naturaleza. ¿En cuántas partes del Perú no se tenía como diosa protectora á la piedra *Guachecoal*? ¿Las piedras aisladas y erguidas no recibían veneración? Conocemos la triada egipcia, conocemos la triada india, conocemos también las triadas de la Caldea. Una triada de guerra tenían los mejicanos, una triada misteriosa y sublime encierran las tradiciones peruanas.

(1) *In principio erat verbum et verbum erat apud Deum et Deus erat verbum.* (San Juan.)

(2) *Congregentur aquae... et apareat arida.* (Génesis, 1. 9.)

(3) *América*, pág. 246, tomo I.

¿Qué se puede sostener con relación á las cosmogonías? Claramente se ha dejado consignado arriba. Tres elementos dominan en ellas como principales: el egipcio, el semítico y el griego. Vea, pues, nuestro lector que los tres factores que dominan en la historia del mundo antiguo, dominan á su vez en el que llamamos mundo nuevo. ¿Cuál de los tres llevará la primacía? Para juzgar es necesario tener en cuenta con relación á las cosmogonías las inscripciones cuneiformes traducidas por *G. Smith Chaldean account of Genesis*. En los apéndices de la obra *Origenes de l'histoire* (1), de Lenormant, pueden verse y que no extractamos por no hacer demasiado largo nuestro escrito (2), y la obra es de fácil adquisición. Según esto nos vemos precisados á recurrir al Asia. Pero las civilizaciones asirias y babilonias ¿se han dado el sér á sí mismas? Pregunta gravísima, mas la respuesta se encuentra en cierto modo formulada por un célebre orientalista al asentar que el fondo de aquellos pueblos se diferencia en poco de los de *Schoumir* y *Accad*. No hay que olvidarse que el alma de los egipcios es la forma sustancial de las civilizaciones primitivas. Los monumentos y las inscripciones lo prueban. Obsérvese, no obstante, que lo poco que ha dicho no encierra en sí la exclusión de otros hueblos. Maspero llama á los egipcios *proto-semitas*. La primera parte de esa palabra compuesta encierra tal vez el cambio radical de la historia de Oriente, y así tiene que ser en realidad, puesto que para España, Francia, Italia, es la solución y salida del intrincado laberinto de nuestra historia mal llamada fabulosa y antigua.

Esto en verdad debe probarse y por eso lo hacemos con un impreso aparte (3), porque colocarlo en este lugar fuera separarnos del objetivo principal.

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ.

(*Se continuará.*)

(1) Pág. 494 y siguientes.

(2) Á manera de nota puede verse al fin.

(3) *Origenes de España, Francia é Italia*, Apéndice á la Geografía Histórica de D. Gervasio Fournier, tomo II.—Valladolid, imprenta de Santa-rén, 1881.



MOALLAKAS⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN.)

XI.

POESÍA ARÁBIGA.

SU RELACIÓN CON LOS DEMÁS GÉNEROS LITERARIOS DE LOS ÁRABES, Y ESTUDIO COMPARADO CON LOS DEMÁS POÉTICOS CONTEMPORÁNEOS.



CONOCIDA en detalle esa colección magnífica de la primitiva poesía árabe, salen á disquisición numerosos problemas que entretienen el pensamiento en un campo fecundísimo: el origen de la poesía árabe; la regla á que obedeció esa poesía inicial; su diferencia de la poesía originaria de otros pueblos, ya formada su influencia en la demás poesía nacional; el medio con que ha ido desenvolviéndose ó se ha filtrado en la vena de la humanidad esa influencia misma; su rango ante los demás géneros literarios de un mismo pueblo, llenan otros tantos conceptos, cuya idealización es detallada sobremañera, por más de que en el caso presente no haya de ocupar

(1) Véase la pág. 333 de este tomo.

extensión tan grande como la adoptada por la manifestación del pensamiento.

Pues ni tan confusos nos son los orígenes de ese pueblo, al que no podemos reconocer, no ya independencia medio siglo antes que viniera al mundo su famoso Profeta, sino antes bien hallamos ecos gloriosos de su ilustración y cultura en generaciones muy anteriores: antes de Jesucristo gozaban de alguna reputación entre los hebreos; en el libro de los Reyes, la sabiduría de Salomón es comparada á la de los egipcios y á la de los árabes; magnífica, grandiosa comparación consignada en las sagradas letras para encanto de las generaciones futuras; el mismo episodio de la visita de la Reina de Saba manifiesta igualmente que los árabes habían adquirido, muy de antes á Mahoma, cierto grado de instrucción y de cultura literaria. No hemos, pues, de fijarnos en la denominación primordial que nombró para siempre á los árabes, y que con una riqueza de expresión inagotable le dictó la suprema inspiración al autor sagrado del *Liber Josué*; entre los territorios que tocaron en suerte á la tribu de Juda (1), en el que su comercio rendía valiosas cuantías á Salomón, y flotas de Hiram llevaron á Jerusalem el oro de Ofir; ricas maderas del Brasil, que el Santo Rey destinó á instrumentos del sacrificio divino y á sagrados cantos, en porción no vista, y grandes cantidades de piedras preciosas (2); en el que la renta de la contratación de las especias aumentaba el peso de oro que de renta poseía Salomón, de todos los Reyes de Arabia y de los principales de la tierra; y así por un curso de poder en la expresión bíblica, *Arabia et universi princi...* ser refugio de Alejandro (3), y por el estilo ponderados en otros treinta acontecimientos de las Sagradas Escrituras (4), con una locución llena del antiguo recuerdo consagrado á todas las generaciones de la humanidad.

Podrán decir ligeros cronistas que este pueblo tuvo su in-

(1) Josué, cap. XV, v. 52.

(2) Regem, cap. X.

(3) Galat, I, v. 17.

(4) *Concordatiae Bibliorum utriusque Testamenti.—Antuerpiae, 1581.*

dependencia social unos cincuenta años antes del nacimiento de Mahoma; que á partir de esa fecha hay que considerarle bravo y como nos lo representa la expresión más elocuente de su ánimo, y que á ese período se le llamó por los mismos árabes *Djahilya* (decadencia); pero esto es taxativamente á ese período, llamado así precisamente, reconociendo otro de mayor florecimiento en el que tuvo mayor consideración social, y al que no puede olvidarse si se tienen á la vista los datos de la Biblia; aunque no se posean otros, son muy suficientes para conocerlos con vida propia, rivalizando á muchos en preponderancia política y comercial, y por mucho que se les desconozca, no se puede sostener seriamente que los árabes hayan carecido de alguna literatura antes de ese período tan memorado en las santas páginas de la Sagrada Escritura. A esa designación, pues, hay que darla un sentido bien restrictivo, al religioso más bien que al literario, pues no de otro modo puede llegarse al estado que nos descubren los *Mouzahabat*, consecuencia también de esa regla que se observa en todo pueblo, y que es como eco fidedigno de la poesía inicial de los árabes en un período de su vida.

Mas los hallamos en contacto de otros pueblos igualmente antiguos, y esto nos hace reflexionar brevemente por la gestación poética, notándose á primera vista que mientras unos desarrollan sus ideas religiosas, otros el arte puramente humano, mitológico en muchos, en la poética árabe, las escenas de la vida, entonadas por un ánimo ardoroso, si levantan la imaginación de sus poetas sobre el nivel de la vulgaridad, no la oscurecen con ficticias creaciones, ni tampoco hiende su aurino cincel en las entrañas del pensamiento para darnos su oscuro y misterioso teologismo; así la poesía inicial de los árabes es sencilla y sublime, porque se adapta á la realidad de la vida y al heroico carácter de los moradores de Arabia feliz; de corta dimensión su *cácida*, no llevan pretensiones infundadas, y si pasados los primeros momentos de la historia curiosísima de ese pueblo, reparamos en las composiciones magistrales de los árabes, hallaremos también rasgos que hienden el espacio, arborean sobre las pasiones humanas una ley, y reconocen en cualquiera, en los últimos

Moallakas, el supremo principio de la existencia humana. Por esa razón distinguimos la poesía de los árabes en esa primera esfera de la de los demás pueblos, porque hallamos en ella distinta inspiración, diferentes fines, hálitos más vigorosos, energía de carácter hasta el sublime, expresión fecundísima, ardor inacabable, cuantas pasiones puede abrigar el alma y encender en su estro el vívido fuego del sentimiento humano. Por eso también los hemos visto, animados con actividad, llenar su hálito de acentos generosos, amar los combates, valientes en el mayor peligro, respetar los derechos sagrados de la hospitalidad, y con el mayor entusiasmo cantar sus poetas esa vida venturosa y primitiva en la estación de los amores, en la edad de las creencias, en las ocasiones del heroísmo.

Cuando Roma había descendido en sus cantos desde el imperio inmortal á la proa de los bárbaros, y veíase al coro de los poetas cristianos enardecer el fuego de la pésima civilización del mundo antiguo, y al eco de los egipcios, babilonios, asirios, fenicios, griegos y otra multitud de pueblos, todavía no bien recordados, el estro de Juvencio, Próspero y Lactancio y otros poetas latinos, desarrollar sobre el teatro de la historia de la humanidad un fulgor esclarecido por el más misterioso misticismo, surge un pueblo árabe por su raza y desconocido por su vigor, solamente retratado en el hálito conmovido por sus Moallakas. Los romanos exhalaban el último suspiro embriagado en las delicias de Catulo, Propérico y Tíbulo; los germanos vitoreaban las auras de su libertad en toda institución social, en su individualismo y en el espíritu de sus eddas; una deliciosa caricia en Grecia, un ardiente beso en Roma, una virtud purísima en los poetas del cristianismo, un carácter natural insuperable (1) en los bárbaros y en los árabes; sus pasiones, su tribu, su amada mujer, son los ideales que iban burilando por el mundo esas producciones llenas de la más franca y espontánea voluntad.

(1) Aun después de muchos años, como se vió en la Reforma á los alemanes, ingleses y escandinavos que se apartaron del catolicismo.

No de otro modo puede recordarse aquella *Gran feria de Ocahz*, que como los juegos públicos de las demás naciones, venía á ser la corte de amor y gloria de los poetas árabes, en los que igualmente se señalaba y concedía gran premio á los genealogistas, á las mejores tradiciones de familia, á la astrología é interpretación de sueños.

Más tarde, cuando Mahoma llevó la nueva religión, la poesía entró en una esfera más nueva y el Korán vino á ser un modelo inimitable que nadie supo sobrepasar, cuyo triunfo completóse luego que el célebre autor del último Moallaka Lébid, su antiguo enemigo, proclamó como divino un fragmento del segundo sourate y se convirtió al Islamismo. Los califas de la casa del Profeta, así como de la de los Ommyadas, exageraron aún más ese ciego culto al libro religioso de los musulmanes, que era á sus ojos el fundamento de toda sabiduría y de toda ciencia, y en el que Mahoma desarrolló todo su aplauso á la poesía y al saber, no obstante de reunir escasas condiciones para la primera; circunstancia que puede indicarnos tal vez la mala interpretación dada á algunos sourates, de que se interpretaran mal las palabras del Profeta, y que al realizar una interpretación absurda, quemara Amrou la biblioteca de Alejandría y se arrojaran al agua de Saad, por orden de Omar, inmensas colecciones de libros persas.

Compréndese, pues, qué nuevo impulso iba á recibir la poesía, y realmente no era pequeño el estímulo. Desde luego sabios y excelentes poetas, el famoso Antara, que fué la viva expresión del espíritu árabe de su tiempo, exclamó cierto día ante la contemplación de esos famosos monumentos de la antigua literatura árabe: «¿Qué asunto no han cantado los poetas?» Como si hubiera presentido que Arabia acababa de agotar toda una fase de su existencia y tuviera necesidad de comenzar una vida nueva, declaraba así abierto el curso de la inspiración musulmana, y un carácter que había de ser en la vida árabe, cual fué preciso para que en el instante último de aquél período pasaran el abismo, veloces como el rayo, y habitar los jardines del séptimo cielo ó el paraíso donde halláran bosques eternamente verdes y llenos de frescura; pa-

bellones de nacar, rubíes y jacintos; aguas límpidas corriendo sobre dorado ambar; diamantes y esmeraldas, ricos tapices de seda, flores, perfumes, descansos exquisitos, ninfas inmortales de ojos negros. Tal es el paraíso sensual que Mahoma en nueva poesía proponía á la masa de los fieles musulmanes, pero sobre los que resaltaba un goce supremo, los deleites espirituales. «El más favorecido de Dios será el que vea su cara tarde y mañana, felicidad que sobrepasará á todos los placeres de los sentidos, como el Océano sobrepuja á la perla del rocío.»

La poesía, que es á la vez ley religiosa, civil, y el libro *Excelente*, donde leemos que «un hijo gana el Paraíso á los pies de su madre, donde los creyentes son todos hermanos;» que alienta y excita su carácter, hasta llegar en algunos trozos más selectos de su prodigiosa poesía á proferir: «Miserable el musulmán que permanece en su hogar, en vez de asistir al combate. No evitará la muerte, porque el término de su vida está fijado.» «¿Evitará el calor ardiente de los combates? El infierno es más ardoroso que los fuegos del verano. ¿Pensará huir? El Paraíso está delante de vosotros y detrás las llamas del infierno.» Estos y otros muchos rasgos de energía, ¿no son un destello del espíritu de los Moallakas diseminado por el acento árabe en el seno de sus generaciones? Los preceptos, esperanzas, amenazas, fueron los resortes poderosos que lanzaba su genio y carácter á las empresas heroicas, é impulsó á los árabes con la gumía en la mano en todas direcciones. Si pues tuvo nueva manifestación poética en el genio de los árabes, hallábase todavía inundado en el inmenso oleaje de las pasiones humanas, cuyo flujo y reflujo aún provenía del estridor sostenido en los Moallakas para la cobardía y el egoísmo, con algún rayo más de inspiración reflejado en el sentimiento religioso que venía á dorar el mágico encanto de una muerte ganada en los combates.

Así hallamos el valor cultivado á todo hálito, y la poesía, el género literario indudablemente que impulsó la vida árabe con mayor resultado en sus acontecimientos y grande originalidad en las creaciones populares, ingénita en Arabia, como la flor de sus campos, la lozanía y frescura del oasis,

los vientos del desierto. Mas nos hallamos al presentar esa segunda época de la poesía árabe, con un estro que forzosamente nos recuerda composiciones anteriores al Profeta, y es que los Moallakas están llenos del carácter de ese pueblo y llevan bien impresa la enseña de la vida activa de los pueblos del desierto: hemos visto que en ellos se canta el valor, la hospitalidad, la victoria y el amor, iguales los mismos fines sociales que parecen consagrados en la nueva poesía; los antiguos poetas eran á la vez valerosos guerreros; el sacerdote del Korán llevaba el aurino rayo de fuego en sus manos, y la media luna incendiaba todo campamento; todo árabe de noble raza debía saber manejar tan hábilmente el verso como la espada y jamás se verá poeta alguno más valiente como los autores de los antiguos Moallakas.

Ante la universalidad que abrazan esas concepciones de la vida, en el Korán, hállase retratado del propio modo todo acontecimiento notable; un combate, una amenaza, una venganza, un peligro vencido, son otros tantos asuntos sobre los que se ejercitó la inspiración, sobre todo, de los cantores del desierto; los vemos enteramente matizados con mil emblemas y máximas morales que nos dice la nueva poesía de los árabes; hasta ese punto vese cierta analogía de fondo, si no en la parte religiosa, en todos, al menos en tres de los siete moallakas, hállanse también algunos rasgos teológicos de que está plenísimamente reflejado el Korán; hasta ese punto llegó á influir la antigua sobre la moderna poesía de los árabes; hasta ese punto hállase encarnada en el corazón de ese pueblo, y habrá de acompañarle hasta su último suspiro.

Y no podía ser de otra suerte: estimada allí aún en el día la improvisación de sus *cácid*as, el florecimiento habría de ser como las entonaciones de un ánimo pronto, espontáneo, vívido, enérgico, lleno de colorido y pasión; ahora la forma tendría sus diferentes manifestaciones; la mayor parte de esas composiciones, no pasando desde veinte á treinta versos, dedicábanse sólo á un pensamiento capital, renaciendo allí todas las pasiones como en amenísimo prado la armonía de mil y mil arbolillos y flores en delicioso conjunto; otros de

treinta á cien versos, y discurren frecuentemente sobre el amor, y así en otros muchos conceptos, las múltiples acepciones de la vida psicológica y social de aquellos pueblos. Era el amor entonces, como entre los trovadores, un sencillo tema de conversación, y vióse en la poesía con tendencias extraordinarias, hasta el punto de que desarrollóse con exceso y este rasgo llegó á producir enfado; así vióse al kalifa Moavia, movido también por sus naturales afecciones, descontento porque Abderraman-ben-Hassam había repetido con demasiada fecundidad alabanzas á su hija, responderle el poeta: «Si yo hubiera hallado una mujer más bella, la habría cantado aún más y con preferencia.» Estilo que se extiende á todos los tiempos, como reinó antes en los Moallakas, que regularmente empezaban por elogios y sentidas quejas á la ausencia de su amada, y en otras poesías más nuevas alabanzas á Dios, al Profeta, nobles y Príncipes todas á grande altura.

Frecuentaron igualmente la sátira, que mereció á su autor crueles venganzas, y en general el carácter de la poesía árabe vino á consistir en presentar reunido en una sola pieza el género lírico, heroico, elegiaco, erótico y satírico, retratando estas composiciones con extremada fidelidad la vida algo monótona de aquellos pueblos de costumbres á veces patriarcales: carácter que perpetúan allí la tienda, el caballo, fiel compañero en lo más álgido del combate; la hermosa gacela y el incansable camello, y la ansiada mujer divinizada hurí; que todo halla su paralelo correspondiente, como hijo de una naturaleza ardorosa y llena de entusiasmo, rasgos imperecederos de la noble poesía de los árabes. Hé aquí cómo el Hismán Hasalí, sin duda en igual sentido, caracteriza á alguno de los cantores que hemos estudiado; de Imroulkais dice: «es poeta cuando está á caballo; Tarafa, cuando saluda; Nabgha, cuando ostenta su orgullo; Zohair, cuando desea.» No podía profundizarse más en el estudio y caracterización de la poesía arábiga, en cuyos rasgos hallamos cada vez más brillante la refulgencia de uno en otro numen, por más que hallamos alguna diferencia, como en la tribu de Houdeif, de muchas generaciones de excelentes poetas, rivalizando

á la de los Koreischitas, de quienes además de ser pocos eran encarnizados enemigos. Sus obras reunidas están en el Diván de los Houdeilités, como también pueden verse distintas colecciones en Abou-Teman, que ha reunido cierto número en forma de ontología, en la que hallamos elogios de célebres guerreros, elegías, sátiras, cantos de amor, descripciones, epigramas, etc. Existe otra colección nombrada *El Pequeño Hamasen*, formada en el siglo IX por Aboul Uvalidibn Obeid Bokhtarí; Schanfara, célebre por su rapidez en la carrera; Nabegha Zobyan, Jerasdak, Zoul Remma, Ascha, el panegirista de Mahomet-cab-ben-Zoeir, y el satírico Djerir; sin olvidar al famoso héroe de Thabatha-Charrán, célebre por sus aventuras guerreras.

Por lo demás, la literatura histórica, aunque de origen más moderno que la la poética, es fecundísima y embellecida por mil conceptos, hasta en el mero título de sus crónicas, según hemos visto, la cual consistía al principio únicamente en tradiciones orales que se trasmitían fielmente de una á otra generación, hasta que el hombre se tomó el trabajo de redactarlas y escribirlas con todos los atractivos de sus deseables narraciones, á las que contribuyeron la naturaleza y el gusto y admiración de los oyentes. Reuníanse al finalizar el día, con los matices de la tarde al claror de la luna, las familias de las tribus delante de las tiendas, en el desierto ó frente de las puertas de las casas en la ciudad: ante la multitud referíanse las acciones memorables de los antepasados; estos esparcimientos nocturnos (semar) estaban salpicados de versos, lo cual aumentaba la delicia de los oyentes y aureolaba los acontecimientos. Las más antiguas tradiciones discurrían acerca de los Reyes de Hira, la invasión de los etíopes en el Yeman, las guerras de las tribus y otros muchos acontecimientos de gran interés, y la genealogía jugaba también un gran rango en la literatura antigua y posterior á los árabes.

VICENTE TINAJERO MARTÍNEZ.



ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CURSO DE CIENCIAS NATURALES

SEXTA CONFERENCIA

23 de febrero de 1882

IDEA GENERAL DE LOS ORGANISMOS

POR EL SEÑOR

D. AURELIANO MAESTRE-DE SAN JUAN



SEÑORES: Invitado por la Junta directiva de esta distinguida corporación para tomar parte en las conferencias del presente curso, no he vacilado un momento en aceptar este difícil y honroso cargo, fiado únicamente en vuestra acostumbrada benevolencia, de la cual en ocasiones análogas me habéis dado pruebas inequívocas.

De todos es conocido el tema cuya dilucidación se me ha encargado en esta velada científica. Trátase de presentar á vuestra consideración una *idea general de los organismos*, y desde el instante en que se inicia esta tesis, surge á nuestra

imaginación lo difícil de la empresa, por cuanto esta cuestión necesita para ser tratada debidamente una suma de conocimientos que no es fácil concurren en una sola persona, y mucho menos en el que tiene la honra de dirigiros la palabra, á quien sólo podéis considerar como un admirador entusiasta de los que cultivan con fruto las ciencias naturales y antropológicas, á la vez que poseído del más vehemente deseo de investigación en los importantes secretos y revelaciones que comprenden estos interesantes estudios. A pesar de todo, y sin desconocer los graves compromisos que sobre mí pesan en este momento, del mismo modo que de la extrema amplitud del punto, cuya exposición me ha sido encomendada por la comisión de la Junta directiva de este ilustradísimo centro científico, debo manifestaros que por organismo se entiende en el lenguaje de la anatomía, que es la ciencia que se ocupa esencialmente del estudio de la organización siendo los seres organizados el objeto de su conocimiento, la asociación y especial disposición de las partes constitutoras de un sér, ya sea vegetal ó animal; las que difieren entre sí por su estructura y por sus usos, pero que todas se encuentran reunidas para el doble fin de la conservación del individuo y de la especie, y con cuyo motivo los órganos se hallan distribuídos en grupos ó series, teniendo cada uno un fin determinado.

Veis por el concepto que acabo de manifestar de los organismos, los infinitos puntos que abarca su estudio en el multiplicado número de sus partes y actividades; y en efecto, si nos propusiéramos tratar únicamente de los organismos vegetales, podríamos hacerlo, ora entrando en consideraciones organográficas de estos seres al estado normal, bien de forma exterior ó de morfología, ó de estructura elemental; ya al estado de verdaderas monstruosidades ó de teratología; ó en otro concepto, en el orden funcional normal ó fisiológico, el de desarrollo de los órganos ú organología; en el patológico ó nosología, y aun en el de sus aplicaciones; y si lo realizáramos con respecto á los seres animales, podréis observar el sinnúmero de divisiones que ha sido necesario practicar en el estudio de estos organismos, resultado de los inmensos progresos de la anatomía en los tiempos modernos, dando

con este motivo lugar á que no se limiten los cultivadores de esta ciencia al simple conocimiento de los caracteres de número, forma, situación, etc., etc., de los órganos, ó sea á la anatomía llamada *descriptiva*, en la cual, con respecto al hombre, la han elevado á una verdadera descripción fotográfica de los órganos los Henle, Krause, Halberna, Cruveilhier y Sappey, sino que ha sido de absoluta necesidad el considerar al organismo según una gran variedad de conceptos, si hemos de comprender, al tenor de la ciencia contemporánea, todas las diversas secciones que actualmente abarca el estudio de la organización de los animales.

Ciertamente; y prescindiendo de las anatomías especiales, como la del caballo, etc., en sus particulares aplicaciones, y de la referente al conocimiento del organismo en toda la serie animal, en la cual se considera entonces sucesivamente los mismos órganos en las distintas especies, á fin de llegar por comparación á una idea más exacta de cada uno de ellos, que forma la anatomía *comparada*, en la que tanto han brillado Cuvier y Carús, y que continúan con grande éxito Milne-Edwards, Stannius, Huxley, Gengenbauer, Hæckel, etc.; tenemos la que se ocupa en averiguar en la especie humana cuál sea la marcha evolutiva del embrión, desde sus primeros momentos hasta su completo desarrollo, ampliada al estudio de las modificaciones que ofrecen los órganos en las diversas edades de la vida, conocida con los nombres de anatomía de *evolución y de las edades*, y que creada por los Aranci, Baer, Coste, etc., ha sido perfeccionada por los Bischoff, Reichert y Koelliker; la *teratología* ó ciencia de las anomalías, tan perfectamente desarrollada en la actualidad por los Moquin-Tandon y Geoffroy Saint-Hilaire; la *filosófica* ó *trascendente*, que se eleva del conocimiento de los hechos particulares á las leyes generales de la organización, constituida en verdadera ciencia por los Carús, Spic, Goethe, Serres, Oke, etc.; la *médico-quirúrgica y topográfica*, que busca con especialidad la determinación de las relaciones de los órganos, prestando con ello una gran seguridad á la mano del operador, y que creada por Palfin, ha adquirido hoy una grande extensión en manos de los Velpeau, Malgaigne, Hyrtl, etc.;

la *general*, ó sea la que busca las partes similares en órganos diferentes, los compara en conjunto, y asigna los caracteres que á todos les convienen, fundada por el gran Bichat, y de la cual forma una sección la *histológica*, que estudia con especialidad los tejidos y partes constituyentes de nuestros órganos, y utiliza en sus observaciones la química y el microscopio, como lo han realizado Schleiden, Schwann, Henle, Koelliker, Virchow, Frey, etc.; la *patológica*, que aprecia las alteraciones que experimentan los órganos, á fin de establecer la correlación entre estas perturbaciones y los fenómenos por los que se traducen al exterior, y la cual, cultivada primero por los Bonnet y Morgagni, se levanta á grande altura en la actualidad por los Cruveilhier, Lebert, Muller, Virchow, etc. Indicadas, pues, las principales secciones que comprende hoy el estudio de la organización de los animales, ¿en qué concepto hemos de considerar á los organismos, teniendo en cuenta lo amplio de esta cuestión y dificultad de su desarrollo, á no ser en alguna de sus especiales manifestaciones? Creo, señores, que siendo uno de los puntos de vista en el estudio de los organismos el *genésico, evolutivo y de textura*, el cual armoniza más directamente con los adelantos de la ciencia contemporánea, me parece éste preferible para la exposición de todo aquello que consideramos pertinente al conocimiento y comparación de los organismos vegetales y animales.

Efectivamente; desde la más remota antigüedad el espíritu humano ha intentado reducir las diferentes formas de la creación á un limitado número de partes primitivas simples y de examinar á continuación el origen de estas mismas: hipótesis primero y hechos después sirvieron de base á diversas y encontradas teorías, y en tal concepto, los elementos de los antiguos, los átomos de Epicuro, las mónadas de Leibnitz, los sistemas tan variados de generación, etc., son sin ningún género de duda pruebas históricas irrecusables de esta particular tendencia. Los naturalistas y médicos del siglo XVII, especialmente, impresionados por este constante deseo de los hombres de ciencia, continuaron por este camino; y en efecto, Ruyschio y Van-Suammerdan, con sus por-

tentosas inyecciones, y Marcelo Malpighio y Antonio Leuwenhoeck, utilizando las lentes amplificadoras usadas en su tiempo, realizaron en beneficio de ellas: el primero, el descubrimiento de las redes vasculares y la circulación capilar, que completó el maravilloso descubrimiento de la circulación general de la sangre por G. Harvey, y ratificó el segundo con sus procedimientos de observación microscópica en la membrana interdigital de la rana, así como también conoció los glóbulos rojos de la sangre y las anastomosis de las fibras del corazón, los que prepararon el terreno, del mismo modo que á su vez Bordeu, Pinel y Haller, aunque en diversos conceptos al célebre Bichat, el que, sin utilizar por sí el microscopio, estudió los tejidos del organismo como partes simples, y constituyendo los sistemas, creó, por consiguiente, en 1801 una nueva ciencia, la *anatomía general*. Continúan en esta misma tendencia los Brisseau de Mirbel, Gruithuisen, Treviranus, De Blainville, Turpin, etc., valiéndose nuevamente de las lentes, ya algo más perfeccionadas, siendo realmente los Raspail y Dutrochet los precursores de reformas de gran trascendencia. Raspail, en el concepto químico, busca una comparación entre la materia inorgánica y orgánica, y manifiesta que así como la sustancia inorgánica cristaliza en masas angulosas, la orgánica lo efectúa en vesículas, y compuesta primero de hidrógeno y de carbono, es amorfa y constituye un líquido oleaginoso; mas absorbe fácilmente el oxígeno, y cuando se la suspende en el agua toma la forma globulosa, y si entonces se la combina á bases anorgánicas, rodease cada glóbulo de una membrana, convirtiéndose en vesícula; por consiguiente, todos los tejidos vivos se hallaban formados por vesículas semejantes, lo cual hizo exclamar á dicho químico: «dadme una vesícula capaz de absorber, y os haré un organismo;» deduciéndose de lo expuesto por este autor que tuvo dos originalísimas ideas, que después han sido reproducidas infinitas veces: la formación de los elementos orgánicos por un mecanismo análogo al de la cristalización, y la analogía de estructura de los vegetales y animales. Dutrochet á su vez llegó á una concepción análoga, aunque su punto de partida fué distinto; en efecto, habiendo descubierto

la endosmosis, creyó haber encontrado la razón de los fenómenos de la vida, y según este distinguido profesor, los organismos vivos vegetales y animales se hallaban compuestos de utrículos semejantes; pero tanto la doctrina y observaciones de estos dos autores últimamente citados, así como la de Mr. Mirbel, Heusinger, Turpin y Royer-Collard, no resuelven la cuestión deseada.

Siguiendo en la exposición del mismo punto científico, llamó mucho la atención de los hombres pensadores á principios de este siglo la peregrina y trascendental idea del célebre Oken, el cual había inventado sin llegar á su demostración una sustancia viva, primitiva y fundamental, una jalea primaria, conocida por los alemanes con el nombre de *Urschleim*, por la cual había comenzado el mundo vivo, y de donde habían salido todos los organismos; la que constituía la parte más importante del sistema nervioso, formaba por sí sola todo el cuerpo de los seres más ínfimos, y se engendraba espontáneamente en el seno de las aguas. La hipótesis de Oken iba cayendo en el olvido, cuando hace cuarenta años que un distinguido profesor de la Facultad de Ciencias de Rennes, el Dr. Dujardín, demostró experimentalmente la sustancia viva primitiva de Oken, á la que dió el nombre de *sarcodes*, que han confirmado todos los naturalistas porteriores á él, demostrándonos además que el contenido de todas las células animales era una sustancia que disfrutaba con plena exactitud de las mismas propiedades fundamentales que el sarcodes; y como los botánicos han reconocido á su vez la existencia de una sustancia semejante en todas las células vegetales durante el período de su crecimiento y reproducción que Hugo-von-Mohl denominó *protoplasma*, le ha sido fácil al célebre Max. Schultz el comprobar que entre el protoplasma vegetal y el sarcodes animal no existe ninguna diferencia esencial, puesto que el uno y el otro poseen las mismas propiedades y gozan igual papel, por lo cual deben conocerse ambos con el nombre genérico de *protoplasma*.

Los naturalistas y médicos de este tiempo, aprovechando los progresos en la construcción de los microscopios por Carlos Chevalier en 1830, teniendo en cuenta las indicacio-

nes y procederes de Wollaston, con las cuales construyó el primer microscopio simple perfeccionado, y asimismo el citado fabricante y su hermano Vicente, después de vencer grandes dificultades respecto al microscopio compuesto, inventado por Z. Jansen y de utilizar oportunamente lo propuesto por Euler acerca de las lentes acromáticas, realizaron en 1825 el primer microscopio acromático perfeccionado; se pudieron efectuar observaciones de mayor importancia, consiguiendo R. Brown descubrir en 1831 el núcleo celular en las plantas; en las células pigmentarias de la rana, el profesor Valentín; en los glóbulos de la sangre del mismo animal, Max. Schultz; en las epiteliales, Henle; asimismo en 1838 hizo Schleidenn, no sólo la perfecta descripción de la célula vegetal, estableciendo por sus observaciones micrográficas que la célula es un pequeño organismo, el primero forme, y que cada planta, aun la más elevada en composición, no es otra cosa que un agregado de células individualizadas y de existencia distinta, etc., sino que también explicó el modo de generación de las mismas; y á su vez, y en el mismo año, aplicó el inmortal Schwann los datos anteriores al reino animal, creando la *teoría celular* y estableciendo las verdaderas bases de la ciencia del porvenir.

Mas la concepción de la célula, como tal organismo microscópico, presentada por Schwann y ratificado por Henle, Lebert, Virchow, etc., varió desde el momento en que á beneficio de las lentes amplificadoras descubrieron células sin cubierta los insignes profesores J. Arnold, Remak, Bergmann, Bischoff, Koelliker, Schultz, Brücke Beale, etc., pudiendo por consiguiente denominarse *glóbulos orgánicos*. A pesar de todo, la célula se comprobó ser un organismo complejo: la vida comienza antes que la célula; efectivamente, existe una sustancia viva como síntesis físico-química de la misma, el protoplasma, anterior á ella, y cuyo especial estudio y exposición ha llegado á constituir una teoría llamada protoplasmática por el P. Cohn; de manera que la célula, primer elemento *forme* de los organismos vegetales y animales, tiene por punto de partida una masa protoplasmática, primer estado transitorio que da bien pronto origen á estados

más complejos, como la ulterior formación del núcleo y aun de la cubierta celular en un grado superior de complicación para constituir la verdadera célula; pero el desarrollo puede paralizarse, haciéndose permanente la forma transitoria, tanto en las plantas como en los animales, hasta llegar á constituir los *cytodes* de Hæckel, que ora están formados por una masa de materia albuminoide sin estructura apreciable, sin forma determinada, desprovistos de toda organización, sin diferenciación de sus partes, y de una masa finamente granulada hasta en su circunferencia, y que se llaman *gymnocytodes*, ó bien tienen una disposición algo más complicada, y ofrecen ya un primer grado de diferenciación, puesto que las granulaciones de su periferia son más brillantes, refringentes y homogéneas que las del centro, y que se denominan *leptocytodes*, los cuales pueden formar seres vivos aislados y completos, que Hæckel apellidó con el nombre de *moneras*. Al lado de estos protamibos ha descrito el profesor Huxley, como procedentes del fondo de los mares, á 4 ú 8.000 metros de su superficie y en grande extensión, unas verdaderas masas mucilaginosas con gránulos redondos las unas, las otras amorfas, y las cuales constituyen á veces viscosas y extensas redes que cubren los fragmentos de las piedras, y cuyas masas, no teniendo forma determinada habitual, ofrecen el aspecto de seres vivos, como lo prueba su contractilidad, nutridad y perpetuidad por segmentación, á los que se ha denominado *Bathibyus*, y cuya existencia ha sido comprobada *de nuevo* recientemente por Emilio Bessels, en su expedición del *Polaris*, á pesar del cambio de opinión en sentido contrario de Huxley sobre este punto, y de la completa negativa del *Bathibyus* por Moebius relativamente á la fauna marina de la expedición del *Challenger*, cuyo discurso causó gran sensación en el congreso de naturalistas alemanes, que tuvo lugar en Hamburgo en septiembre de 1876. Permitidme, señores, que como comprobación de lo expuesto últimamente, os presente algún otro ejemplo de protoplasma libre en cada uno de los reinos vegetal y animal.

Respecto al primero, os citaré los *mixomycetes*, hongos que se encuentran sobre las hojas ó las maderas podridas, y los ve-

réis en una fase de su desarrollo dar nacimiento sus esporos, después de muchas transformaciones que el Dr. Bary ha descrito perfectamente, á masas protoplasmáticas análogas á los amibos, que concluyen por reunirse para constituir masas voluminosas de protoplasma llamadas *plasmoides*, los que están formados por una sustancia granulosa de bordes hyalinos, y dotados de movimientos de corriente que tienen lugar con variable viveza y distintas direcciones, y hasta cambiando su forma, que modifica los contornos de la masa y determina á la larga un verdadero movimiento de progresión sobre la superficie subyacente. Relativamente á los animales, os diré que los *amibos*, organismos microscópicos que se encuentran en las aguas estancadas, se componen de una masa de sustancia homogénea, en la cual se ve un corpúsculo sólido ó vèsiculoso, un núcleo celular; este cuerpo monocelular se mueve espontáneamente en diversas direcciones sobre el cristal porta objeto; si este corpúsculo sin forma definida ejecuta movimientos, es que emitiendo de diversos puntos de su superficie prolongaciones digitiformes que se modifican lentamente, tiran de la masa amiboide y la trasladan, pero al cabo de cierto tiempo cambia el espectáculo repentinamente: el amibo deja de moverse, retrae sus apéndices y se arrolla sobre sí; después la pequeña esfera gelatinosa se extiende de nuevo, prolonga sus apéndices ó pseudópodos en varias direcciones y se pone en marcha; mas si durante este acto se le toca con la punta de una aguja ó con una gota de agua acidulada, se apelo-tona, efecto de la acción de la causa irritante. El amibo se nutre, ora absorbiendo las sustancias disueltas en el agua, ó bien penetrando en su masa las partículas sólidas que con él se ponen en contacto, cuyo experimento, en extremo curioso, podemos verificar. Para ello, encontrándose el amibo en el agua, y arrojando en ella un gránulo vegetal, se le ve extender sus prolongaciones sobre el cuerpo extraño, á quien rodea y empuja en su masa propia, y después de un tiempo variable, durante el cual tiene lugar la digestión, expulsa de sí la parte inútil y no asimilable de dicho gránulo por un procedimiento inverso al de su introducción.

Podremos deducir, por consiguiente, que el último grado de simplicidad que puede ofrecer un organismo aislado es el de una masa granulosa sin forma determinada, es decir, un cuerpo definido, no morfológicamente, como se había creído que debían ser todos los cuerpos vivos, sino químicamente, no siendo sólo un reducido número de seres los que se presentarían en condiciones de tal simplicidad, sino que todos los organismos superiores se encontrarían transitoriamente en el mismo caso; así, pues, vemos al óvulo en iguales condiciones en un momento dado, como cuando ha perdido la vesícula germinativa antes de recibir la acción fecundante; y si profundizamos algo más en la análisis estructural de la constitución física del protoplasma, observaremos no ser este el último término á que puede llevarse la indagación microscópica, pues en muchos casos se percibe en él una especie de esqueleto formado por una red de finísimas granulaciones enlazadas por filamentos muy delicados, constituyendo los *plastídulos*, los que han dado origen á la teoría plastidular de los Bütschli, Strasburger y Ellsberg, ó sea á la última palabra histológica en la concepción de los seres vivos.

Á pesar de lo dicho, el elemento anatómico que constituye la base de toda organización animal ó vegetal no es otra cosa que la primera forma determinada de la vida, una especie de molde donde se encuentra incluída la materia viva, el protoplasma, y lejos de ser el último grado que puede imaginarse de lo sencillo, la célula es un aparato orgánico complicado, que si bien constituye por sí sólo el cuerpo de un amibo, compone también nuestros tejidos, perdiendo algo de su independencia por cuanto tiene que someterse á la vida común, mas sin dejar de representar una unidad viva, que no cesa hasta la muerte de llenar su papel en la armonía del conjunto. En la célula se cumple la síntesis morfológica; la morfolología real no comienza sino en la célula; las células se forman, se multiplican, se acumulan para constituir, primero, la masa del organismo, después se modifican y dan origen á las formas específicas que desde luego caracterizan los seres que deben aparecer, y por último, la célula, ora sea un

sér independiente en los monocelulares ó un elemento anatómico en las pluricelulares, es la más simple de las formas bajo la cual la materia viva puede presentarse, pues ella nos ofrece el primer grado de la complicación morfológica, siendo en este estado en el que el protoplasma se encuentra en perfectas condiciones para constituir los seres compuestos.

Considerando, como no puede menos de ser y según la ciencia contemporánea, á la célula como el único elemento primario forme de los organismos, ¿se creará fuera de propósito el que nos detengamos algunos momentos dando á conocer á nuestro auditorio algunos de sus caracteres más sobresalientes? Creo que ocupándonos de los organismos, no podemos prescindir de hablar de su elemento anatómico primario, y máxime cuando la técnica nos ofrece en la actualidad tan poderosos medios de apreciación y de estudio. En efecto, por una parte los perfeccionamientos del microscopio compuesto, de que nos valemos hoy en nuestras observaciones, como los últimos de Harnach, de Werick y de Zenmayer, que apenas dejan que desear por la pureza y perfecta construcción de sus lentes; los procedimientos de preparación de las partes que se examinan, ora se seccionen en laminillas transparentes por su delgadez, ó bien por la actuación sobre los mismos de reactivos apropiados; ya que separando de ellos ciertos elementos y respetando otros, ó coloreándolas por impregnación ó imbibición y propiedad electiva, nos presenta clara la diferencia de sus partes componentes; la modernísima institución de la *histología animata* en la que gracias á las cámaras húmedas de Von-Recklinghausen, de Botter y de Ranvier, la de gases de Stricker, la caliente de Polaillón, pueden colocarse los elementos anatómicos en condiciones análogas al medio en que viven normalmente, y por lo mismo, con conservación de la mayoría de sus propiedades y energías vitales, averiguando por consiguiente con más exactitud la morfolología de la célula y la importantísima cuestión del automatismo celular, noción, como dice el gran R. Virchow, la más trascendental de las que han podido adquirirse en estos tiempos acerca de la vida de los elementos histológicos, las corrientes eléctricas, los objetivos calientes de Max. Schultz

y los reactivos químicos, etc., constituyen en nuestros días un arsenal poderosísimo de investigaciones y de análisis.

Pues bien; con tales medios de observación y de estudio hemos realizado sorprendentes portentos, que han de influir cada día más directamente en el porvenir de las ciencias naturales y antropológicas: permitidme, señores, os presente un ligero boceto de la célula en general, y me ocupe á continuación en compararla en los vegetales y animales, así como del mecanismo adoptado por la naturaleza para la constitución de los organismos. Ya hemos indicado que el protoplasma no es una hipótesis: demostrada su existencia, ofrece un aspecto y una constitución química sumamente varia, si se le estudia en los diversos organismos, en los distintos elementos de los mismos y en sus fases de existencia; mas cualquiera que sea su ulterior forma y modificaciones que en él ocurran, no es menos cierto que en su origen ofrece caracteres comunes á todos los seres; formando una especie de ganga, en donde la vida toma los materiales de su futura evolución, es el protoplasma una sustancia de una consistencia semilíquida, que puede variar desde el estado casi fluido hasta el pastoso, componiéndose de dos partes, es decir, de una sustancia fundamental de aspecto homogéneo dotado de mayor ó menor refringencia (*hyaloplasma*) y de granulaciones de aspecto y volumen vario ó micrósomas; la sustancia fundamental es nitrogenada, lo cual se demuestra por todos los reactivos de las sustancias proteicas y contiene una gran cantidad de agua, y las granulaciones, ora son grasientas, amiláceas, proteicas, etc.; el protoplasma es permeable al agua en ciertos límites, aumenta de volumen por imbibición, pudiendo considerarse cada molécula sólida del mismo como rodeada por una capa de agua variable según su capacidad higrométrica. Las variaciones materiales del protoplasma son muy activas y gozan un importante papel en la vida del organismo; asimila, desasimila, fija materiales de nutrición, escreta los residuos, absorbe oxígeno, desprende ácido carbónico cuyos actos se hallan en relación con sus movimientos, no siendo el desprendimiento de fuerzas en su interior sino formas de éste, ora en corrientes, ó ya un ver-

dadero movimiento de progresión, en el que las granulaciones le siguen pasivamente. Dotado el protoplasma de núcleo, constituye el glóbulo orgánico ó célula incompleta, y provisto de ectoblasto, la célula perfecta ó completa de Köelker, y entonces la influencia de la membrana celular por una parte y del núcleo por otra, pueden determinar ciertas formas particulares; y este delicado elemento anatómico experimenta grandes modificaciones por la influencia de los diversos agentes, como el lumínico, el calórico y la electricidad.

Si nos fijamos ahora en sus condiciones según los reinos, veremos, tratándose de los vegetales, que si bien en un principio ofrece los caracteres comunes, después los modifica de una manera progresiva. En efecto, esta masa puede permanecer por más ó menos tiempo en este estado; mas cuando la vida del fitoblasto se activa, cuando bajo la influencia de ciertas causas exteriores, y con especialidad de una temperatura suficientemente elevada y de cierta cantidad de agua, comienza á nutrirse y á crecer, no se asocia el líquido que le penetra igualmente y de una manera indefinida á sus moléculas; sepárase, pues, de ellas, y forma en la sustancia que desagrega, y cuyos elementos aísla, depósitos acuosos primero poco considerables, pero que aumentan después, y el que toma el nombre de jugo celular; líquido que no es generalmente agua pura, sino que, efecto del contacto con el protoplasma, disuelve los materiales solubles que éste encierra como, por ejemplo, sales que luego deposita en forma de cristales y aun ciertas sustancias orgánicas. Mas el jugo celular llega á su máximum, y entonces se acumula en el centro del fitoblasto, que le constituye un reservorio cuyas paredes forman el *utrículo primordial nitrogenado* de Von-Hugo-Molh; de manera que en este momento el fitoblasto se encuentra representado por un utrículo de sustancia proteica y por una acumulación central de jugo, y aun por lagos secundarios separados por tabiques ó cintas completas ó incompletas, formados por una sustancia idéntica al utrículo primordial. En un tercer estadio el fitoblasto se construye una cubierta protectriz ó *fitocysto*, en extremo varia en cuanto

á su forma, espesor, resistencia, dimensiones y configuración de las soluciones de continuidad de su pared; fitocysto cuyas reacciones químicas son las de un principio ternario, la *celulosa*. En un cuarto estadio se observa la formación en el utrículo primordial nitrogenado de los órganos de la circulación del fitoblasto; en efecto, el líquido de un fitoblasto vivo tiene la propiedad de marchar en diversas direcciones sostenido por la barrera del protoplasma sólido, lo cual nos demuestra la más ó menos rápida traslación de los *micrósomos*, y como pueden existir en un mismo utrículo primordial muchas de estas zonas líquidas separadas por paredes del protoplasma más sólido, puede dicho utrículo presentar á la vez en su espesor diversas corrientes líquidas cuyas direcciones sean, ó paralelas, ó en sentido inverso las unas respecto á las otras. En un estadio quinto se desarrollan prolongaciones interiores del utrículo primordial que determinan la formación de varios reservorios de jugo celular; y por último, aparece en el fitoblasto un *núcleo ó citoblasto* en las criptógamas vasculares, y todas las fanerogamas, y después en la masa de éste, un *nucleolo*. Por consiguiente, el fitoblasto es en el vegetal el solo agente productor; mientras vive, se nutre, asimila, desasimila y fabrica diversas sustancias, las unas destinadas á ser conservadas, las otras á ser trasportadas al estado soluble, ó al gaseoso en otras partes de la planta y aun en los medios ambientes; además, su cubierta protectoriz, el *fitocisto*, que forma en un gran número de casos el jugo celular, al cual da propiedades particulares y fabrica materias colorantes ó pigmentarias como la clorofila, el almidón ó fécula, ora en granos simples ó ya en agregación; la inulina, las materias azucaradas, las gomas, tánicas, grasas, aleuricas, esencias, resinas, goma y óleo-resinas, latex ó jugo propio, ácidos, alcaloides, sales cristalizadas ó no, cristaloides, etc.; y por último, el elemento celular vegetal contiene jugo ó savia celular y los gases de la atmósfera, etc.

Mas si nos referimos á los animales, observaremos que las células se distinguen de las vegetales en general, salvo las cartilaginosas, grasientas y pigmentarias, por cuanto en su

desarrollo ulterior las partes elementales que las constituyen quedan siempre más semejantes á lo que ellas eran en los primeros tiempos de la existencia de la célula. Cuando una membrana más gruesa parece formar una cubierta al contenido celular ó protoplasma, esta membrana se aproxima de tal manera á este último por sus propiedades morfológicas y químicas, que debe considerársela como su capa externa espesada; ordinariamente no desaparece ni es reemplazado el protoplasma, como en las células vegetales, por un líquido celular ó por otras sustancias; asimismo las modificaciones morfológicas de las células animales son casi imperceptibles, y tan poco sensibles las químicas, que el contenido celular más avanzado en edad se parece mucho al protoplasma por su estructura y composición. El núcleo persiste en la mayoría de las células animales; su crecimiento tiene lugar especialmente en longitud, y á no ser en los tejidos epitelícos, no se ven dichas células en capas por mutua aproximación; además, su forma se modifica por la presión que determinan las sustancias intercelularias elaboradas por las células en gran cantidad, como se aprecia en los tejidos de sustancia conjuntiva; y por último, si bien las sustancias albuminoides que aparecen desde su origen en las células son casi idénticas en los dos reinos, en las células animales se encuentran como partes integrantes de los tejidos sustancias que derivan de las albuminoides, como la córnea, la glutina y la elástica, que no existen en las vegetales, mientras que las mucilaginosas y los fermentos que se aproximan á las albuminoides se encuentran en las células de ambos reinos; suministrando los albuminoides otros productos menos inmediatos, que son bases nitrogenadas, éstas varían según las especies, y son enérgicamente alcalinas en los vegetales, idénticas para todas las diferentes especies, y además de ellas, se encuentra toda una serie de ácidos nitrogenados en los animales; las células vegetales son más ricas que las animales en sustancias no azoadas y poseen varias que les son propias, como la celulosa, el almidón, gomas, aceites esenciales, resinas y ácidos; el agua disuelve primero las sustancias solubles é imbibes las albuminoides, y después se acumula en el interior

de las células vegetales y empapa y aumenta el volumen de las células y tejidos que derivan, ó bien constituye la parte esencial de los líquidos del organismo, como la sangre, linfa, quilo y secreciones en los animales; tienen en disolución los líquidos celulares los gases oxígeno, ácido carbónico y amoníaco, con predominio del ácido carbónico en los vegetales, y solo en cantidad notable el oxígeno y ácido carbónico, pero con especialidad del oxígeno en los animales; y conteniendo las células de los dos reinos sales, y particularmente cloruros y fosfatos alcalinos y alcalinotérreos en proporción casi igual, afectan, sin embargo, una relación más constante en los animales y pueden sustituirse más fácilmente en las vegetales.

No considero pertinente para nuestro objeto nuevos datos acerca de las funciones de los organismos celulares, y puesto que ya sabemos que en las células sus materiales mutaciones consisten en fenómenos de asimilación que constan de dos actos, formación de la materia orgánica y de la sustancia organizada y viva, y cuyo primer acto, muy desarrollado en la célula vegetal, es rudimentario en la animal, así como el segundo lo es más en esta última, del mismo modo que la desasimilación, oxidación que se encuentra unida á un desprendimiento de fuerzas vivas; que como fenómenos accesorios de nutrición, tenemos á la afinidad electiva de la célula, á la excreción y las secreciones; que la irritabilidad es la propiedad fundamental celular y condición de sus manifestaciones vitales; que los movimientos intracelulares son más frecuentes en los vegetales, así como que los celulares propiamente dichos son amibodes, contráctiles, vibrátiles y de verdadera locomoción ó traslación; que por consiguiente, la célula vive, crece, se trasforma ó muere y se reproduce siguiendo diversos procedimientos, sentando como premisa el aforismo de *Omni cellula a cellula*, como son en los animales principalmente la fisiparidad, la endogenesis, la conjugación sexual y aun por yemas, brotes ó gemmípara, y en los vegetales una veces una porción solamente del protoplasma del elemento original participa en la formación de los nuevos elementos, constituyendo lo que denominan formación celular libre; en otras el proce-

dimiento es el de la división, excisión simple y endógena. rejuvenecimiento, conjugación ordinaria y gemmación; deberé sólo ocuparme de la constitución de los tejidos en los vegetales y animales.

En los vegetales, y según el sabio profesor Wundt, los tejidos se derivan por yuxtaposición de un gran número de células ó por soldadura de las células entre sí; el tejido de células se halla formado, ora yuxtapuestas, dejando algunas veces entre ellas hendiduras ó espacios canalículos ó lagunas llenos del aire ó de jugos vegetales, ya en las partes blandas del vegetal afectan las células una forma redondeada ó poliédrica, ó sea tejido del parénquima, y en la corteza y madera son prolongadas y se sueldan por sus extremos ó tejido del prosénquima; y el tejido vascular y los vasos, los cuales, por consiguiente, se derivan de células unidas por sus extremos, y cuyos tabiques intermedios se han reabsorbido; las capas concéntricas de la celulosa de la pared vascular se han separado, de manera que pueden formar espirales, anillos y redes, no constituyendo por sí solo el tejido vascular una planta, por cuanto entre los vasos existen siempre series de células y principalmente de las del parénquima. Mas si nos fijamos en el organismo del vegetal, veremos que sólo contiene dos órdenes de órganos, los del tallo y los tejidos de la hoja; pero estando ambas partes formadas por la reunión de los tejidos vegetales elementales, como son células y vasos, no difieren sino por la disposición de estos elementos. En efecto; los órganos del tallo están constituídos por un parénquima de células surcado en el sentido de su longitud por hacecillos vasculares, y ora estos vasos se hallan esparcidos en todo el parénquima, como se observa en las monocotiledóneas, ó bien por el contrario están dispuestas en círculos más ó menos numerosos, como en las dicotiledóneas. Los hacecillos vasculares se hallan limitados hacia afuera del lado de la corteza por una capa longitudinal de células de prosenquimas; mas entre los vasos y este prosenquima existe una capa de células blandas que se llama *cambium* ó zona generatriz, cuya soldadura puede formar nuevos vasos; continúanse las células de la médula entre los diferentes hacecillos vasculares

con las de la corteza, y ésta se halla á su vez constituída por tres capas sobrepuestas: una interna de células con clorofila, una media ó subserosa formando el corcho cuyas células contienen aire, y una capa externa ó epidermis construída por células ocupadas en parte por el aire y soldadas lateralmente entre sí. Así como el tallo, el tejido de la hoja está formado por células y haces vasculares; los vasos son la continuación de los que existen en el tallo, los que cuando han llegado á la hoja se separan entre sí y alojan en estos puntos á las células; dichos vasos constituyen una red; las células comprimidas en ella contienen clorofila y se hallan limitadas en las dos caras de la hoja por la epidermis, que ofrece en la inferior los estomas que dan paso y conducen el aire á los vacuolos del parénquima, sirviendo de órganos respiratorios. Por último, los órganos florales no son otra cosa que hojas modificadas, los pétalos y estambres son los análogos de los de las hojas, y el óvulo y polen el resultado de modificaciones especiales de las células del parénquima.

Los tejidos del organismo animal son también, según el célebre profesor de Heidelberg antes citado, de tres especies: tejidos formados *por yuxtaposición regular de células*, como los epidérmicos, los epitelium, las uñas y la sustancia córnea, las células del tejido glandular, el muscular y el del cristalino; *por fusión de células*, como el nervioso y capilar; y tejidos formados *por secreciones de las células* ó de sustancia intercelular ó conjuntiva, como el tejido conectivo típico, y en sus formas evolutivas, el fibroso elástico, el óseo y el cartilaginoso. Respecto á los órganos de los animales, éstos no están jamás constituídos por un solo tejido. En las plantas, sus diversas variedades de tejidos se combinan para formar un órgano, al paso que en los animales se unen sus tres especies para el mismo objeto, pero siempre observaremos el predominio de uno de ellos, y por este concepto pueden dividirse los órganos en aquellos que están formados por tejidos compuestos de células sin sustancia intercelular, como las glándulas y los músculos; los que lo son por tejidos de células soldadas entre sí de manera que constituyen tubos; ejemplo, los vasos, sistema nervioso y órganos de los sentidos, y aque-

llos que lo están por tejidos de sustancia conectiva, como el óseo; y considerando á los sistemas como la reunión de los tejidos similares y á los aparatos como la asociación de órganos que tienen por objeto una función determinada, van todos ellos á constituir el organismo.

Prescindiendo, señores, de otra multitud de consideraciones, principalmente acerca de los animales multicelulares, en que se continúa la especialización, la cual si bien primero recayó sobre los elementos celulares, extendiéndose después á la aparición de verdaderos órganos que se agruparon en aparatos correspondientes á las principales funciones, es más aún si tomáramos el grado superior de especialización funcional tal como se ofrece en el hombre, en el que pudiéramos concebir su organismo esquemáticamente, reduciéndolo á su más simple expresión en una esfera, la que estaría constituida por órganos profundos del movimiento ó músculos y nervios; por superficiales que aislan el organismo del medio exterior, superficies epiteliales, que se dividen en de introducción para el oxígeno y materiales nutritivos, y de eliminación de productos; de agentes, sangre y glóbulos sanguíneos, que llevan el oxígeno y las materias nutritivas desde las superficies de introducción á los órganos profundos, y asimismo las sustancias de desagregación de dichos órganos profundos á las superficies de eliminación; de un órgano reproductor, macho ó hembra, y de una sustancia que rellena los vacíos orgánicos y sirve á la vez de sostén, ó sea el tejido conjuntivo. Tampoco creo oportuno hablar de la diferenciación de órganos y funciones que puede seguirse, no sólo en la serie animal ó en un solo organismo, como en el del hombre, el cual se observará formado primero por una sola célula ú óvulo, representando en esta fase un animal unicelular, pero cuya célula se segmenta después y multiplica en otras muchas idénticas, convirtiéndose en un agregado pluricelular que se asemeja á un rizopodo desprovisto de prolongaciones externas ó pseudopodios, y que después se diferencian las referidas células formando tres hojas, que luego darán origen á todos los órganos, y cuyas etapas, recorridas por el hombre en su desarrollo, recuerdan á un sér inferior en cada una de

ellas; ni me ocuparé, por último, en la exposición circunstanciada de cualquiera de los tejidos del hombre, por cuanto si bien su estudio es interesante y altamente útil para el médico y naturalista, revelándonos lo intrincado y admirable de su textura, nos alejaría hasta cierto punto del objeto de nuestra conferencia, ocupándonos un tiempo que pienso dedicar á establecer las posibles diferencias entre los organismos vegetales y animales.

Consideradas dichas diferencias en las primeras manifestaciones de la vida de estos seres, es completamente imposible realizarlas, y si no recordemos lo que han manifestado los naturalistas acerca de este interesante asunto. En presencia de los hechos y de las discusiones sin fin que han surgido entre los naturalistas, y de la discordancia que existe actualmente respecto á la colocación que debe darse en nuestros métodos á los seres en sus primeras manifestaciones de vida, es evidente que la diferencia de los dos reinos no es posible indicarla. Llegamos en ambos conceptos por transiciones á seres que se parecen y que pueden considerarse como los más simples de los animales, ó como los más degradados vegetales; toda discusión acerca del sitio que deben ocupar dichos seres es absolutamente inútil, puesto que no son ni vegetales ni animales y no ofrecen ningún carácter que nos permita distinguirlos; sus análogos en las edades más remotas del mundo se han modificado y agrupado de modo que forman dos series divergentes de las que han sido el punto de partida, y perteneciendo á la vez á las dos, formando como un puente entre los dos reinos orgánicos, por cuyo motivo recientemente propuso Haeckel el reunirlos en un reino aparte con el nombre de reino de los *Protistos*. Mas las ideas de que el reino vegetal y el animal se confunden insensiblemente y que existe entre ellos un reino intermedio participando de su doble naturaleza, no es de nuestros días. En efecto, Aristoteles consideraba ya á los Ascidios, los Anemones del mar, y á las esponjas, como constituyendo la transición á los vegetales. En el siglo XVI Freigius proponía establecer un reino intermedio entre los animales y vegetales; en el siglo XVIII Buffón creyó que los tres reinos eran insufi-

cientes para contener todas las producciones de la naturaleza y estuvo próximo á crear un cuarto. El nombre de zoofitos ó de animales plantas imaginado por Pallas para designar á los corales y á los organismos análogos implicaba la misma idea; pero Linneo hace de los zoofitos un simple grupo de su clase de los vermes, mientras que Treviranus quiere designar por este nombre un verdadero reino. Sesenta años después Bory de Saint-Vincent reúne en el reino de los Psycodiaros todos los seres ambiguos, pólipos, esponjas, infusorios, y trata de demostrar cómo se efectúa el paso á los animales y plantas verdaderas. La mayor parte de estos seres, cuya naturaleza parecía dudosa en 1825, han encontrado su sitio en uno de los dos reinos, mas á pesar de los progresos científicos de hoy no se ha mostrado con más exactitud que á nuestros predecesores la diferencia tantas veces buscada por ellos; si ya no se duda que los corales, las esponjas y multitud de infusorios sean verdaderos animales, quedan sin embargo y como inferiores á ellos un inmenso número de seres vivos que no pueden referirse á los animales mejor que á las plantas, y por consiguiente, en que es necesario renunciar á darles colocación en una de las dos grandes divisiones primordiales de nuestros sistemas, y que ha impulsado á Hœckel á crear su reino de los Protistos.

Reunir en un mismo grupo todos los seres de naturaleza dudosa, afirmar por lo mismo la existencia de formas que no pueden encontrar colocación en los dos grandes reinos orgánicos, puede tener ciertas ventajas; mas ¿es necesario elevar al rango de reino este grupo de transición? Si es ya difícil, ó mejor, imposible distinguir por una definición precisa los dos primeros reinos entre sí, ¿cómo dar una definición más exacta del tercero, que les toca por tantos puntos? Dice el profesor Edmundo Perrier: «Si no podemos decidir en un gran número de casos entre las dos alternativas que nos ofrecen los antiguos métodos, ¿cómo podremos decidir mejor en el método nuevo que nos ofrece un tercero? ¿Podrá tomarse por carácter del tercer reino la impresión que determinara en nuestro espíritu el sér que se trata de clasificar? Los reinos animal y vegetal son perfectamente distintos en

sus regiones superiores; pero ¿qué pensar del de los protistos, que deberá confrontar por una parte con el inorgánico, y enlazarse por la otra á cada una de las dos grandes divisiones del imperio orgánico? ¿Por qué considerar como un dominio particular lo que no es sino la línea de separación de los dos dominios, y por qué ver una obra aparte en lo que no es más que un prefacio, etc.?» Creo con Perrier que la palabra *protisto* debe aceptarse como un adjetivo que expresará la suma simplicidad de organización de los seres más inferiores, no siendo posible crear para estos seres un reino particular, puesto que en su mayoría no son exactamente intermediarios entre los animales y vegetales, sino que manifiestan una tendencia marcada hacia los unos ó los otros; es decir, los protistos son como el vestíbulo de los dos grandes reinos orgánicos, y no un reino aparte.

Ahora bien; si me propusiera manifestar las relaciones que unen los protistos, sea entre sí ó ya con los vegetales y animales propiamente dichos, debiera decir que en el grado más bajo de la escala, é inmediatamente por encima de las Moneras, se presentan seres protoplasmáticos, cuya homogeneidad no se encuentra turbada sino por la presencia de un núcleo y nucleolo; su protoplasma es libre, sin membrana de cubierta y pudiendo su contorno tomar las formas más variadas, como sucede con los amibos. Un primer progreso se realiza cuando dicho protoplasma tiene aptitud para prepararse una cubierta membranosa, en el interior de la cual se divide en términos de dar origen á zoosporos en número vario; pero si la cubierta es de naturaleza albuminoide, aproximase el organismo que la produce al reino animal; mas si, por el contrario, es de la celulosa, tiende al reino vegetal; resultando que los movimientos aparentes del protoplasma podrán tener lugar en el primer caso, por cuanto son siempre más ó menos flexibles las sustancias albuminoides, lo cual no ocurrirá en el segundo por la resistencia de la celulosa. Revélase más la tendencia hacia los vegetales si se depositan en el protoplasma gránulos de almidón ó una materia colorante, verde ó roja, como se observa en muchos infusorios flagelíferos; pero si no aparece la materia colorante,

subsiste la indeterminación, pudiendo referirse las partes desprovistas tanto á los animales como á una sección de los vegetales representada por los hongos. Los *mixomicetes* son el último término del paso de los protistos propiamente dichos á los hongos, y por el contrario, las euglenas, las astasias y otros infusorios flagelíferos coloreados nos conducen directamente á las algas verdes ó rojas, y por ellas á los vegetales más elevados y de más cumplida caracterización.

Respecto al paso á los animales, se establece de un modo tan natural, que es necesario cierto esfuerzo para referir al reino vegetal los seres que acaban de ocuparnos; creeríase, desde luego, deber clasificarlos en el reino animal, y en efecto, las primeras formas francamente animales del mundo orgánico se aproximan más á los protistos que las de los vegetales. El protoplasma se ha modificado menos para producir los primeros animales que para los vegetales. Las gregariñas nos demuestran cómo puede operarse la transformación de las moneras en individuos celulares cuyo fenómeno es en extremo curioso. Así observaremos que el tránsito gradual de los animales y vegetales á las moneras, se halla establecido de la manera más completa. Vemos, pues, transformarse las moneras en individuos más complejos, y adquirir pronto una nueva aptitud, la de asociación: la herencia es la consecuencia ineludible del modo de reproducción de los elementos constitutivos de los seres vivos; y si bien los elementos que constituyen una sociedad ó colonia son primitivamente semejantes entre sí, más tarde se asocian con elementos desemejantes, que, sin embargo, provienen los unos de los otros, representando las fases sucesivas que pueden afectar ciertos seres monocelulares que, gozando en la asociación de diferentes funciones, vive cada uno por su cuenta propia, mas cumpliendo á su vez al objeto común con ciertos actos que les son peculiares, y tendiendo todos sus esfuerzos á la conservación de la colonia y acrecentamiento de su prosperidad, con cuyo fin todas las actividades se coordinan para obtener dicho resultado.

Después de todo lo expuesto, me parece llegado el momento de ofrecer á vuestra ilustrada consideración un rápido estudio

comparativo entre los reinos vegetal y animal, que sintetice los datos más importantes que acerca de esta por demás intrincada cuestión nos ofrecen los naturalistas y biólogos. Ya sabemos que la planta posee los mismos elementos químicos fundamentales que el animal, pero dominando en ella el carbono, así como las sustancias no nitrogenadas y los álcalis, caracterizándole especialmente una materia colorante, la *clorofila*, principio que goza en su vida de un papel esencial, aunque no absoluto, por cuanto falta en los hongos y se le observa en algunos animales, como en el *euglena viridis*; además, tiene el vegetal más estabilidad química que el animal, siendo menos activas sus nutriciones materiales: así observamos en el fenómeno de la asimilación que los materiales que emplea los toma del aire y del suelo, siendo con ellos con los que forma el almidón, la grasa y la albumina de sus tejidos, no efectuándose dicho fenómeno asimilativo sino en las partes verdes por la clorofila y bajo la influencia de la luz, siendo en su virtud su último efecto una reducción y eliminación de oxígeno, proceso llamado impropriamente respiración; y como acto de desasimilación se puede apreciar que todas las partes verdes ó no del vegetal absorben oxígeno y eliminan ácido carbónico, tanto á la luz como en la oscuridad, constituyendo la verdadera respiración; mas en las plantas esta función es inferior á la asimilación, es decir, introducción de ácido carbónico y desprendimiento de oxígeno, existiendo, por consiguiente, antagonismo entre aquéllas y el animal. Los fosfatos son entre las sales minerales más abundantes en los seres animales; la asimilación en éstos es menos compleja, puesto que utiliza materiales como los albuminoides, grasas y almidón ya transformado por el vegetal, y no tienen que sufrir sino un cambio fisiológico más bien que una real preparación; la desasimilación, fenómeno ligado á un desprendimiento de fuerzas vivas y pérdida de materiales del organismo, cuyos dos extremos términos son, en mi concepto, una introducción del oxígeno, y en otro una eliminación de ácido carbónico, de vapor de agua y de sustancias de desgaste, ó sea la respiración, es mas activo en el animal. Los principios necesarios para la vida de la planta, como el

agua y el ácido carbónico, son precisamente los que elimina el animal como último término de la asimilación, existiendo, por consiguiente, una correlación y solidaridad tan íntima entre el suelo y el aire, la planta y el animal, que no puede menos de traducirse por continuos cambios ó por una verdadera circulación material, siendo esta acción combinada de la planta y del animal la que sostiene la persistencia en la cantidad del ácido carbónico del aire, y resultando demostrado que la vida vegetal y la animal son funciones la una respecto de la otra.

Otro dato de sumo interés es el que se refiere á la proporción relativa de la materia vegetal y animal y á su constancia; mas respecto á este punto, si bien en el origen del mundo el ácido carbónico dominaba por no ser posible entonces sino la vida vegetal, cuando aparecieron los animales aumentó el oxígeno hasta hacerse estacionarias, constituyendo el equilibrio que hoy observamos, el que, á pesar de todo, puede ser turbado á cada instante. El desprendimiento de fuerzas vivas es menos intenso en la planta y solo se deja apreciar en ciertas fases de su existencia, como el calor en la germinación y floración y en los movimientos de la sensitiva; y asimismo transforman más fuerzas vivas, calor y luz solar, en fuerzas de tensión, lo cual ocurre al contrario en los animales. Si consideramos la organización en sí, es menos complicada en el vegetal, del mismo modo que, y en general, la división del trabajo fisiológico. La forma general de su organismo adquiere un carácter particular por las condiciones habituales de su existencia; se encuentra de ordinario fija al suelo, y esta condición le imprime una forma que se observa hasta cierto punto en animales que disfrutan de análogas condiciones; véase, por ejemplo, los políperos. En el animal, un factor, si no nuevo, al menos esencial, aparece, y es el movimiento locomotor determinando la distinción del organismo en parte anterior y posterior, y ofreciendo cada una de ellas un carácter morfológico especial y en relación con sus actividades funcionales. En general, la evolución de la planta es menos definida; la individualización es más rara, y la formación de colonias ó agregados de indi-

viduos, ó sea el polizooismo, más frecuente que en el animal, en el que este fenómeno constituye una excepción; el crecimiento del vegetal en particular es, si no indefinido, al menos no ofrece la suspensión que ocurre en el animal en un período dado de su existencia, puesto que crece casi continuamente hasta su muerte, y no existe en él el desgaste y desprendimiento de fuerzas vivas, que tan pronunciadas son en el animal, siendo por lo mismo en éste las causas principales de la suspensión de crecimiento. La planta encuentra casi por todas partes los materiales de su existencia, como agua, ácido carbónico y amoniaco, y está obligada á sufrir el medio á donde las circunstancias le han colocado, adaptándose á él ó pereciendo; al paso que el animal tiene necesidad de buscar sus alimentos y puede cambiar de medio, de lo cual resulta más independencia, y por el concepto anterior, mayor variabilidad de los vegetales.

Por consiguiente, manifestaremos, según el distinguido fisiólogo Beaunis, y como resumen de los caracteres diferenciales más culminantes entre los vegetales y animales, que los *primeros* absorben agua, ácido carbónico y amoniaco, eliminan oxígeno, purifican el aire y empobrecen el terreno; se aprecia en ellos la clorofila; sus funciones asimilativas predominan á las de desasimilación; tienen lugar en los mismos débiles desprendimientos de fuerzas vivas, como movimiento y calor; transformación de las fuerzas vivas en fuerzas de tensión; constituyen un verdadero aparato de reducción; no ofrecen locomoción tal ni sensibilidad; su organización es menos complicada; tienen tendencia al polizooismo; crecen casi indefinidamente, y es grande su variabilidad; al paso que los segundos, ó sean los *animales*, absorben oxígeno, eliminan agua, ácido carbónico y amoniaco; vician el aire y enriquecen el suelo; no tienen clorofila, ofrecen predominio de la desasimilación sobre la asimilación; desprenden grandes cantidades de fuerzas vivas, como movimiento, calor é inervación; transforman las fuerzas de tensión en fuerzas vivas; constituyen un aparato de oxidación; tienen locomoción voluntaria y sensibilidad; su organización es más compleja, con tendencia á la individualización; su crecimiento se suspende en un mo-

mento dado, y es menor que en los vegetales su variabilidad.

Con esto he terminado lo que me propuse presentar, y solamente como en boceto, á la consideración de este respetable auditorio; mas antes de abandonar este sitio, me creo en el deber de dar las más expresivas gracias á todos los señores concurrentes por la bondad con que me han escuchado.
(*Grandes aplausos.*)





LA MADRE DE FAMILIA ⁽¹⁾



A mujer, que atendida su debilidad orgánica, ha parecido á muchos un sér indiferente con relación á los hechos sociales, merece, á no dudarlo, la consideración más elevada. Entendedlo bien, damas ilustres: sois llamadas, como seres providenciales, para fines grandiosos en la sucesión de los tiempos fuera de la familia, y sobre todo, en ella, para el perfeccionamiento en las costumbres de los pueblos. ¿Queréis mayor estimación de vuestros servicios? No os envanezcáis, sin embargo, que aún será preciso al mismo tiempo no olvidar los males inmensos que, dentro de esa misma órbita, habéis atraído sobre la humanidad.

Sería conveniente omitir en este estudio el de las cualidades físicas de este sexo; mas es casi imposible: en el mayor número de casos son ellas el arma poderosa, quizás terrible de que se vale, ó que, á lo menos y aun inconscientemente, le prestan medios para alcanzar cuanto codicia. Además, es preciso tener presente que á pesar de la delicadeza de su or-

(1) Este trabajo, precedido de un exordio encomiástico, fué leído ante la Real Academia de buenas letras de Sevilla, dando la bienvenida y contestando al que el Sr. D. Vicente Rodríguez de Peñalver leyó también en el acto y sesión pública y solemne en que fué recibido académico numerario.

ganización, es fuerte; cualidad que logra, ya porque la creencia en esa debilidad aleja de los demás la idea de temor, inspirando tal vez compasión, ya porque la belleza, el encanto de la hermosura despierta afección: el hombre entonces, aun creyéndose poderoso, se somete sin violencia ó con placer, aguijoneado sobre todo por la movilidad de delicados sentimientos y hasta por vicios ó virtudes. Tantas concausas, físicas y morales, hacen de ella un sér á todas luces interesante.

No es posible, por tanto, al estudiarla bajo cualquier concepto, prescindir de las condiciones que determinan sus acciones, ó que en el hombre inducen al deseo de realizar aquellas á que involuntariamente se ve arrastrado. Examinándolas se descubren, en verdad, dos poderosos elementos que sintetizan la existencia de la mujer y su valor social; la hermosura que se impone tiránicamente y el amor que se inicia con dulzura y termina por subyugar en absoluto á la voluntad; tal es el gran talismán que oculta el poderío de esta dignísima y noble mitad del género humano, la clave de la fuerza que puede y sabe desplegar, á veces en provecho, á veces en daño de un hombre dado y aun de toda la sociedad. Pero esta mujer que estoy caracterizando, la forma en que realiza tales hechos, no es igual en todos los tiempos históricos: su representación social ha sido muy diferente al través de los siglos, sobre todo comparando las civilizaciones anterior y posterior al cristianismo. Entonces se descubren las extraordinarias diferencias que en la familia y en la sociedad civil ha inducido su grado de civilización, perfectamente relacionado con el concepto moral de los pueblos. Hé aquí por qué es conveniente estudiarla en esos dos grandes grupos que separa una muralla formidable. Antes, el amor, por el cual la sociedad nueva se informa en la caridad, emblema inestimable, aroma delicioso de su significación, estaba representado por malas pasiones, la lujuria, los celos, la avaricia, induciendo á la madre y á la esposa al indiferentismo, al odio, y con extraordinaria frecuencia al parricidio. Perturbada la idea moral, se vieron trastornados los afectos, los nobles instintos del sexo que hoy estudiamos, envilecidos

bajo la tiránica fuerza del que siempre era su señor. No bastaron aquellas grandiosas palabras que, según el libro santo, puso Dios en los labios de Adán al decir: «serán dos en una carne; el hueso de mis huesos, la carne de mi carne.» Esta primera piedra del edificio social, este bosquejo fidelísimo, base de las demás sociedades, si no siempre tuvo la misma forma, debiólo á la varia representación que se concedía á la mujer; por eso puede afirmarse sin temor que con su consolidación ó disolución, coincide la perfectibilidad de los Estados. Y no os admiréis: ella ha sido la reguladora incontrastable en esta grandiosa evolución; y el éxito ha dependido del valor social que se la concedía, de la moralidad que ha llevado al seno de la familia. Dadme una buena madre y os daré buenos hijos y buenos ciudadanos. ¿Queréis pruebas? Pues estudiadla en los diversos pueblos y os convenceréis de que ella determina su grado de civilización, cuando es esclava, ó sierva, ó concubina, ó esposa, título magnífico que la enlaza indisolublemente con el hombre y con sus hijos bajo el techo del amor, que sólo el cristianismo ha sabido construir. Por eso no debéis esperar hoy de mí que en hiperbólica frase os pinte, como tipo de la mujer, á la gobernante, la literata, la sabia, la filósofa, la religiosa, la santa, la heroína en el combate ó en los trabajos del taller ó del escritorio; no, otro papel más alto la reservo. Su importancia no está en las escenas brillantes, en el sarao, en donde se hagan perceptibles las galas y los encantos que pródigamente la concedieron la naturaleza y el arte. Si queréis encontrar su inapreciable valor, buscadla en el hogar, y allí veréis á la que sabe ser madre de familia, llevar, sin conocerlo ella misma, una inmarcesible corona de grandeza, que nada podrá empañar. Estudiad las vicisitudes que recorre en la historia y adquiriréis una fidelísima prueba de esta gran verdad.

Cuando en los antiguos pueblos se estimaba nada más que su belleza física, vivía sepultada en el serrallo ó prostituída en las calles ó en el templo de Milita. Las instituciones mosaicas cambiaron este modo de ser, pues la impúdica era expulsada de entre las hijas de Israel, en donde se condenaba

el adulterio y aun estaba prohibido el desear la mujer ajena. Tales principios concordaban con no ser esclava como en Oriente ni estar encerrada en los gineseos, como en Grecia y Roma: antes al contrario, tuvo personalidad á lo menos en ciertos casos. Débora aparece á la cabeza del pueblo, y Judith es respetada aun antes de libertar á Betulia. Por otra parte Ruth, Sara y la mujer de Tobía manifiestan en su amor una pureza que descubre la santa dignidad del matrimonio cristiano. Y aunque entre los hebreos se toleró la poligamia, siempre fué moderada por las leyes, sin que el marido pudiera repudiar, á menos que interviniera un levita.

No fué igual en todos los pueblos primitivos la suerte de la mujer. En la India, donde en su carácter se descubren delicados sentimientos, aparece la familia constituída por ella con su marido y sus hijos. La poligamia de este pueblo difería de la de los mahometanos, siendo limitada por ciertos privilegios que ella tenía; y si al quedarse viuda se sacrificaba sobre la tumba del marido, principalmente si era guerrero, no obedecía en esto á ningún precepto legal, sino á una costumbre sostenida, á la desesperación y al deseo de inspirar una alta idea de generosidad y de sacrificio. Aun da fundamento para persuadirse del aprecio que de ella se hacía en este país, la consideración de que las jóvenes se ejercitaban, como en España, en la lucha, y de que las más robustas mejor que otras encontraban consorte.

Las relaciones de la mujer con la divinidad revelan su carácter en Fenicia. Al lado de Baal, dios masadino, se levantaba Venus ó Astartea, á la cual se tributaba en Biblos un culto tan obscuro, que nos demuestra su indignidad en aquel país; consistía, es verdad, en cortarse el cabello, pero esta para ella cruel imposición, se redimía prostituyéndose y ofreciendo al templo de la diosa el precio de la deshonor.

La forma tiránica con que se revestía en Persia el trato de la mujer se revela en el castigo impuesto por Asuero á Vashti, su querida consorte.

No se busque en los primitivos griegos afección hacia ella: la deseaban para su placer ó para que les diesen hijos. Al despedirse Héctor de Andrómaca, sus palabras de ternura

son para el fruto de sus amores, nada para la esposa. La legislación de Esparta atendió sólo á dotar al país de hombres robustos que pudieran vencer en la guerra ó morir por la patria; y á esta idea sacrificó la dignidad del hombre y el pudor de la mujer: ella luchaba desnuda en el teatro, y no se le exigían más virtudes que las que la naturaleza encomienda al sexo. La espartana no aspiró á seducir al hombre, ni por sus gracias, ni por la coquetería, sino por la insensibilidad. Sostiene vigorosa el estandarte de la gloria por la Patria, ve morir, y aun para esto lleva sus hijos á la guerra, y desconoce el pudor y el amor á la familia. La ateniense, aunque libre, no alcanzó la dignidad de la mujer del Norte, ni mucho menos la de la cristiana. Los jonios la creían útil, pero de un modo insignificante. Entre los eolios era un objeto de deleite: en el pueblo dorio su poder moral degeneró á veces en barbarie; y si la poesía es la expresión de los sentimientos generales, sólo se ve en Calipso una amante furiosa, en Paris y Elena voluptuosidad. Y no era posible otra cosa en un pueblo en donde las jóvenes, vestidas con cortas túnicas, iban en unión de los muchachos á los ejercicios de la lucha y de la carrera, y en donde se tributaba culto á Priapo, á Baco y á la Gran Madre. Sin embargo, en él se formó para el estudio de los altos principios de moral la asociación pitagórica, á donde también concurrieron muchas mujeres. Entre ellas se distinguió Theano, hija del filósofo del mismo nombre, la cual preguntada un día por el tiempo que debía tardar una en acercarse á los altares después de su unión con un hombre, contestó: *inmediatamente si es su marido; nunca si fuere extraño*: gran principio de moral, deducido de la doctrina de su maestro.

Como en Fenicia, las jóvenes cartaginesas se prostituían ante la divinidad, reservando el precio de aquella falta para su dote; mas entre los Galatas era tan estimada la fidelidad de la mujer casada, cuanto indica la conducta firme y heroica de Chiomana y Camma, esposas de los tetrarcas Ortiagino y Sinato.

A pesar de las condiciones honestas con que se celebraba el casamiento entre los chinos, ya con la mujer escogida, ya

con las demás concubinas que por cierto la estaban subordinadas, no por eso, como se ve, dejó de haber poligamia, si bien esta forma era limitada á los grandes y mandarines. Y aun cuando al tiempo del matrimonio obtenía el padre ciertas garantías, es lo cierto que en este país la mujer se hallaba siempre en estado de servidumbre y que las leyes apenas se ocupan de ella. ¡Son vendidas por la avaricia del padre, y á veces por la del marido, que las guarda, instigado por celos, y las hace vivir mortificadas por el odio de sus rivales!

Entre los primitivos pueblos de la Italia, la familia, ni estuvo bajo el yugo patriarcal de los asiáticos, ni constituída aristocráticamente como después en Roma. Los sabinos se casaban fácilmente: los jóvenes más valientes y bravos concurrían durante las fiestas religiosas á escoger sus esposas entre las muchachas asistentes.

La que se hacía indigna era repelida: la buena madre de familia llevaba un distintivo honroso (*tutulus*, especie de sombrero cónico), y tenía autoridad ilimitada sobre sus hijos.

La mujer en Roma representaba un papel miserable: se casaba sin amor, y el que afectaba, siempre era sin delicadeza. Metelo el numídico decía: *si la naturaleza hubiera sido bastante liberal para darnos la vida sin necesidad de la mujer, nos veríamos libres de una compañía bastante importuna*; y unía que el casamiento debía de ser considerado como el sacrificio de un placer particular á un deber público. No os admiréis de este horrible juicio, porque á tal concepto respondía ella dignamente con su desvergonzada inmoralidad. Es verdad que hubo una Cornelia, madre de los Gracos, y una Octavia, virtuosa hermana de Augusto y esposa de Antonio; mas estas eran joyas preciosas que había necesidad de admirar aun no viendo aquella inmensa muchedumbre de mujeres indignas. Entre las más notables se cuentan Servilia, esposa de Lúculo, una hija de Lila, casada con Milow, y la incestuosa Tuliola, hija de Cicerón: Marco Antonio conduce triunfante en su carroza á la cortesana Citérides, salida de los tugurios. ¿Influiría sobre esta manera de ser en las costumbres la facilidad con que se daba el repudio? Augusto quiso corregir

aquel mal social que había hecho clásico el celibato, y promulgó la ley Julia, que por cierto fué ineficaz. La corrupción fué tan grande, y la de la mujer tan pública y escandalosa, que el mismo Augusto lloró como padre la depravación de Julia, la hija querida, á cuya educación había sacrificado el descanso y el sueño.

Los odios del Hasem en la India, los juegos y ejercicios violentos y libertinos en Grecia, las liviandades en Roma, dan idea de lo que era la mujer en la antigüedad. Y se la ve esclava en Oriente, prostituída á la sombra de la divinidad en Fenicia y en Cartago, poco estimada y relegada al papel de producir hijos ó servir de deleite en Grecia, en servidumbre en Persia y China, licenciosa en Roma. ¿Cómo llegar de este modo á constituir familia? En aquellos tiempos se revelaba ésta por un despotismo político, lleno de odios y de rigor: no era la sociedad tierna, afectuosa y santa, como debe ser, y á que ha podido llegarse, cambiando el valor y representación de la mujer por el influjo de la idea cristiana. Antes, siempre esclava, no tuvo libertad, ni aun para amar; no supo esgrimir las armas de la hermosura, sino envileciéndose; ni despertar en el hombre otros sentimientos que los de la sensualidad, no los que aparecen á la voz de la ternura en el corazón que siente una noble pasión. Libre ya, ha podido llegar al tálamo nupcial por su propio derecho, trayendo al lado de los encantos de la belleza física el inestimable capital del amor, que siempre es noble y desinteresado, y la virtud que informa su existencia: de aquí el valor de la esposa y de la familia, creada por ella bajo la antorcha del cristianismo. Aún hay más: nace espontáneamente y se revela en la humanidad el sentimiento moral, que por eso en todos los tiempos se ha descubierto; ahí están, como prueba respecto de la mujer, las instituciones mosaicas, la estimación de la fiel casada entre los gálatas, las sentencias de la asociación pitagórica y de la hija de Theano. Mas, á pesar de esto, Roma, de cuya cultura debiera esperarse mayor perfección moral, ensoberbecida, reúne en sus costumbres, como revela su legislación y su historia, las tradiciones de los pueblos orientales y de Grecia; y en los tiempos de su mayor poder y gran-

deza, que son los mejor conocidos, se nos presenta corroída por la podredumbre del vicio, filtrado á torrentes en el seno de la sociedad conyugal. No pudo, pues, así constituirse verdadera familia, y nos lo prueba el estudio de la mujer casada.

Tiene origen la sociabilidad en nuestros propios instintos; por eso no es este sentimiento exclusivo del hombre; se descubre también en los animales, no sólo de necesidades fáciles de satisfacer, sino aun en los carnívoros, si bien entre ellos limitado á la especie y la familia, que forman también con su hembra y sus hijuelos. No hace á nuestro propósito desentrañar los orígenes de las diferentes sociedades, sean públicas ó privadas: sólo creo pertinente á mi objeto consignar que la conyugal es la primera en el orden histórico y tipo de las demás; el núcleo de donde todas parten y el molde á que en su sucesiva complicación y desenvolvimiento se ajustan las grandes colectividades; *el patriarcado, la tribu, el Estado*. Ella afecta ciertamente la mayor perfección; se constituye sin interés material, sólo por el recíproco afecto entre seres que un sentimiento nobilísimo atrae para transmitirlo á otro sér, en quien ha de revelarse su propia existencia. Quitad este carácter á la unión del hombre y la mujer, y pierde esta sociedad su forma innata; es entonces un hecho brutal, indigno aun de los animales, y descubre una perversión moral, que dada la extensión con que estas uniones se realizan, hará aparecer horrible la condición de la colectividad. Hácese, pues, ella sólida y tierna en proporción de la nobleza de los sentimientos, que, al constituirse, trajeron los que la han formado; lo cual se prueba perfectamente estudiándola bajo el influjo del paganismo en Roma, y luego, bajo el de la idea cristiana.

La matrona romana sólo pensaba en agradar; toda su existencia estaba en el tocador, en donde muchas esclavas cuidaban con solícito esmero de blanquear su cutis y teñir de rubio ó negro, según la moda, su cabello y sus cejas; del peinado, del perfume, de la colocación de las flores: para cada uno de estos servicios había una de ellas destinada; y ¡desgraciada de la que no acertaba á darle belleza, tal como lo deseaba, porque ó ella ó el *losarius*, esclavo destinado á los

castigos, la azotaban cruelmente! Tenía ropas á propósito para las excursiones nocturnas, correr por las calles de la ciudad y aparecer liberta ó cortesana. Iba en litera, acompañada de esclavos y esclavas, no sólo á las visitas malignas, sino á las citas amorosas, en donde al precio de su honestidad adquiría ricas joyas. Era muy común el incesto y ver á la suegra envenenar á su hija para entregarse al yerno. Cicerón, defendiendo á un joven acusado de prácticas culpables con Clodia, se empeña, no en negar, sino en excusar el delito. «La severidad de las costumbres, dice, era tal vez el patrimonio de los Camilos, Fabricios y Carios; mas hoy apenas está en uso; ni aun se leen los libros en que de ello se hace mención.» Falesia, dos veces viuda, se casa con Marco Antonio para ser su consejera y dirigir y presenciar actos de crueldad, ensañándose al fin en la cabeza de Cicerón; luego se entrega á los groseros actos del más innoble lupanar en la casa de Gemelo, durante la comida ofrecida al Cónsul Metelo y á los tribunos. La dama romana, por último, alardeando de su hermosura y de su imperio sobre el corazón de muchos hombres, asiste á comidas lúbricas, en donde busca secretos deleites, mientras que su marido recoge en oro el precio de su tolerancia. ¿Cómo debían de ser con estas mujeres los lazos de la familia? Por eso era tan común el divorcio, para el cual bastaba alegar la causa más mínima, la esterilidad, disgustos domésticos, la impudicia, haber salido con la cabeza descubierta, aun, como Paulo Emilio, sufrir molestia al ver á su esposa: alguno alegó que su mujer tenía relaciones amorosas con un liberto de baja clase. Cicerón, después de treinta años de matrimonio, repudió á Terencia para encontrar una nueva dote con que pagar sus deudas, y á Publia porque le pareció que se gozaba en la muerte de Tuliola. Terencia tuvo sucesivamente cuatro maridos; Tuliola, tres, de los cuales Dolabela, que fué el último, la repudió estando embarazada. Un célebre gastrónomo repudió á su mujer porque entró en su bodega hallándose en cierto estado periódico, por lo cual temió que se torcieran los vinos. Era muy común casarse hoy y repudiar la esposa al día siguiente para quedarse con la dote. Cesar tuvo tres

mujeres; Augusto, cuatro; cinco y aun seis otros de la familia, y no era raro convenir en el divorcio por haber contraído previamente los cónyuges otras uniones. Muchas matronas sostenían sus casas á las mujeres que sus maridos y sus hijos prostituían. El hombre no buscaba los goces del hogar, sino los de la crápula; se unía á una liberta rica que había pertenecido á otro; la obligaba por escrito á prometer fidelidad, en la seguridad de que no cumpliría su palabra y podría ser repudiada. Tales hechos hicieron repugnante el matrimonio, tan impertinente por otra parte como superfluo, aun siendo tan fácil de disolver, y por todos se creyó lo mejor el celibato.

Aun llega á descubrirse en sus íntimas formas la familia romana, conociendo la suerte de los hijos, á los cuales, cuando no se podía ó no se quería mantener, se exponía sin rebozo y con la mayor impudencia. Con fines diferentes se desprendía la madre del fruto de sus entrañas, en Esparta echando los deformes al Taijeto; en Tebas, donde eran vendidos en provecho del Estado, y aun entre los hebreos, donde los que no se hallaban en determinado sitio, eran declarados ilegítimos y privados de todo derecho. En estos pueblos, sin embargo, ó se justificaba la exposición como en Esparta, ó se hacía con temor y recato; mas en Roma, ni se ocultaba ni se justificaba, lo cual hacía horrible el acto y repugnantes á los padres que de este modo revelaban la no existencia del lazo que la naturaleza ha establecido para unirlos. ¿Qué hay de común entre este estado de cosas y la familia? Aquí la esposa es infiel, unas veces por capricho, otras por interés; el marido vende su dignidad: ella pensando en los placeres, él en el oro envilecido, y ambos, antes de unirse, calculando los modos más fáciles de la separación y deshacerse de los hijos que hubieren, y se tolera el incesto y nacen el celibato y la federastía, aun, como afirma Juvenal, dentro del tálamo. Así vivieron los señores de la opulenta Roma, tan admirada por su brillo y grandeza exterior; pero en donde no existiendo los poderosos vínculos de la familia, fueron deleznable los del Estado; y vino la tiranía de los Césares y las luchas por el poder, y la anarquía social que acabó con el potente Imperio.

Entretanto la idea cristiana, joven purísima, ponía enfrente del egoísta sensualismo, de la avaricia y de la ambición, nobilísimos sentimientos: todo es amor, todo es caridad; «lo que no quieras para tí no lo quieras para tu prójimo;» y tan claros y persuasivos principios hieren con vívidos resplandores el ánimo de los increyentes, que al fin son vencidos. Pero el cristianismo, que se sostiene en la razón, se difunde y arraiga en el sentimiento; por eso ha encarnado preferentemente y de un modo tan profundo en el corazón de la mujer. «El amor, ha dicho Mme. Stäel, es un episodio en la vida del hombre y la vida entera de la mujer;» y de esto podremos adquirir una perfecta prueba, estudiando comparativamente la modalidad afectiva en uno y otro sexo.

Entonces se demuestra que, al descubrirse aquella pasión en la adolescencia, afecta varia forma; se revela en el hombre por un sentimiento general que le hace expansivo, que endulza el corazón, mientras que en la mujer aparece con una tristeza concentrada, que tal vez le obliga á verter dulces lágrimas; en el uno se dan demostraciones ardientes, al tiempo que en la otra hay languidez, maneras decentes, mirada tímida y aparente impasibilidad, hilos fuertísimos con que se teje el tupido velo del pudor. El hombre, antes de fijarse en una, ama á todas las mujeres: ellas á uno determinado, muchas veces creado idealmente y adornado con encantos y atractivos, derivados de su propia imaginación. Entonces sobre él concentran todos sus sentimientos, le recuerdan de día y con él sueñan de noche: basta esta idea para satisfacer sus totales aspiraciones, por lo cual se recrea en la soledad, en donde puede entregarse plenamente á gozar embebecida en sus propios pensamientos. Para el adolescente el amor es un fin; para la joven, es el medio de satisfacer la innata esperanza de ser madre: innata, supuesto que aun antes de su matrimonio, ama al hijo que ya ha soñado llevar en su seno.

Si queréis ahora conocer de un modo inequívoco la espontaneidad y nobleza del amor en la madre, sorprendedla en sus recreaciones solitarias con su hijo, y entonces veréis triunfar aquel sentimiento de su propio interés, de lo que

constituye ciertamente su más vivo egoísmo. Desde que adquiere la persuasión de ir á ser madre, la aspiración de su pensamiento, su único deseo, es vivir siempre unida al fruto de sus amores: al verlo, le estrecha entre sus brazos, temerosa de que se lo arrebaten; y en su imaginación elabora el plan que había de seguir para elevarlo al mayor rango: todo, por supuesto, en el ánimo de no apartarlo jamás de sí. Y, sin embargo, ella misma conspira contra este nobilísimo deseo; y, sin apercibirse, se complace y recrea en abrir la senda que ha de llevarle á la separación, que tanto teme; ella, mientras que en loco transporte estrecha contra su pecho á ese sér amado, se llena de alborozo al ver que se sonríe cuando en él fija la atención: goza y celebra con gran efusión el día en que arroja el primer diente, cuando pronuncia la primera letra, cuando asienta por primera vez el pie en el suelo, sin acordarse, porque el amor la ciega, de que cada uno de estos progresos son pasos que le apartan de esa madre que aun le retiene asido entre sus brazos. Y luego buscará y dará á conocer con enfático acento sus adelantos en la escuela y en la educación: se recreará en los triunfos que alcanza en la sociedad, y hasta pregonará la delicadeza y la perfección con que galantea á la joven dichosa que va á robarle el cariño que ella creía eternamente unido á su existencia. ¡Pobre madre! Un noble y desinteresado amor ha vendado tus ojos, ante los cuales se abrirá por tus propios esfuerzos el camino por donde huye de tí el hijo que creiste eterno prisionero en tu corazón. Tú labraste tu propia desgracia; aunque á la verdad, instintivamente has comprendido que, al presente y en el porvenir, este hijo, que no es otra cosa que una de las más estimadas partes de tu propia naturaleza, manifestándose en el espacio bajo una nueva forma, será la continuación de tu existencia en busca de la eternidad. ¡Y gozas pensando en la utilidad que tu obra prestará á la sociedad, sin desear recompensa fuera de tu corazón!

No es, por tanto, dudoso que el amor está en armonía con la naturaleza de la mujer, cuyos instintos propenden por la bondad, la ternura, la generosidad, el heroísmo. Ella nació, en verdad, para amar, y si en los antiguos pueblos, restrin-

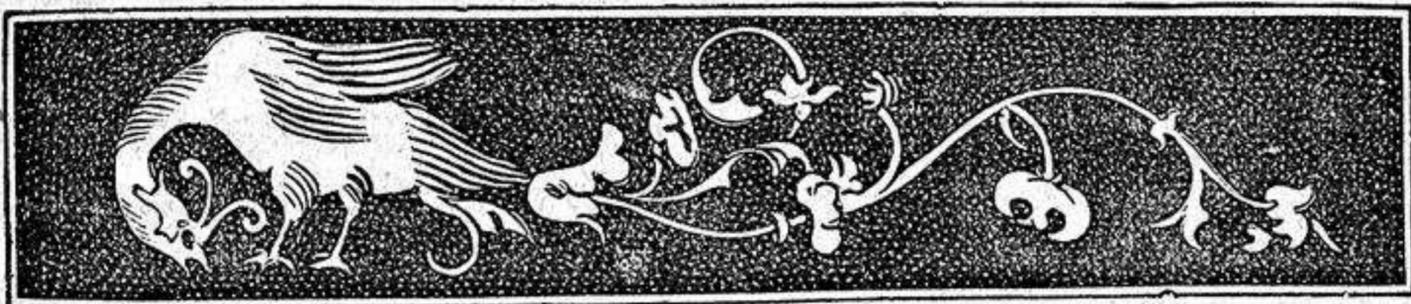
gida su libertad, no dió á este afecto su verdadero colorido, pudo hacerlo perfectamente desde que la adquirió con el sacrificio del Gólgota. La mujer pagana sintió concupiscencia no el amor espiritual que nace con la ternura en el corazón, que se enlaza con el bien y que guía la virtud. La esposa cristiana ajusta sus sentimientos, sus afectos y hasta sus pasiones al molde del amor, que es la viva expresión de la caridad: por eso perdona las ofensas del marido, y aun las paga con el sacrificio. Todavía se halla más dispuesta para él la madre de familia, ávida de imitar á la que al pie de la cruz enseñó á sufrir con resignación la más grande de las penas.

Mientras la mujer fué reputada como cosa, siguió ciegamente el camino que el padre ó el esposo la trazaron; mas libre ya por el cristianismo, usó de su propio derecho y apareció ante la sociedad con el característico aspecto que, dadas las condiciones morales, propias del sexo, supo comunicar á los que la rodeaban. El esposo la llama compañera, no esclava; la busca y elige, inspirado en el amor, y por él se retiene á ella unido: esta pasión, este sentimiento, es la antorcha que ilumina la casa conyugal; que alienta el agua, que desde el nacimiento beben los hijos, y sólo él ajusta el lazo en la vida íntima que todos sostienen: la madre lo estrecha en verdad; y así, cual el sol en el firmamento, es en la familia astro primero, alrededor del cual giran los demás como planetas secundarios. La esposa, que respira el aliento del marido, y vive y duerme á su lado constantemente: la que hasta con fruición cede en beneficio de ese mismo marido y del hijo de sus entrañas el precio de su trabajo: la que ha comenzado por dar en la lactancia su propia vida á los que crecen dentro de su mismo lecho; y solícita, previene sus males, les cede su alimento y les sacrifica el sueño, el descanso y aun la propia existencia, imprime sin quererlo y sin saberlo, á todos los que la observan, hábitos de ternura y de bondad, que jamás se olvidan. La que, inspirada en el amor, vela cuando el marido duerme: la que es económica, siendo aquél pródigo y derrochador, la que practica la virtud al lado del libertino; la que agota sus fuerzas en el trabajo necesario para proveer al marido enfermo y á los hijos del alimento y

de ropas que cubran sus carnes, se impone irresistiblemente y se hace admirar y respetar. No hay medio de contrarrestar el influjo de la esposa, inspirada en el amor; porque nadie hay que desconozca la importancia de los grandes sacrificios. Por eso, desde el seno de la familia trasciende á la sociedad el influjo de la madre cristiana, ella, siendo orgánicamente más débil, sabe y puede dominar al esposo, ya riendo, ya llorando: esgrime unas veces las armas de la hermosura, de la coquetería, del orgullo, de la vanidad; otras, las de la resignación, de la humildad, de la virtud, pronunciada en hechos preeminentes. Así le humilla mil veces, cuando está corrompido, y le alienta en la honradez; y así enseña á los hijos á respetar al padre, y á quererle y estimarle, y someterse sin violencia á su voluntad para estrechar en el amor los lazos de una buena y feliz familia. De la que así ha sido formada han salido profesores modelos, sacerdotes ejemplares, gobernantes sin tacha, militares honrados y distinguidos; los cuales han podido y sabido filtrar en el corazón de la juventud los principios de la dignidad y de la justicia, dirigir las conciencias, dar equitativas fórmulas para la gobernación de los Estados, hacer humanitaria la guerra y sensata la conquista. Cristianos fueron los que, según el testimonio del mismo Emperador Marco Aurelio, le dieron la victoria sobre los *mascomanos*, los que, obedientes bajo el lábaro de Constantino, humillaron á Magencio, y los que, mandados por Clodoveo, vencieron en Tolbiac; y estos héroes de la fe y de la guerra, obedeciendo á jefes de diversa creencia religiosa, descubrieron ante sus enemigos los hábitos de sumisión y respeto aprendidos en la familia cristiana. Allí, al calor del hogar, una madre cariñosa dirigió sus pasos y fortaleció su espíritu en el amor á sus padres y á sus superiores; les enseñó á ser justos y generosos hasta con sus propios enemigos, les hizo creer en la gloria eterna, que sólo alcanzan las almas de los buenos, y les *reveló prácticamente* el arte de ser resignados en las desgracias de la vida, creyendo vivamente en las leyes y designios de la Providencia.

JOSÉ MORENO FERNÁNDEZ.

Sevilla 3 de junio de 1883.



BOCETOS YANKEES

II.

EL NORTE-AMERICANO.



FÍSICAMENTE considerado, no presenta rasgos típicos de una raza determinada. Confundidos sus orígenes latino y anglo-sajón, hoy día, lo mismo en el Norte que en el Sur, el norte-americano no tiene ni el color sonrosado del británico, ni el moreno del ibero. En su estatura nótase igual vaguedad. La regla general es la estatura media. Lo único peculiar que posee es una carencia absoluta de distinción ó elegancia. De existir el club de los filócalos, seguramente toda solicitud de ingreso de procedencia norte-americana sería desechada *incontinenti*. El hortera y el millonario se confunden lastimosamente por su apariencia personal. Solamente de edad avanzada se ven aquí hombres de apariencia no vulgar.

En general, sigue las modas inglesas para la elección de sus trajes; pero no poseyendo ni el *chic sui generis* del inglés, ni tampoco la agradable *sans façon* del francés ó el español, resulta cursi si se esmera en sus *toilettes* ó de lo opuesto ordinario.

No bien comienza á apreciar por sí mismo las cosas, cuando sus padres, sus hermanos, sus amigos y hasta los periódicos

cos tratan de infundir en su ánimo la idea que suponen ha de proporcionarle la mayor dicha posible. Es á saber, que el oro es el rey del mundo, y por lo tanto, que á poseerlo deben dirigirse todos sus afanes.

Esas disertaciones familiares, cuyo objeto es dirigir y estimular los puros sentimientos del alma, entre los norte-americanos tienen poquísimo valor, y de ahí que el niño, y más tarde el hombre, no recoja de ellas las enseñanzas que en otros pueblos originan.

Seguramente, si nuestro inolvidable Moreno Nieto fuese juzgado por un yankee, le calificaría de loco, porque, despreciando los beneficios materiales que su saber pudo proporcionarle, sólo dedicó su inmenso poder intelectual á ese venerando amor llamado amor de la ciencia; y en cambio el Dr. Garrido, descendiendo hasta la propaganda chocarrera para vender sus específicos, obtendría aplauso, pues que por tal medio los duros llegan á su gaveta.

A la edad de veinte ó veinticinco años, aquí, como en todas partes, el hombre hállase en la plenitud de sus facultades morales y físicas, y por ello con capacidad suficiente para ser el árbitro de sí mismo. Como el principal objetivo de su vida ya lo conocemos—pues que sabemos cuál es el que le inculcaron,—vémosle reflexionar detenidamente sobre las *chances* (probabilidades) mejores para realizarlo, y hecha la elección, dedicar todas sus fuerzas con perseverancia digna de elogio.

• Así el que desciende de padres millonarios como el de más humilde esfera, no halla inconvenientes de ningún género en emprender cualquiera profesión ú oficio, con tal que en ella vea posibilidad de hacer dinero.

El dicho de «tanto tienes, tanto vales,» significa para el yankee la base de todos sus juicios. Si el aplauso universal no ensalzara el genio, éste no existiría para el norte-americano sino como una facultad utilizable para hacerse rico.

Y esta inclinación que desvirtúa ó destruye todas las demás, siendo tan libre como pretende serlo, lo hace más esclavo que lo es el último mendigo ruso, pues para no prosternarse ante el becerro de oro necesita cambiar en absoluto

todos los sentimientos que desde su infancia ha alimentado y por los cuales acata como supremacía indiscutible y absoluta al millonario.

El Presidente de la nación, ó sea la persona de más alta jerarquía, es «uno de tantos» si á su posición oficial no reúne la de la fortuna. Todo hombre de talento, pero indiferente al oro, el yankee lo juzga con despreciativo tono, cual *not a practical man*, y por esto le rehusa toda admiración ó aplauso.

Otra de sus aspiraciones es la de aparecer cual perfecto *gentleman*; pero contados son los que merecen en absoluto tal calificación. Y esto no es de extrañar si se tiene en cuenta la organización interior de la familia y la indiferencia absoluta hacia las atenciones que dependen exclusivamente de la galantería; actos que, espontáneos para nosotros, para ellos significan un estudio en el cual no quieren distraer su tiempo.

El norte-americano que se precie de más galante, le veréis en un baile atender á una señora con esmero y cortesía, pero al propio tiempo no vacilará un instante en cometer mil groserías con todas las demás. Y es que de la primera esperará obtener alguna compensación á sus atenciones, y esto le induce á molestarse.

Lejos de seguir ese sistema de educación basado en los estudios enciclopédicos, el norte-americano, por el contrario, observa un exclusivismo exajerado, y de ahí se origina el no poseer—por regla general—ninguno de los atractivos peculiares á otros pueblos.—La ocupación ó carrera del padre es la que seguirá el hijo, si en ella ve esperanzas de hacer fortuna; mas como todo su afán concéntrase en ganar dinero cuanto antes, desde niño prefiere—y los padres lo aprueban,—en vez de dedicar algún tiempo, por ejemplo, al conocimiento de la historia universal, dedicarlo á ser el último *clerk* (dependiente) en una oficina ó tienda donde toda su ocupación es copiar cartas ó marcar los precios en los artículos, pero con lo cual obtiene alguna remuneración pecuniaria, y ésta lo hace más feliz que saber qué fué el imperio romano ó la revolución francesa.

Indudablemente esto ofrece algunas ventajas, y una de

ellas es la de no tropezar aquí con los tipos llamados *eruditos á la violeta*.—Además, dicho sistema proporciona conocimiento práctico en la profesión ú oficio que se adopta, y de ahí mejor juicio para dirigir cuando es llegado el tiempo; pero tal ventaja, ¿compensa la ignorancia de todo lo demás?—¿Es preferible, bajo sus diversos puntos de vista, dedicar en absoluto todas sus fuerzas intelectuales á un solo estudio que repartirlas equitativamente entre los más importantes?... Seguramente, tratándose de hombres privilegiados por su inteligencia, sí lo es, pues de tal modo se presentan muchas más probabilidades de alcanzar una supremacía notable; mas para el hombre de dotes no excepcionales, dicho exclusivismo será más bien perjudicial, pues sin darle las facultades que se requieren para brillar—las cuales, en la inmensa mayoría de los casos, son don de Dios y no de la perseverancia,—le privará por el contrario de superficiales conocimientos, buenos cuando menos para no hacer patente su nulidad.

Según opinión de un amigo mío que ha ido á aquel país en diferentes ocasiones, y algunas de ellas comisionado por el Gobierno español para determinados estudios, lo que más me sorprendería iba á ser el conocer simples obreros que durante el día hállanse ocupados en trabajos mecánicos y por la noche en su casa, en vez de la blusa, visten de frac y reciben á sus amigos con toda la cortesía y atención del más distinguido *gentilhomme*.—«Pero ¿no se resienten en sus modales ó conversación de la sociedad en que se hallan la mayor parte del tiempo?»—le preguntaba yo á mi amigo después de escuchar sus descripciones.—«Nada de eso—me respondía siempre,—y en ello se funda mi admiración.»

Oyéndole hablar en una forma tan categórica, hasta que juzgué por mí mismo le dí crédito; mas hoy, con conocimiento exacto, puedo asegurar que tal operario diurno, y más tarde caballero de distinción, es el *rara avis* de la clase, en esta nación quizás con más motivo que en muchas otras, pues aun para los que viven de sus rentas no es el refinamiento en el trato social la cualidad que los caracteriza.

Es indudable que el comerciante y el abogado, el agricultor y el militar, y en fin, el jornalero y el rentista, se unen

aquí para formar clubs, asociaciones ó compañías de todo género y realizar actos públicos ó privados de diversas índoles; pero esto mismo ocasiona que en casi todas partes se descubran heterogéneos detalles de dudoso gusto.

El norte-americano, empero, no es partidario de la igualdad de clases, sino para proclamarse con tantos derechos como cualquier otro y censurar que á algunos se concedan honores ó privilegios que él no puede obtener.

En confirmación de esto pudiera citar innumerables ejemplos, pero algunos serán suficientes para demostrarlo.

Uno de ellos es la mofa que á todo norte-americano sugiere la prerogativa de los Reyes de otorgar condecoraciones, y sin embargo, ellos á su vez—aparte de un millón de distintivos que usan en el ojal ó el chaleco para hacer ver que son miembros de tal ó cual asociación—han creado una, plagio de la «Legión de Honor» de Francia, que titulan «*Loyal Legion*.»—Esta es una cruz muy parecida á la ya citada de Francia, pero con la diferencia muy notable, de que en vez de ser el Jefe del Estado el que la otorga, son ellos entre sí.—Para tener el derecho de lucirla—según se nos ha asegurado—es necesario haber servido en clase de oficial en el ejército federal durante la guerra separatista de 1861-65; pero lo más curioso es el reparar que los afortunados poseedores—sin embargo de su desdén á tales cosas—ostentan la roseta continuamente.

Si se habla de los títulos nobiliarios, todo norte-americano adopta una expresión de ironía, y si le preguntáis su opinión sobre los mismos, con tono despreciativo exclamará: «*We don't care for such thungs*» (nosotros no damos valor á tales cosas); pero al propio tiempo como posea los medios no dejará en su primer viaje á Europa de ir al Colegio Heráldico de Londres, y allí, mediante mayor ó menor suma, tratar de adquirir un escudo de armas ó divisa que luego ostentará en su carruaje, libros, cortinas, etc., etc.

Otra anomalía muy sorprendente es el cuidado con que en los periódicos, invitaciones, y actos apropiados, si citan un diputado de su nación, escriben el «Honorable;» si un alcalde, «His Honor;» si un Gobernador de un Estado ó Minis-

tro, «His Excellency;» mas tales atenciones rara vez las prodigan á los extranjeros. que se concretan á llamar el Ministro, el diputado ó el alcalde.

El mismo exclusivismo que observa en su educación lo usa para sus distracciones.—Si el teatro comienza á las ocho, un cuarto de hora antes hállase ya sentado en su localidad, y allí permanece todo el tiempo del espectáculo, solamente lamentando la necesidad de los entreactos, pues su atención está en absoluto dedicada â la comedia ó drama que se representa.

En las tertulias ó bailes es igual.—A la hora fijada en las invitaciones, acude é inmediatamente compromete parejas para todos los bailes anunciados, más los extras, lo cual ocasiona que si tenéis algún quehacer que os impida presentaros precisamente á la hora señalada, os hallaréis imposibilitado, no tan sólo de hallar pareja con quien bailar, sino igualmente persona alguna á quien dirigiros, pues no bien termina el vals cuando comienza el rigodón, y así sucesivamente hasta el momento de la cena. Si es en una reunión de whist ú otro cualquier juego, observa análoga costumbre. A las ocho ó las nueve se sienta en el sitio destinado de antemano, y sin cambiar otras palabras que las necesarias al juego, se está hasta las once ó las doce, con la circunstancia extraña de que en tales partidas no se cruza cantidad alguna.

En el trato con señoras el norte-americano es verdaderamente un tipo curioso.

Careciendo, como carece en general, de ilustración, sus recursos para entretener son muy limitados; pero en realidad esto le preocupa muy poco merced á la habitual bondad del sexo femenino.

En las visitas, paseos, ó cualquier otro sitio, la mujer aquí es la que se afana por sostener la conversación y darle atractivos, y realmente sorprende su tacto para lograrlo. En la mayoría de los casos empiezan por hablar de música, literatura, acontecimientos sociales más ó menos frívolos, ú otros sucesos de diversas índoles; pero descubriendo que en ninguno de estos extremos halla eco, acaba por hacer alguna pregunta relacionada con la profesión ó negocios del visitan-

te, ó bien indagar la situación de fulano ó mengano, y entonces es cuando el norte-americano adquiere una verbosidad notable é *ilustra* á su amiga con el conocimiento exacto de la fortuna de X. ó Z., ó la relación de su último negocio en Chicago, donde compró 3.000 gallinas á razón de 30 centavos, vendiéndolas dos días después en New York á 60.

Respecto á religión, por regla general el norte-americano profesa una indiferencia muy marcada, y si bien no rehusa la contribución pecuniaria que le corresponde para el sostenimiento de la Iglesia á que pertenece, el que, por ejemplo, sus hijos no sean bautizados ó bien elijan otra secta ó creencias que las suyas, no le preocupa lo más mínimo. No obstante, en el lema de sus armas nacionales se lee *In God we trust* (en Dios confiamos); pero tan bello pensamiento en sí debió parecerles insuficiente para estimular sus fuerzas, y por ello lo hacen grabar en la moneda. De tal modo el norte-americano jamás desconoce su valor...

TULSAMAR.





LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)



UNA tarde de un calor sofocante tuvo la señora el capricho de entrar en su granja; Agafea le ofreció una nata deliciosamente fresca; su aire era tan humilde, y estaba tan limpia toda su persona, tan serena y satisfecha de su suerte, que su ama le concedió el perdón y le permitió la entrada en su casa. Seis meses después le había tomado tal afición, que le confiaba todo el gobierno y la economía de su casa.

Agafea volvió á entrar en el ejercicio de sus funciones, volvió á engruesar y á blanquear sus manos; ya no tuvo, por decirlo así, límites la confianza de su ama. Así pasaron otros cinco años. La desgracia cayó otra vez sobre Agafea. Su marido, á quien había hecho subir hasta la antesala, se entregó á la bebida, se ausentó de casa de su ama, y concluyó por sustraer unas cucharas de plata, que ocultó hasta tener ocasión en el cofre de su mujer.

(1) Véase la pág. 350 de este tomo.

Se descubrió el robo, enviaron al marido con sus bestias y la mujer perdió el favor.

De mayordoma, descendió á bordadora.

Se le prohibió llevar gorra, y tuvo que ponerse pañuelo.

Llevó este golpe con tan humilde resignación, que admiró á todo el mundo.

Tenía entonces más de treinta años; se habían muerto todos sus hijos, y su marido no vivió largo tiempo.

Llegó, pues, la hora de volver por sí misma. Se hizo taciturna y muy piadosa, se mostró asidua á los maitines y á la misa, y repartió en limosnas sus mejores trajes.

Pasó quince años en silencio, humilde, formal, llena de deferencia con todo el mundo.

Si alguno le hablaba con dureza, se inclinaba dándole las gracias por la lección.

Su ama le había ya perdonado hacía mucho tiempo, devolviéndole su favor y poniéndola un día su propia gorra en la cabeza; pero no quiso cambiar de adorno y continuó con su vestido oscuro; después de la muerte de su ama, se hizo aún más humilde y más dulce.

La rusa obedece fácilmente y toma cariño, pero es difícil adquirir su estimación; no se entrega nunca con ligereza.

Todo el mundo en la casa estimaba á Agafea; nadie pensaba en sus errores pasados, que habían muerto y sido enterrados con su antiguo señor.

Al casarse María con Kalitine, quiso éste confiar el gobierno de su casa á Agafea; pero ella lo rehusó á causa de su mucha seducción; él elevó la voz, ella le saludó humildemente y salió del cuarto.

Kalitine, como hombre de talento, comprendía bien á las gentes, y conoció á Agafea y no la olvidó. Al fijarse en la villa, la puso con sentimiento al lado de Lise, que no tenía más que cinco años. El aire serio, el rostro severo de la nueva haya intimidó al principio á la niña, pero no tardó en familiarizarse con ella, y acabó por tomarla un vivo afecto. Lise era además una niña muy formal. Su fisonomía recordaba la viveza de la de su padre, pero no sus ojos, pues su mirada, por el contrario, estaba llena de dulzura, de tranquilidad y

reflexión, lo que es poco común en los niños. No le gustaba el jugar á las muñecas, ni se reía nunca mucho ni con ruido. Era activa, no se abandonaba fácilmente á los ensueños, y naturalmente, guardaba silencio. Cuando reflexionaba era bajo la impresión de un pensamiento serio, que se manifestaba por las preguntas que entonces dirigía á las personas de más edad. Temía á su padre, y el sentimiento que le inspiraba su madre no era bien definido; no estaba con ella ni cariñosa ni con temor; además, no era zalamera con nadie, ni aun con Agafea, de quien no se separaba jamás; ofrecía un curioso espectáculo verlas juntas: la una tiesa, severa, con su calceta en la mano, vestida siempre de negro, con un fichú de color oscuro en la cabeza, y su rostro delgado y transparente como la cera, pero sus facciones aún bellas y expresivas, y la niña á sus pies en una banquetta, trabajando ó con los ojos fijos, escuchando con seriedad las narraciones de su aya.

No eran cuentos lo que Agafea le contaba, sino, con voz grave y conmovida, la historia de la Virgen, de los siervos de Dios y de los santos mártires. Le contaba la vida de los Padres del desierto, y cómo se santificaban sufriendo hambre y miseria, y cómo, sin temor ni aun de los mismos Emperadores, enseñaban la ley de Cristo; cómo los pájaros del cielo les llevaban el alimento y las fieras les escuchaban. Le decía que el suelo regado con su sangre se cubría de flores, y la niña, á quien gustaban mucho las flores, preguntaba siempre si eran éstas las flores de la pasión.

El acento de Agafea era dulce y serio, y participaba de la impresión que producían sus piadosas palabras. Lise la escuchaba, y la presencia de Dios todopoderoso se grababa profundamente en su alma y la llenaba de un dulce y bendito temor. Así había logrado que Jesucristo para ella fuese como un huésped muy conocido, un sér familiar, como un pariente. Agafea le había enseñado á orar. A veces la despertaba muy de mañana, la envolvía con esmero y la llevaba á los maitines. Lise la seguía andando de puntillas y reteniendo su aliento.

El frío y la media luz de la mañana, la frescura y el vacío

de la iglesia, el secreto en que se envolvían estas furtivas salidas, la vuelta misteriosa á su casa, para volverse á la cama, todo este conjunto de circunstancias, en que la desobediencia y lo imprevisto se mezclaban con la piedad, hacía impresión sobre la niña, y removía hasta el fondo de su sér. Agafea no la reñía jamás; cuando estaba descontenta se callaba, y Lise comprendía su silencio. Hasta notaba, con esa penetración del niño, cuando tenía queja de los demás, de María, del mismo Kalitine.

Durante tres años estuvo Lise confiada á sus criados. La reemplazó Mad. de Morán; pero la frívola francesa, con sus palabras secas y su exclamación acostumbrada: «Todo esto son tonterías,» no pudo arrojar del corazón de Lise la imagen adorada de su antigua aya.

La semilla echó profundas raíces, y Agafea, aun cuando no tenía ya que guardar á la joven, se quedó en la casa, en donde la veía muy amenudo y le manifestaba igual confianza. Sin embargo, no permaneció por mucho tiempo después que Marpha vino á habitarla. La severa importancia de la antigua sirvienta y ama de gobierno á la vez no podía estar acorde con el carácter impaciente y voluntarioso de la anciana.

Se alejó bajo pretexto de devoción, y corrió el rumor de que había entrado en un convento. Pero las huellas que dejó en el alma de Lise no se borraron.

Como en tiempos pasados, iba al servicio divino cual á una fiesta; oraba con una especie de embriaguez, con una exaltación contenida y casi avergonzada de sí misma, de lo que María no estaba poco admirada.

La misma Marpha, que no influía nada sobre Lise, trató de moderar esa devoción, y quiso prohibirle el prosternarse tan amenudo, diciendo que esos eran gestos y no oraciones de un alma elevada.

Lise aprendía bien y trabajaba con asiduidad, pero Dios no la había dotado de grandes facultades ni de un talento brillante; no podía aprender nada sin dificultad. Tocaba bien el piano; pero sólo Lemm sabía lo que le había costado.

Leía poco, tenía poca originalidad en la expresión, pero

sus pensamientos eran propios y seguía la línea de conducta que se había trazado.

En esto se parecía mucho á su padre, que no tenía que preguntar nunca á los demás lo que le tocaba hacer. Creció así amarillenta hasta llegar á los diez y nueve años. Llena de encantos, sin que ella lo notara, cada movimiento suyo manifestaba una gracia inocente y un poco torpe.

Su voz tenía el timbre argentino y puro de la juventud: el más ligero sentimiento de placer atraía á sus labios una amable sonrisa y añadía un vivo brillo y una secreta ternura á sus dulces miradas.

Atenta siempre á no ofender á nadie, de un corazón bueno y virtuoso, amaba á todo el mundo sin marcada preferencia á nadie. A Dios sólo había entregado todos los ardores de su alma, todos sus afectos, todo su amor. Lavretzky fué el primero que vino á turbar la calma interior de aquella existencia. Esta era Lise.

XXXV.

Al día siguiente, á las doce, tomó Lavretzky el camino de casa de Kalitine, en el que encontró á Pauchine á caballo, que le adelantó, metiéndose el sombrero hasta los ojos. Lavretzky no fué recibido, por la primera vez desde que las conocía. Un criado le dijo que María estaba descansando porque tenía dolor de cabeza, y en cuanto á Marpha, que había salido con la señorita. Erró Teodoro por los alrededores del jardín con la vaga esperanza de hablar á Lise, pero no vió á nadie. Volvió á la casa dos horas después y recibió la misma respuesta, que acompañó el criado con una mirada socarrona. Le pareció inconveniente el presentarse por tercera vez en el mismo día, y se decidió á volver á Wassitiewskoé, en donde de todos modos le reclamaban sus ocupaciones.

Por el camino iba formando los planes más bellos, pero al llegar al pueblo se apoderó de él la tristeza.

Se puso á hablar con Antonio, y la desgracia quiso que el

anciano tuviese también aquel día las ideas tristes; le contó cómo Glafira Petrowna antes de morir se había mordido la mano, y después de un momento de silencio, añadió suspirando:

—Todo hombre, mi querido amo, está condenado á devorarse á sí mismo.

Era ya tarde cuando Lavretzky tomó el camino de la villa, y le vinieron á la memoria las melodías de la víspera por la noche; la imagen de Lise se alzaba ante él con toda su inocente gracia; el placer de que era amado le llenaba de emoción, y llegó al fin á su casita con el espíritu más tranquilo y dichoso.

La primera cosa que le chocó al entrar en su casa, fué un olor de patchouli, que detestaba; sobre el piso de tablas yacían cajones y maletas de viaje. El rostro de su ayuda de cámara, que se había precipitado á su encuentro, le pareció extraño. Sin darse cuenta de sus impresiones, pasó al salón.

Una mujer con vestido negro de volantes se levantó lánguida del diván en que estaba echada, para venir á su encuentro. Sobre su pálido rostro tenía un pañuelo elegantemente bordado; dió algunos pasos hacia adelante é inclinó con mucha gracia su linda cabeza, dejándose caer á sus pies. Entonces fué sólo cuando la conoció: era su mujer. Su respiración se cortó, y no tuvo más tiempo que el de apoyarse en la pared.

—¡No me rechaces, Teodoro!—dijo en francés.

Y su voz fría como el acero de un puñal penetró en su corazón. La miró sin comprenderla, y á pesar de eso, notó en seguida que tenía la tez más blanca y las mejillas más abultadas que nunca.

—Teodoro—continuó levantando de vez en cuando los ojos, y fingiendo retorcer sus afilados dedos con sus uñas rosadas y suaves;—Teodoro, soy culpable; diré más, soy criminal; pero óyeme: el remordimiento me persigue.

¡No puedo soportar por más tiempo mi posición; estoy aburrida de mí misma! ¡Cuántas veces he pensado dirigirme á tí! Pero temía tu cólera; me he decidido á romper con el pasado. Después estuve tan mala...—añadió pasándose la

mano por la frente y las mejillas.—Me he aprovechado del rumor que corría de mi muerte, y lo he dejado todo... No me he detenido día ni noche; tenía prisa por estar aquí; he dudado mucho tiempo antes de osar aparecer ante tus ojos... Por último, me he resuelto, recordando tu inagotable bondad. He sabido tus señas en Moscou y he venido. Créeme—añadió levantándose muy despacio y sentándose en el brazo de un sillón,—he pensado muchas veces en la muerte, y hubiese tenido bastante valor para dármela, si el pensamiento de mi hija, de mi Adda, no me hubiese detenido. Está aquí durmiendo en el cuarto inmediato. ¡Pobre niña! Está cansada; la veréis... Ella al menos es inocente á vuestros ojos... ¡Y yo soy tan desgraciada! ¡Tan desgraciada!—exclamó echándose á llorar.

Lavretzky volvió al fin en sí; se separó lentamente de la pared, contra la que estaba apoyado, y se volvió hacia la puerta.

—¡Os vais!—dijo su mujer con desesperación.—¡Os vais sin decirme una palabra, sin hacerme ni un reproche! ¡Ese desprecio me abruma! ¡Esto es horrible!

Lavretzky se detuvo.

—¿Qué me queréis?—dijo con voz apagada.

—Nada, nada—exclamó con viveza:—ya sé que no tengo derecho de exigir nada; no soy ninguna insensata; nada espero; no me atrevo á contar con vuestro perdón. Solamente me atrevo á suplicaros que me digáis lo que debo de hacer, en dónde vivir. Como una esclava cumpliré vuestras órdenes, cualesquiera que ellas sean.

—No tengo órdenes que daros—respondió Lavretzky con el mismo acento;—ya sabéis que todo acabó entre nosotros, y ahora más que nunca. Podéis vivir donde queráis, y si tenéis poco con vuestra pensión...

—¡Oh, no pronunciéis palabras tan crueles!—interrumpió ella.—¡Tened piedad de mí!... Al menos, en gracia de este ángel.

Diciendo esto, se lanzó al otro cuarto, y volvió trayendo en sus brazos una niña artísticamente ataviada.

Bellos bucles rubios caían sobre su linda cara sonrosada

y sobre sus grandes ojos, aún medio dormidos; sonreía y cerraba á medias los párpados al mirar á la luz, apoyando su manita en el cuello de su madre.

—Adda, mira; éste es tu padre—dijo la señora de Lavretzky separándole los rizos que cubrían los ojos de la niña y abrazándola fuertemente;—pídele por mí.

—¿Este que está ahí es papá?—chapurró la niña con su media lengua.

—Sí, hija mía. ¿No es verdad que le quieres?

Lavretzky no pudo contenerse más.

—¿En qué melodrama—le dijo—hay una escena parecida á esta?

Y salió del cuarto.

La señora de Lavretzky quedó algún tiempo inmóvil; después alzó ligeramente los hombros, cogió la niña, la llevó al otro cuarto, la desnudó y la metió en la cama. Después se sentó al lado de la lámpara, cogió un libro, esperó cerca de una hora y se acostó.

—¿Y bien, señora?—le preguntó al desnudarla su doncella, que era una parisiense.

—Nada, Justina—le respondió.—Ha envejecido bastante, pero parece tan bueno como siempre. Dadme los guantes para la noche, preparad para mañana el vestido gris alto, y sobre todo no olvidéis las chuletas de carnero para Adda. Será tal vez difícil el hallarlas aquí; pero, en fin, es preciso tratar de que las busquen.

—En la guerra como en la guerra—respondió Justina, y apagó la luz.

XXXVI.

Lavretzky vagó durante dos horas por las calles de la pequeña villa de O... Recordaba la noche en que había vagado también por los alrededores de París, y su corazón se oprimía, á su cerebro enfermo se agolpaban mil ideas siniestras y malas.

—¡Vive y está aquí!—murmuraba con un acento de admiración siempre creciente. Sentía que iba á perder á Lise para siempre. La rabia le ahogaba; el golpe le había herido con tanta prontitud... ¿Cómo había podido dar crédito á los chismes de un folletinista, á un papelucho?—Pero al fin—pensó,—si no lo hubiera creído, ¿cuál sería ahora la diferencia? No sabría que Lise me ama ni ella tampoco lo sospecharía.

No podía desechar de su pensamiento la fisonomía, la voz, la mirada de su mujer, y se maldecía á sí mismo y maldecía al universo entero.

Preso de una horrible tortura, fué en medio de la noche á casa de Lemm. Por mucho tiempo no pudo lograr que le oyesen llamar; por último, apareció la cabeza del anciano en gorro de dormir; su rostro arrugado y de mal humor no tenía nada de aquella cara de artista, radiante de inspiración y de entusiasmo, que veinticuatro horas antes tenía á Lavretzky bajo el imperio de su soberana mirada.

—¿Qué queréis?—le preguntó.—Yo no puedo estar tocando todas las noches; acabo de tomar un sudorífico.

A pesar de eso, las facciones de Lavretzky debían de tener una expresión tan extraña, que el anciano, poniendo la mano sobre sus ojos y después de fijar en él una atenta mirada, le hizo entrar. Una vez en el cuarto, Lavretzky se dejó caer sobre una silla; el anciano se colocó delante de él, cruzó las puntas de su bata de colores y se acurrucó moviendo los labios.

—Ha llegado mi mujer—dijo Teodoro levantando la cabeza.

Y de repente lanzó una carcajada.

La estupefacción se pintaba en el rostro de Lemm; pero no se sonrió, contentándose con apretar más los pliegues de la bata.

—¿No podéis sospechar que yo me había figurado...—continuó Lavretzky—que había leído en los periódicos... que no existía ya en este mundo?

—¡Ah! ¿Habíais leído eso? ¿No hace mucho tiempo, no es cierto?—preguntó Lemm.

—No, hace poco.

—¡Oh!—volvió á decir el anciano levantando las cejas.—
¿Y acaba de llegar?

—Sí. ¡Está en mi casa... y yo... soy muy desgraciado!—
exclamó y se echó de nuevo á reír.

—Sí, sois desgraciado—repitió lentamente Lemm.

—¿Os encargaríais de llevar una carta, señor Lemm?

—¡Hum! ¿Se puede saber á quién?

—A Lise.

—¡Ah! ya comprendo. Bien. ¿Y cuándo habrá que dársela?

—Mañana; lo más pronto que sea posible.

—¡Hum! Podríamos enviar muy bien á Catalina, mi cocinera; pero no, iré yo mismo.

—¿Y me traeréis la respuesta?

—Traeré la respuesta.

Y el anciano suspiró.

—Sí, pobre amigo mío; decís bien, sois muy desgraciado.

Lavretzky escribió algunas palabras á Lise; le anunciaba la llegada de su mujer, le pedía una entrevista; después se echó en un sofá con el rostro hacia la pared, y el anciano se volvió á acostar.

Daba sin cesar vueltas en la cama, tosía y tragaba algunos buches de aguas cocidas.

Cuando llegó la claridad del día, se miraron los dos con aire extraño. Lavretzky en aquel momento se hubiese querido matar. Catalina les trajo un café detestable. Dieron las ocho en el reloj, y Lemm cogió el sombrero y salió, diciendo que generalmente no daba la lección en casa de Kalitine hasta las diez, pero que hallaría un pretexto plausible para ir antes. Lavretzky volvió á echarse en el sofá y una amarga sonrisa entreabrió sus labios.

Pensaba en su mujer, que le había echado de su casa; se le representaba la posición de Lise y cerraba los ojos, cruzando los brazos sobre la cabeza con gesto desesperado.

Por último vino Lemm, trayendo un pedazo de papel en el cual Lise había trazado con lápiz estas pocas palabras:

«No podemos vernos hoy; tal vez mañana á la tarde.
Adiós.»

Lavretzky dió gracias á Lemm con tono breve y distraído, y volvió á su casa.

Halló á su mujer almorzando; Adda, con los cabellos rizados, con un vestidito blanco con lazos azules, comía chuletas de carnero.

Bárbara Pavlowna se levantó en seguida y se aproximó á él con aire sumiso.

Él le rogó que le siguiese á su despacho, cerró la puerta y comenzó á pasearse con paso agitado.

Ella se sentó, y cruzando modestamente las manos una sobre otra, le seguía con la vista.

Tenía aún unos ojos muy hermosos, aunque las pestañas estuviesen pintadas.

Por largo tiempo no pudo Lavretzky proferir una palabra; comprendía que no era dueño de sí mismo, y veía que su mujer no le temía absolutamente, pero que se preparaba á fingir un desmayo.

—Escuchadme, señora—dijo con voz ahogada, apretando convulsivamente los dientes;—no tenemos que fingir el uno delante del otro. No creo en vuestro arrepentimiento, y aun cuando éste fuese verdadero, me sería imposible volver á vuestro lado y vivir con vos.

Bárbara Pavlowna se mordió los labios y cerró los párpados.

—Esto es repugnante—dijo entre sí;—para él ya no soy una mujer siquiera, éste es un hecho.

—Es imposible—continuó Lavretzky, abrochándose el gabán;—no sé por qué me habéis hecho el honor de venir aquí; probablemente porque no tendréis ya dinero.

—¡Ay de mí, me ofendéis!—murmuró.

—Al fin y al cabo, señora, por mi desgracia seguís siendo mi mujer; no puedo por lo tanto arrojaros de mi casa. Ved lo que voy á proponeros: podéis ir hoy mismo, si os agrada, á vivir á Lavriki. Ya sabéis que la casa es bonita; tendréis todo lo que os sea necesario además de la pensión... ¿Consentís en ello?

Bárbara Pavlowna se llevó á los ojos el pañuelo bordado.

—Ya os he dicho—dijo con tembloroso labio—que consiento en todo lo que me impongáis; pero permitidme al

menos esta vez que os dé gracias por vuestra extremada generosidad.

—Basta de gracias, os lo suplico—dijo con impaciencia.—Así—añadió Lavretzky,—puedo contar con que...

—Desde mañana estaré en Lavriki—respondió Bárbara Pavlowna, levantándose respetuosamente del sillón.—Pero, Fédor (ya no decía Teodoro), ¿qué queréis? Ya sé que aún no he merecido mi perdón... ¿Puedo al menos esperar que con el tiempo...

—¡Ay, Dios mío! Bárbara Pavlowna—interrumpió Teodoro,—ya sé que sois una mujer de talento, pero yo no soy tampoco ningún imbécil. Ya sé que mi perdón os es completamente indiferente. Os perdoné ya hace mucho tiempo, pero hay entre nosotros un abismo.

—Sabré someterme—replicó ella bajando la cabeza;—no he olvidado mi falta, no me hubiese sorprendido que la nueva de mi muerte os hubiera causado placer—dijo con dulzura, mostrándole con la mano el número del periódico que Lavretzky había dejado olvidado sobre la mesa.

Lavretzky se estremeció al ver el folletín marcado con un lápiz. Bárbara Pavlowna le miró con aire aún más humilde. Estaba en aquel momento muy bella. Su vestido gris dibujaba admirablemente su talle flexible, un talle de una muchacha; su cuello delgado y delicado, que adornaba un cuellecito muy blanco; su pecho, que elevaba una respiración tranquila; sus brazos sin brazaletes, sus dedos sin sortijas; toda su persona, en fin, desde sus ondeados cabellos hasta la punta de su botina, que dejaba ver, todo en ella mostraba un arte exquisito. Lavretzky la envolvió en una mirada de odio, y le costó gran trabajo el dominarse para no gritar ¡bravo! á aquella cómica. Se sentía capaz de dejarla en el sitio, y salió. Una hora después corría por el camino de Wasitiewskoé, y no habían transcurrido dos horas cuando Bárbara Pavlowna se había ya hecho traer el tren mejor del país, y puesto un sombrero de paja con velo negro y una manteleta muy sencilla, confió á Adda á los cuidados de Justina, y se hizo conducir á casa de Kalitine. Preguntando á las gentes de la casa, supo que su marido iba allí todos los días.

XXXVII.

El día que llegó la señora de Lavretzky á la villa de O... fué un triste día para su marido y un día penoso para Lise. Antes de que hubiese saludado á su madre, oyó el galope de un caballo y vió con secreto espanto á Pauchine que entraba en el patio.

—Vendrá tan temprano—pensó—para tener una explicación definitiva.

Y no se equivocaba; después de haber permanecido algunos momentos en el salón, la propuso que fuese con él al jardín, y allí le pidió una respuesta explícita. Lise se armó de valor, y le declaró que no podía casarse con él. La escuchó él hasta el fin, examinándola con disimulo, y calándose el sombrero hasta los ojos, le preguntó cortesmente, pero cambiando de tono, si era una decisión irrevocable, y si él mismo le había dado involuntariamente ocasión de aquel cambio en sus ideas. Después, llevándose la mano á los ojos, lanzó un profundo suspiro y retiró la mano.

—Yo no he querido seguir el camino trillado—dijo con voz sorda;—he deseado hallar una compañera según las aspiraciones de mi corazón. ¡Mas parece que eso es imposible! ¡Adiós mis ensueños!

Se inclinó hasta el suelo y entró en la casa.

Lise contaba con verle partir en seguida, pero fué al cuarto de María y estuvo allí cerca de una hora. A la salida dijo á Lise:

—Vuestra madre os llama. ¡Adiós para siempre!

Montó á caballo y salió á escape. Lise halló á su madre llorosa, porque Pauchine le había informado de su desgracia.

—¿Tú quieres quitarme la vida?—dijo la pobre viuda para comenzar sus lamentaciones.—¿En qué piensas? ¿Por qué le rechazas? ¿No es un excelente partido para tí? Es gentil-hombre de cámara, no es interesado; en San Petersburgo

podrá casarse con una dama de honor. ¡Y yo que esperaba con toda mi alma!... Pero dime, ¿desde cuándo has cambiado para él? Esta nube siniestra no ha estallado por sí misma. ¿Qué viento la ha impulsado? ¿Será por casualidad ese necio?... ¡Bonito consejero has hallado ahí! Y Pauchine, ¡qué excelente joven, cuán respetuoso está en su dolor y qué lleno de delicadeza! Me has prometido no abandonarme. ¡Ay! Comprendo que no podría soportarlo. ¡Ya empiezo á tener un dolor de cabeza terrible!... Envíame á mi doncella. Me matarás si no vuelves á otros sentimientos. ¿No oyes?

Después de decirle por dos ó tres veces que era una ingrata, la despidió. Lise volvió á su cuarto; pero no había tenido aún tiempo de tranquilizarse de su explicación con Pauchine y su madre, cuando estalló sobre su cabeza una nueva tempestad que venía del lado que menos lo esperaba. Entró Marpha en su cuarto y cerró en seguida la puerta. El rostro de la anciana estaba muy pálido; tenía la gorra de medio lado; sus ojos brillaban, sus manos y sus labios temblaban. Lise quedó aterrada; nunca había visto á su tía, á aquella mujer tan espiritual y tan razonable, en parecida situación.

—Muy bien, señorita—dijo con voz entrecortada y temblorosa,—muy bien. ¿En dónde has aprendido eso?... Dame agua, no puedo hablar.

—Calmaos, tía, ¿qué tenéis?—dijo Lise presentándole un vaso de agua;—pero si vos tampoco queríais á Pauchine.

Marpha dejó el vaso y respondió:

—No puedo beber, me rompería los últimos dientes que me quedan. ¿Pero es ésta acaso cuestión de Pauchine? ¿Para qué hablar de él? Dime más bien quién te ha enseñado á dar citas de noche, ¿eh?

Lise palideció.

—No trates de negar; la chica, Schourotschka, ha visto todo y me lo ha contado. Le he prohibido que charle, pero no miente.

—No me defiendes, tía—respondió Lise con voz apenas inteligible.

—¡Ah! ¿Entonces fué así? Diste una cita á ese viejo pescador, á ese hipócrita.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Bajé al salón para coger un libro, y él, que estaba en el jardín, me llamó.

—¿Y tú fuiste? Esto es admirable. ¿Pero tú le amas?

—Sí—contestó Lise con voz apagada.

—¡Dios mío! ¡Le ama!

Marpha se arrancó la gorra.

—¡Le ama, un hombre casado, le ama! ¡Ay de mí!

—Me había dicho...—comenzó Lise.

—¿Qué te ha dicho ese hombre encantador?

—Me ha dicho que había muerto su mujer.

Marpha se santiguó.

—¡Dios haya tenido compasión de su alma!—murmuró.—

Era una mujercilla bien nula. Pero no hablemos más de ella. ¿Conque es viudo? Vamos, ya veo claro; él es el culpable de todo. Ha hecho morir una mujer y necesita ya otra. ¡Con ese aire de gatita muerta! ¿Sabes, hija mía, que en los tiempos en que era yo joven se hubiese pagado cara una cosa así? No te enfades conmigo; sólo los imbéciles se enfadan por la verdad. Le he cerrado hoy mi puerta. Le quiero mucho; pero no le perdonaré nunca lo que ha hecho. ¡Toma, toma! ¿Conque es viudo? Dame agua... En cuanto á haber despedido á Pauchine con un puntapié, me hace que te estime más; pero solamente te ruego que no vayas por la noche á hablar con esa clase de hombres. No trates de desarmarme, porque no lo lograrás, pues no sé sólo acariciar, sino que sé también morder. ¡Toma, toma! ¿Conque es viudo?

Salió Marpha de allí, y Lise se sentó en un rincón y echó á llorar. Su alma estaba llena de amargura; no merecía tan grande humillación. Para ella el amor no se anunciaba bajo alegres auspicios. Desde la noche anterior lloraba por segunda vez. Aquel nuevo sentimiento no había tenido apenas tiempo de nacer en su corazón, y lo pagaba ya muy caro. Una extraña mirada había penetrado el misterio de su vida íntima sin consideración alguna. Estaba avergonzada; sufría amargamente, pero no tenía dudas ni temor, y Lavretzky le era más querido en vez de negarle su amor.

Antes estaba llena de incertidumbre entre las ideas diversas de que se hallaba rodeada, y no se comprendía á sí misma. Pero después de la entrevista de la víspera por la noche, después de aquel beso, no podía ya dudar; comprendía que le amaba y se puso á amarle seriamente con un corazón recto: se rindió á su pasión con toda su vida y con toda su alma. Ya no temía las amenazas; sentía que ninguna violencia sabría romper los lazos que había formado.

XXXVIII.

María quedó muy turbada cuando vinieron á anunciarle la visita de la señora de Lavretzky. No sabía siquiera si debía ó no recibirla por temor de ofender á Fédor. Al fin la curiosidad se sobrepuso, y pensando que al cabo era su parienta, se recostó más y más en su sillón, y dijo al criado que la hiciese entrar. Momentos después se abrió la puerta y Bárbara Pavlowna se aproximó á ella con paso rápido y ligero, y sin darle tiempo de levantarse de su sillón, se inclinó casi hasta sus pies.

—Gracias, gracias, tía—dijo en ruso con una voz dulce y conmovida,—gracias; no contaba con tanta indulgencia; sois buena como un ángel.

Pronunciando estas palabras, cogió la mano de María, y estrechándola ligeramente entre sus guantes de Jouvín, color gris perla, la llevó á sus purpurinos labios. María perdió completamente la cabeza al ver á sus pies á una mujer tan hermosa y tan bien vestida.

No sabía ya lo que había hecho; hubiera querido retirar la mano y hacerla sentar y decirle al fin alguna palabra de benevolencia, y acabó por levantarse y besar su tersa y perfumada frente.

La señora de Lavretzky se enorgulleció con aquel beso. —Adiós, adiós—dijo María;—ciertamente que no me esperaba... que no creía... En fin, me alegro de veros; ya comprendéis... puedo tal vez ser juez entre el marido y la mujer...

—Mi marido tiene razón en todo—le dijo;—yo soy la única culpable.

—Estos son sentimientos dignos de alabanza, sobrina mía —dijo María;—sí, dignos de alabanza. ¿Hace mucho tiempo que habéis llegado? ¿Le habéis visto ya? Pero sentaos, os lo suplico.

—He llegado solamente ayer—respondió Bárbara Pavlowna, sentándose humildemente en el borde de la silla;—he visto ya á mi marido, le he hablado.

—¡Ah! ¿Le habéis hablado? Y bien, ¿qué os ha dicho?

—Temía que mi llegada tan de improviso despertara su cólera; pero no me ha rechazado... es decir... no me ha...

—Ya, ya comprendo—dijo muy bajo María;—es algo brusco, pero su corazón es bueno.

—No me ha perdonado, no ha querido oirme... pero ha sido bastante bueno para fijarme Lauriki como residencia.

—¡Ah! ¿De veras? Pues es una hermosa hacienda.

—Desde mañana iré á establecerme allí, conformándome á su voluntad; pero he creído de mi deber venir antes á presentarme en vuestra casa.

—Os lo agradezco, querida mía; es necesario no olvidar jamás á sus parientes. Me admira el que habléis todavía tan bien el ruso. Es muy extraño.

Bárbara Pavlowna lanzó un suspiro.

—He estado demasiado tiempo en el extranjero, ya lo sé; pero mi corazón, creedme, se ha conservado ruso siempre, y nunca he olvidado á mi patria.

—Eso está bien, muy bien, vale más que todo... Y además, creed mi experiencia, aunque antigua: la patria antes que todo... ¡Qué bonita manteleta traéis! Por piedad, enseñádmela.

—¿Os gusta?

Y Bárbara Pavlowna se la quitó precipitadamente de los hombros.

—Es muy sencilla, de casa de Mme. Bandán.

—En seguida se conoce que es de Mme. Bandán. ¡Qué bonita es, y de qué buen gusto!... ¡Estoy segura de que habréis traído multitud de cosas lindísimas! ¡Cuánto me gustaría verlas!

—Todos mis trajes están á vuestra disposición, tía; si queréis, podré enseñar varias cosas nuevas á vuestra doncella; la mía es de París y muy buena modista.

—Sois muy amable; pero verdaderamente, yo tengo escrúpulo.

—¡Escrúpulo!—repitió con tono de reproche Bárbara.—¿Queréis hacerme feliz? Pues disponed de mí como os plazca.

María se animó.

—Sois encantadora—le dijo;—pero ¿por qué no os quitáis los guantes y el sombrero!

—Pues qué, ¿me lo permitiríais?...—dijo juntando las manos.

—Ciertamente, y hoy comeréis con nosotras; así lo espero... Os presentaré á mi hija.

Dijo esto María turbándose un poco, y después, tomando su partido, añadió:

—Mi hija, sí; pero hoy no está muy buena, la excusaréis.

—¡Ay, tía, qué buena sois!—exclamó llevándose el pañuelo á los ojos.

El pequeño cosaco anunció á Mr. Guedeonofski.

El viejo hablador entró sonriéndose y haciendo grandes saludos á derecha é izquierda.

María le presentó á la señora de Lavretzky, lo que le hizo quedarse al principio muy parado; pero Bárbara Pavlowna tomó con él un aire de coquetería respetuosa, que le hizo ponerse colorado hasta las orejas; desde entonces los chistes y las amabilidades brotaron como un manantial; ella le escuchaba conteniendo una sonrisa, y poco á poco fué tomando parte en la conversación.

Habló con modestia de París, de sus viajes á Baden, hizo reír por dos ó tres veces á María, y ella se contenía cada vez y suspiraba como si reprochase una alegría intempestiva.

Pidió permiso para traer á Adda, y habiéndose quitado ya los guantes, mostraba con sus afilados dedos en dónde se estilaba llevar los volantes de los vestidos, los *ruches* ó los plegados.

La prometió llevarle un frasco de un perfume nuevo, lla-

mado esencia Victoria, y se alegró como una niña cuando María consintió en aceptar el regalo.

La había conmovido hasta el fondo de su corazón.

En aquel momento entró Lise.

Desde por la mañana, en el instante en que, helada de espanto, había leído la carta de Lavretzky, se preparó á la entrevista; presintiendo ya que tendría que verificarse, resolvió no evitar el verla, á fin de castigar sus criminales esperanzas, como ella las llamaba. Sintió que su vida se había amargado para siempre; en menos de dos horas, su fisonomía adelgazó, pero sin verter ni una lágrima.

—Lo he merecido—pensó, rechazando con esfuerzo los sentimientos amargos y malos que á ella misma le espantaban.—Es preciso que vaya al salón—dijo para sí, en cuanto supo la llegada de la señora de Lavretzky.

Pero estuvo mucho tiempo en la puerta sin atreverse á abrirla; por último traspasó el dintel, diciéndose:

—Soy culpable para con esta mujer.

Hizo un esfuerzo para mirarla frente á frente y sonreír.

No bien la hubo visto Bárbara, cuando salió á su encuentro, inclinándose ligeramente ante ella con amabilidad, pero con una especie de respeto.

—Permitidme que me recomiende á vuestra indulgencia—le dijo con voz insinuante.—Vuestra madre me ha tratado con tanta bondad, que espero que vos seréis también buena para mí.

La expresión de Bárbara Pavlowna pronunciando estas palabras, su falsa sonrisa, su mirada fría y lánguida, los movimientos de sus manos y de sus hombros, su mismo traje y toda su manera de ser, despertaron en Lise un sentimiento tal de repulsión, que no pudo responderle nada, y tuvo que reunir todas sus fuerzas para tenderle la mano.

—Esta linda joven me desprecia—pensó la señora de Lavretzky, estrechando con fuerza los dedos helados de Lise.

Y volviéndose á María, le dijo á media voz:

—Verdaderamente es deliciosa.

Lise se ruborizó ligeramente, comprendiendo la ironía y la insolencia en la alabanza, pero estaba decidida á resistir

sus impresiones; se aproximó á la ventana y se puso al bastidor á bordar en tapicería. Bárbara Pavlowna estaba resuelta á no dejarle tregua; se aproximó á ella elogiando su buen gusto y su habilidad. El corazón de Lise palpitaba fuerte y dolorosamente; apenas podía dominarse y continuar en su sitio. Le parecía que lo sabía todo y que se burlaba de ella con sorna ridiculizándola. Felizmente, Mr. Guedeonofski interpeló á Bárbara Pavlowna, y distrajo así la atención general. Lise se inclinó más y más sobre su labor, observando á la señora de Lavretzky con disimulo: «¡Y ha podido amar á esa mujer!» dijo para sí.

A pesar de eso se esforzaba en arrojar á Teodoro de su pensamiento, temiendo perder el imperio que hasta entonces había conservado sobre sí misma; pero sentía que su cabeza se extraviaba.

María habló de música.

—He oído decir, querida sobrina, que erais una verdadera artista.

Hace mucho tiempo que no he tocado nada—respondió ésta sentándose inmediatamente al piano y haciendo correr sus dedos rápidamente sobre las teclas.—Mandad...

—Os lo ruego.

Bárbara Pavlowna tocó con maestría un estudio brillante y difícil de Hertz. Tenía mucha fuerza y agilidad.

—¡Sílfide!—exclamó Guedeonofski.

—¡Admirable, extraordinario!—añadió María.—Os confieso—continuó, llamándola por primera vez por su nombre—que me admiráis; podríais dar conciertos. Aquí tenemos á un músico alemán muy viejo y original, pero instruidísimo, que da lecciones á Lise, que se volverá loco si os oye.

—¿La señorita Lise es también música?—preguntó Bárbara Pavlowna, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella.

—Sí, no toca mal, y le gusta la música; pero ¿qué es esto en comparación de vuestro talento? También tenemos aquí un muchacho que es preciso que conozcáis. Tiene alma de artista y compone bastante bien. Este sabrá apreciaros.

—¡Un joven, un artista! Algún músico pobre, sin duda.

—¡Dios mío, no! Es uno de los jóvenes más elegantes, no

sólo de nuestra villa, sino también de San Petersburgo; es gentil hombre de cámara, y está recibido en la mejor sociedad; habréis seguramente oído hablar de él: Mr. Pauchine; ha venido aquí con una comisión del Gobierno, y es un Ministro en agraz.

—¿Y artista?

—Artista de alma, como os digo, y muy amable, ya lo veréis. Viene aquí muy á menudo y le he comprometido para esta noche. Espero que vendrá—dijo apoyando la frase con un ligero suspiro y una sonrisa llena de amargura.

Lise comprendió el sentido de aquella sonrisa; pero estaba demasiado preocupada con otra cosa para prestar grande atención.

—¿Y es joven?—dijo Bárbara Pavlowna modulando ligeramente la voz.

—Veintiocho años, y de un exterior que encanta; un joven completo.

—Podría decirse un joven modelo—añadió Mr. Guedeonofski.

Bárbara Pavlowna se puso de repente á tocar un ruidoso vals de Straus, que comenzaba por un trino tan rápido que Guedeonofski se estremeció.

A la mitad del vals pasó de repente á un motivo triste y melancólico, y acabó por la *Lucia, Fra poco*; acababa de comprender que la música alegre no convenía á su situación.

El aria de *Lucía*, en la que acentuaba vivamente las notas altas, agradó infinitamente á María.

—¡Qué alma!—dijo por lo bajo á Guedeonofski.

—¡Una sílfide! ¡Una sílfide!—repitió éste levantando los ojos al cielo.

Llegó la hora de comer, y Marpha bajó cuando estaba ya la sopa en la mesa.

Recibió á la señora de Lavretzky con sequedad, y no respondió más que medias palabras á sus amabilidades, sin hacer caso de ellas.

Bárbara Pavlowna comprendió que no podría nada con aquella vieja y cesó de ocuparse en ella. María, por el contrario, redoblaba sus amabilidades con la joven, pues la im-

política de su tía la contrariaba. Por lo demás, Marpha no estaba enfadada sólo con Bárbara, sino que manifestaba también su rigor á Lise. Con los ojos animados y rígida como una piedra, pálida, amarilla, con los labios apretados y sin comer nada. Lise parecía estar tranquila; la había abandonado todo sentimiento. La inercia del condenado á muerte había penetrado en su corazón.

Durante la comida Bárbara Pavlowna habló poco; parecía conmovida, y sus facciones respiraban una modesta melancolía. Sólo Guedeonofski animaba un poco la conversación con sus anécdotas, aunque de vez en cuando miraba á María con un aire de temor, pues acostumbraba á toser con una carraspera seca cuando en su presencia se permitía alguna mentira. Pero entonces le dejó decir lo que quiso.

Después de la comida se descubrió que á Bárbara Pavlowna le gustaba con pasión el jugar á la preferencia. Esto agradó tanto á María y tanto la conmovió, que dijo para sí: «¡Qué imbécil debe ser Fédor para no haber sabido apreciar una mujer como ésta!»

Vino, pues, á sentarse en la mesa de juego, en donde estaba ya colocado Guedeonofski, y Marpha se llevó á su cuarto á Lise, diciendo que no tenía ya figura humana, y que debería tener mucho dolor de cabeza.

—Sí, sí, tiene mucho dolor de cabeza—dijo María, volviéndose hacia la señora de Lavretzky y poniendo los ojos en blanco.—Yo también tengo á menudo horribles jaquecas que...

—¿De veras?—dijo Bárbara Pavlowna.

Entró Lise en el cuarto de su tía, y faltándola ya las fuerzas, cayó sobre un sillón. Marpha la contempló mucho tiempo en silencio; después se arrodilló delante de ella, y siempre silenciosa, la besó alternativamente las dos manos. Lise se inclinó hacia ella, muy encarnada, y rompió en llanto. Pero no trató de levantar á Marpha ni retiró las manos, comprendiendo que no tenía derecho de hacerlo ni de impedir á la pobre anciana que le expresase su arrepentimiento, su afecto y pedirle perdón por las palabras de la víspera. Marpha no podía dejar de besar sus lindas manos, pálidas y dé-

biles. Las dos lloraban sin decir nada. El gato Matros roncaba en un ancho sillón al lado de una labor de media comenzada. La mortecina luz de la lámpara que ardía ante la imágen apenas vacilaba, y escondida detrás de la puerta de la habitación inmediata se hallaba Anastasia Carpovna, secándose las lágrimas con un pañuelo de algodón de cuadros.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



Si no fuera tan cierto como verdad de Pero-Grullo el aforismo vulgar de que no hay disputa posible cuando de dos que están á punto de reñir uno no quiere, bastaría la continuación en el poder del Gabinete Sagasta para demostrar que, en efecto, contra todos los cálculos de las probabilidades, contra todas las reglas de la lógica, contra todas las leyes de la política, contra todas las conveniencias de la moral de un partido, se erige predominante, avasalladora, inflexible, la voluntad decidida de parte de los Ministros de continuar al frente de los destinos del país, en tanto no se les haga objeto de un acto violento en las Cámaras ó en las alturas de la suprema institución reguladora.

¿Qué más ha podido imputarse á un Ministerio que esta falta de criterio propio, esta negación constante de sus principios liberales, esta vacilante conducta, que ora expone la nave del Estado al desabrigo de las tormentas, ora la estrella en el puerto por desatentado afán de encallejonarla para defenderla? Barco pirata que un día enarbola un pabellón y lo sustituye al siguiente por otro distinto, como si no estuviera averiguado que en los mares de la política el pabellón no basta á cubrir la mercancía, apenas hay cuestión

en que los actuales gobernantes no naufraguen; así la controversia les enoja, las reclamaciones de la opinión les soliviantan, la explicación misma de sus actos es tarea para ellos erizada de dificultades invencibles, y de aquí también que procuren sortear los debates, aplazar todo motivo de recriminación ó protesta, eludir la responsabilidad consiguiendo á la más modesta iniciativa.

No siempre, por supuesto, es dable conseguir semejante mistificación del sistema de publicidad que constituye el nervio, la base, la garantía del régimen parlamentario. Entonces, en esos casos extremos en que no hay trinchera donde cobijarse, ni medio, por excepcional que sea, de volver la espalda al inminente riesgo, se toma un plazo prudencial para elegir armas, buenas ó malas, en los arsenales del desmedido orgullo ó de la despreocupación impenitente; y es probado: barajando ideas, confundiendo nombres, falseando hechos, contestando el cargo concreto con la acriminación personal, oponiendo á la acusación que condena al Ministro el despecho del arranque oratorio que nada prueba, como no sea la falta de razón del que á él se acoge, y sobre todo prescindiendo con inverosímil calma del fallo de la opinión, de los respetos á la investidura que se ejerce, de los deberes más elementales del gobernante y del hombre público, se arrostra heroicamente el desdén de los unos, el sarcasmo de los otros, la reprobación de todos, y no ha pasado nada, y se continúa en el puesto oficial que tan unánimes censuras promueve... y la vida en el poder es la vida del Paraíso... con serpiente.

¡Qué situación la del Ministro de Gracia y Justicia!... Abandonado de sus antiguos amigos; mirado con glacial indiferencia por sus colegas de Gobierno; maltratado, vejado, condenado por todas las minorías, que nunca mejor que en este caso han reflejado las palpitaciones de la opinión general; sin otra defensa, de su parte, que la acusación del que le acusa, ni otro escudo en su derrota que el inverosímil empeño de sacrificarlo todo, hasta el prestigio personal y el decoro político, al insaciable afán de conservar una cartera, obtenida á favor de una defección de que no hay ejemplo en los fastos de nuestros partidos, y disfrutada á costa de la ab-

negación más egoísta, si es egoísmo cambiar el sosiego doméstico, la respetabilidad del apellido, el relativo bienestar de una posición social inadvertida, por el sobresalto continuo, por la imputación diaria, por el repugnante contagio de esa gangrena que marca con irredimible sello á los que bautizan su personalidad pública en las profanadas aguas de un nuevo infernal Leteo...

Entró el Sr. Romero Girón en los consejos de la Corona empezando por negar, pecador como Pedro, su propia historia; pocos días antes se llamaba aún republicano en pleno Senado; pocos días antes burlábase á la par de la Monarquía y de la religión católica, los dos principios fundamentales de nuestro organismo nacional. Había sido fervoroso apóstol del Jurado; enérgico detractor del decreto del Ministerio-regencia, que restableció la validez del matrimonio canónico; panegirista entusiasta de la inamovilidad judicial... No hablemos de sus catilinarias contra la inmoralidad del particular ó del Ministro: en ese terreno se encuentran siempre todos los hombres de todos los partidos.

De la noche á la mañana, una de esas maquiavélicas combinaciones de la política le elevó á la dignidad de Consejero responsable de Alfonso XII, y Consejero responsable cabalmente en los negocios más íntimamente relacionados con la administración de justicia y con el culto y clero. Desde aquel día, el Sr. Romero Girón es víctima de una inexplicable metempsícosis. Sin trasmigrar á otro cuerpo, su alma ha debido sufrir una maravillosa transformación, dentro de la misma arpillera que la cubre: el bilioso demócrata, el irreconciliable republicano, es ya suavísimo monárquico y hasta el más complaciente cortesano. ¡Oh eficacia del Leteo-presupuesto, que trueca en apretados montones de centenes los vagos platonismos de una intransigencia tan quebradiza y débil al soborno!

El Jurado... hay que plantearlo con prudencia, mermando doctrinariamente la capacidad del ciudadano, á quien se atribuyen funciones de juzgador. El matrimonio civil... ¿quién se atreve á resolver este trascendental asunto sin las convenientes salvedades en pro del acto sacramental? La

Iglesia... respetable institución, cuya autoridad es indiscutible. La inviolabilidad judicial... eso es un mito en la práctica de todo Gobierno que empuña con plausible brío las riendas del poder. El Rey... ¡ah! ¿qué sería de los pueblos sin la paternal solicitud de un jefe supremo por abolengo, única garantía sólida de la tranquilidad de los Estados, expuestos de otra suerte á perecer en los azares de las frecuentes algaradas á que puede precipitarlos el desenfreno de todas las ambiciones, todos los apetitos y todas las concupiscencias? La moralidad...

¿Quién reconoce en el comensal del palacio de Oriente y de los palacios episcopales, en el que se deja festejar benévolo y honrado en las expansiones de Algete, y besa sumiso el anillo de los pastores del rebaño de Cristo, en el que invoca la parsimonia más exquisita como procedimiento de política y sanciona la arbitrariedad más absoluta como elemento de Gobierno, al demagogo, al incrédulo, al puritano de la víspera?

Graves son los cargos que le ha dirigido el Sr. González Fiori, adicionando la serie de culpas y contradicciones que, como río tortuoso, nace en las escabrosidades de su monarquismo, bordea la ciénaga de sus creencias, se pierde en los recodos de la célebre causa Monasterio y se extiende por los repliegues de las traslaciones, cesantías y ascensos con que corrige, castiga ó premia la mayor ó menor ductilidad de sus subordinados, convirtiendo la augusta toga independiente en servicial auxiliar de sus propósitos; y es lo peor del caso que el Sr. Romero Girón ha querido defenderse y ha empezado por confirmar la acusación. No recuerda nombres... no puede precisar hechos... sin duda ha confundido á un juez con otro... hay uno cuya conducta merece severísimo correctivo...

¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? ¿Puede tolerarse esto? A la imputación concreta, razonada, terminante, se contesta con abstracciones que nada prueban. El Ministro de Gracia y Justicia, el jefe de la magistratura, el que contrae estrecha responsabilidad si mantiene en su destino al juez indigno, al inepto ó al prevaricador, afirma á la faz del país que existe uno de esos funestos ejemplares, ¡y no le ha separado, y no

le ha sometido á expediente, y no ha dispuesto que se le forme causa criminal!... ¿Puede darse testimonio más expresivo y elocuente en punto á lo que es y significa ese Ministro?

Por lo demás, que el Sr. González Flori influyó para que fuese trasladado un juez, nada importa y, si importara, lo niega bajo su firma el interesado, dando un solemne mentís á su jefe; que el Ministro es amigo particular de otro juez que fué de esta villa y corte; carta canta: el aludido rechaza esa supuesta amistad y declara que sólo dos veces, y de oficio, ha hablado con el Sr. Romero Girón; que... ¡Falso! ¡Falso!—exclaman á coro treinta voces.

Pues bien; el Sr. Romero Girón es Ministro todavía. ¿Se quiere un retrato más perfecto y acabado de la situación en que oficialmente vivimos?

Aquí no se sabe qué admirar más: si la indiferencia de los unos, ó el valor del otro. Terminadas las interpelaciones del diputado por Hoyos, es fama que el Ministro de Gracia y Justicia no encontró, ni aun entre sus compañeros de Gabinete, que, en cierto modo comparten sus pecados, una sonrisa que le alentase, ni una mano que estrechara la suya... Esta sigue firmando la succulenta nómina.

*
* *

Hay otro Ministro para el cual han debido ser también hartos poco lisongeros los últimos debates: por diferentes causas ciertamente, que no afectan en nada á la gloria del soldado victorioso, pero que condenan al político por sentencia inapelable.

Se ha discutido el presupuesto de la Guerra, y se ha discutido con singular detenimiento. Hombres civiles han tenido la osadía (*¡fi donc!*) de emitir su parecer acerca de la actual organización del ejército en España. Los Sres. Moret y Canalejas, que no sabemos si en sus tiempos adornaron su cabeza con el marcial gorro de tres picos á que destina la belicosa infancia todo periódico que cae entre sus pecadoras manos, pero que de seguro, hombres ya, no pensaron ni por asomo en emular los timbres de Alejandro, de Gonzalo de Cór-

dova ó del Capitán del siglo, se consideraron, sin embargo, en el derecho y hasta en el deber de examinar las condiciones del poder militar de España, en los presentes momentos. En ese camino les precedieron ó siguieron otros diputados jefes del ejército, y fuerza es convenir en que de cuanto se ha expuesto acerca de tan interesante asunto, no sale muy bien parada la gestión administrativa del héroe de Sagunto. Resulta que pagamos 20.363 oficiales para un ejército que apenas puede poner en pie de guerra 90.000 hombres, siquiera se suponga que ascienden á 400.000; resulta que la burocracia militar, sobre ser costosa, sólo concurre á dificultar la administración; que la alimentación del soldado es cara y mala; que la retribución del oficial es exigua para él y ruinoso para el país; que la administración militar es viciosa en sumo grado, y que se reformaría y mejoraría dándole un carácter civil; que con lo que hoy cuesta el ejército podría tenerse, en fin, otro mucho más poderoso y mejor organizado.

¿Qué ha hecho, pues, el General Martínez Campos al frente del departamento de la Guerra? ¿No lo ocupa precisamente con el carácter de reformador, de regenerador, de redentor del elemento armado? ¿Qué ha hecho en tales conceptos? Por otra parte, ¿son admisibles los atrevimientos oratorios del actual Ministro de la Guerra? ¿Son compatibles con la dignidad que ejerce sus singulares giros, sus deplorables confesiones, su desconocimiento absoluto de la ciencia del Gobierno y del arte de la palabra?

Ya se ha dicho en letras de molde: en el campo de batalla es un General; en el Congreso parece un quinto. La víspera de ser Ministro era el ídolo del ejército; hoy le atacan los primeros los periódicos militares. El prestigio y el renombre que alcanzara desempeñando el papel que conocía, está á punto de gastarlo al meterse en cosas de que no entiende. Por eso á la vez se le ha recordado el ejemplo del General Espartero, primer prestigio militar del siglo en nuestra Patria; ni el vencedor de Bailén, ni el héroe de los Castillejos, llegaron jamás al alto puesto en que la imaginación popular colocara al soldado de Luchana. Dos veces quiso aquel hom-

bre mezclarse en política; en la primera sus propios amigos se volvieron contra él y lo derribaron; en la segunda perdió á los progresistas que merecían su predilección, y convencido de su falta de condiciones para la política, buscó humilde y voluntario retiro, de donde no le sacaron ni ruegos ni halagos.

«Vuelva el General Martínez Campos, ha escrito con sana intención un periódico ajeno á las miras de partido; vuelva á ser el militar de antes, abandonando el banco azul, que le debe parecer relleno de punzantes espinas. Recuerde y obre en consonancia con las siguientes palabras del Sr. Romero Ortiz: *Aun puede el General Martínez Campos prestar un gran servicio á su Patria y á su Rey: retirarse de la política.*»

¡Cuánto ganarían, en efecto, España, los partidos, los intereses militares, la respetabilidad de su brillante ejecutoria de caudillo insigne, si el actual Ministro de la Guerra, en vez de malgastar su alta posición en las contingencias de la lucha constante del Parlamento, se colocase en actitud de mero espectador, esperanza segura de la patria, garantía eficaz de las instituciones, salvaguardia de la libertad que encuentra su mejor apoyo en el mantenimiento del orden!...

Un detalle de la discusión del presupuesto de Guerra que merece consignarse: confundiendo lo esencial con lo accidental, la administración del ejército con el ejército mismo, la víctima con el verdugo, al censurar algunos oradores (y entre ellos, y es lo más sensible, oradores que visten el uniforme militar) lanzaron malévolas especies en punto á la necesidad y justificación de ciertos gastos relativos á atenciones de Guerra. Contra esas manifestaciones, contra esa tendencia, contra esa flagrante injusticia protestó en enérgicos y elocuentes términos el diputado D. Gaspar Salcedo, digno jefe del cuerpo de Artillería de la Armada. Su discurso fué escuchado con señaladas muestras de general asentimiento. Una cosa es, en efecto, criticar lo orgánico de la institución y otra condenar la existencia de la institución misma.

Cuando truena, todo el mundo se encomienda á Santa Bárbara. ¿Aparecen las boínas en las montañas del Norte ó los gorros frigos en las ciudades del Mediodía? Pues el ejército va á restablecer la paz en la Península. ¿Se rebelan en

la manigua los hijos ingratos de la madre Patria? Pues el ejército, arrostrando las penalidades de una lucha, cuyos peligros aumenta la insalubridad de un clima tropical, restaura el honor de nuestra bandera, á la vez que restablece la integridad de la Monarquía. ¿Surge en Jerez una complicación con motivo de los trastornadores intentos del socialismo en acción? Pues el ejército conjura instantáneamente el conflicto, ejecutando las labores agrícolas paralizadas.

No hay una huelga de panaderos contra la cual no se eche mano del ejército; en tal caso, los obreros militares tienen que hacer el pan. Hay una epidemia, y van los médicos militares á encargarse de los hospitales civiles. ¿Hay erupción de langosta en alguna provincia de España? Pues van los soldados á matar la langosta. ¿Es necesario que la nación española esté bien representada en ciertos Congresos geodésicos de muchísima importancia? Pues se recurre al ejército y se nombra á un General, á quien eligen los extranjeros presidente por su reconocida competencia.

Es preciso hacer justicia á las clases militares. El brigadier Salcedo mereció bien de sus colegas y bien de la imparcialidad y la razón, volviendo por los hollados fueros de tan respetables intereses. El Sr. Romero Robledo protestó, á su vez, con la discreción que le distingue, de ciertas frases pronunciadas en el curso del debate y alusivas á un régimen político por completo hostil al que nos rige. El Gobierno nada había opuesto á tan deplorable inconveniencia.

El presupuesto de Marina ha dado poco juego. Que no hay barcos ni dinero para adquirirlos, nadie lo ignora, por desgracia.

*
* *

¿Qué pasa en el seno del tradicionalismo intransigente? La conducta de algunos elementos políticos de ese bando, opuesta en un todo á los mandatos de Su Santidad León XIII y á los paternales consejos del episcopado español, parecía encaminarse á buscar un conflicto entre las jerarquías eclesiásticas, haciendo que la voz de los preladados fuese menospre-

ciada; buscábanse adhesiones á una bandera política en los Seminarios, llegando el escándalo á punto tal, que fué necesario que el Obispo de Tuy tomase enérgicas medidas contra los fautores de la indisciplina, haciendo públicos los procedimientos empleados para arrancar la firma á los jóvenes, casi niños, que se consagran á la Iglesia. En la diócesis de Barcelona, como en la de Tuy, la propaganda de los Obispos de levita ha sido tan eficaz, que logró amargar el último período de la vida del virtuoso Sr. Urquinaona, y hace difícilísima la posición del actual vicario capitular; y ahora surge el conflicto en condiciones mucho más graves, según se deduce de un enérgico decreto del Arzobispo de Tarragona, objeto de la atención general.

«Es un hecho desgraciadamente cierto y notorio, y por tanto escandaloso, dice el venerable prelado, la insubordinación de un número considerable de seminaristas de Tarragona. ¿Cómo se explica? Se creyó, y al principio creímos también, que la insubordinación era simplemente un caso de la actual lamentable lucha político-religiosa. Sin embargo, la cosa no pasó así; y sin negar la parte que, sin duda, cabe á la cuestión que nos trabaja y divide, tenemos íntima convicción de que ella hubiese sido dominada á no haber servido de ocasión y pretexto para muy distinto objeto. Embarazaba algo en el Seminario y se quería quitarlo, aunque para ello fuese preciso soliviantar los ánimos de jóvenes inexpertos. Al fin lo han dicho sin rebozo. Se sabe, pues, dónde reside el mal, y estamos resueltos á arrancarlo de raíz, cueste lo que cueste. El Seminario de Tarragona ha de ser verdadero Seminario Tridentino; plantel de virtuosos é instruidos sacerdotes, ni más ni menos; y será esto ó no será. No consentiremos que se convierta en club político ó en centro de innobles y hasta criminales intrigas para imponérsenos, ni que influencias dañinas abusen de la candidez é inexperiencia de alumnos para perturbar el orden y la tranquila regularidad que es necesaria para el cultivo de las letras y para formar á la juventud en piedad y ciencia.»

Al efecto, el Arzobispo de Tarragona ha disuelto el internado del Seminario y el cuerpo de profesores del mismo, im-

poniendo nuevas condiciones disciplinarias á los alumnos que en lo sucesivo ingresen en aquel establecimiento de enseñanza teológica, *club político ó centro de innobles y hasta criminales intrigas*, según el propósito de algunos...

Como arguye *El Día*, Arzobispos del temple de carácter que distingue al de Tarragona deben gustar muy poco á *El Siglo Futuro*. Mejor que mejor.

*
* *

Ha levantado grande polvareda el proyecto del Ministro de Fomento suprimiendo el impuesto del 10 por 100 sobre el transporte de viajeros por los ferrocarriles.

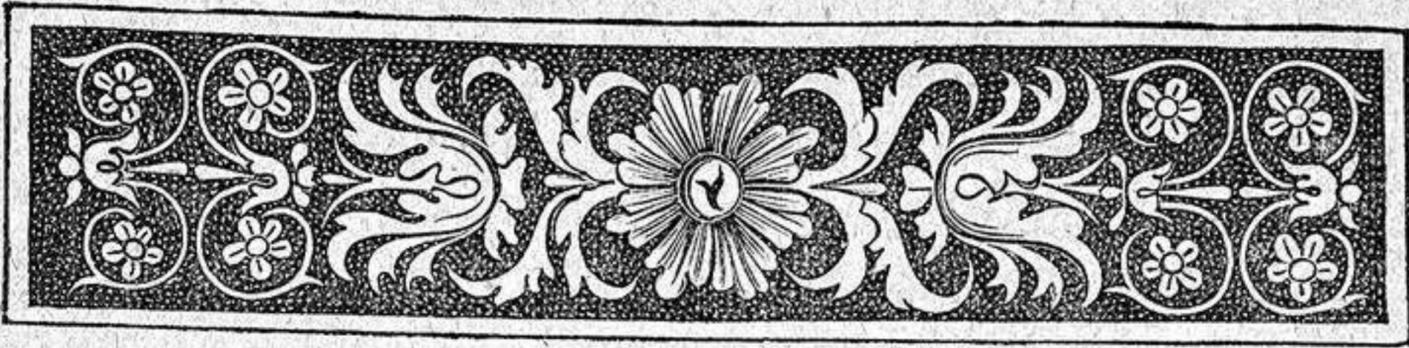
Esta supresión origina, realmente, un grave perjuicio á las empresas, á quien se concedió tal emolumento por decreto de 29 de noviembre de 1866, con arreglo al cual se han creído derechos de tal importancia que no pueden alterarse sino por medio de una novación ó de una expropiación, pues de no hacerlo así se atenta al derecho común, igualmente aplicable que á las demás entidades morales y jurídicas, á las Compañías de caminos de hierro, sin que, por otra parte, resulte clara la conveniencia de provocar esta cuestión en las actuales críticas circunstancias.

Todo lo que podría hacerse, sería quizá someter el asunto á una información. Resolverlo de plano, á raja tabla, puede ocasionar más perjuicios que ventajas.

*
* *

La Audiencia de Jerez ha impuesto la pena capital por asesinato á siete asociados de *La mano negra*. ¡Negra, en efecto, es la mano que así arrastra al patíbulo á los que de ella hicieron ejecutora de sus planes!

U.



REVISTA EXTRANJERA



SEPARADO de nuestras islas Filipinas por el mar de la China, y al Sur de aquel Celeste Imperio, el más vasto y rico del mundo, se halla el TONGKING. Limitado al Norte este País por las provincias chinas del Yunan y del Kuang-si, al Levante por el golfo, al Oeste por el Laos birmano, y al Sur por el Reino de Siam y la Conchinchina annamita, se halla cruzado de Noroeste á Este por el río Rojo, que forma á unos cien kilómetros de su desembocadura un extenso delta, en el que se hallan enclavadas las importantes y fortificadas ciudades de Hanoi, Nam-Dinh, Hai-Dzuong y Tanh-Hoa.

Aquel territorio, teatro hoy de trascendentales sucesos, es relativamente exiguo; pero, teniendo en cuenta la aglomeración en que viven los habitantes en aquellas regiones del extremo del Oriente; teniendo en cuenta que la raza amarilla ha conseguido verdaderos prodigios en el arte de alimentar el pescado, poblar las corrientes de agua y mejorar las especies, haciendo consistir en la pesca su principal recurso, calculan algunos viajeros que su población no baja de 15 á 18 millones de habitantes.

Mucho producen también los arrozales; pero, á distancia del litoral, la población disminuye, hallándose selvas de más risueño aspecto, entre las que se suponen riquezas minerales

no explotadas, cuyas costumbres se dicen son sencillas y su carácter afable. Pertenecen, como los chinos, á la secta filosófica de Confucio, habiendo también budhistas, y medio millón de católicos.

Los altos funcionarios del fértil Tong King proceden del Annam, cuya capital es Hué, residencia del Soberano Tu-Duc. Es Hué la ciudad misteriosa, síntesis, según algunos, de todas las mágicas curiosidades de Oriente, inaccesible á los extranjeros y rodeada de una muralla de siete kilómetros de circuito con diez puertas, adornadas de pabellones chinescos y defendida por unos cuatrocientos cañones de antiguo modelo en los parapetos.

Dando crédito á las notas del hijo de Mr. Chaigneau, oficial francés, que se dice sirvió á principios del siglo en el ejército del Emperador Gia-Long, la ciudad de Hué está dividida en dos recintos, hallándose en el interior del primero el barrio aristocrático y varios edificios públicos, entre ellos, seis Ministerios, el palacio del Gobernador, la Biblioteca, la Escuela de los Mandarines, el Tribunal, el Observatorio, arsenales é inmensos cuarteles. El segundo recinto, vedado á todo hombre que no sea del Gobierno, aunque no á las mujeres, contiene el palacio del Gran Consejo, la secretaría del Rey, el palacio de Conferencias de los Mandarines, muchas construcciones afectas á los diferentes servicios del Estado, el Alcázar Real, dorado y adornado con vistosas esculturas, el serrallo, el teatro, las casas de los Príncipes y mandarines al servicio inmediato de Tu-Duc, los jardines, el paseo del Rey, lleno de gigantes bambúes, la Tesorería, el Museo y otras varias construcciones. Las casas, adornadas con más ó menos lujo, no tienen más que el piso bajo, rodeadas de muros que no dejan ver más que techos de abigarrados colores.

Sea cual fuere la exactitud de descripciones más ó menos fantásticas, es lo cierto que ellas no aumentan ni disminuyen en la verdadera importancia de Hué, del Annam y del Tong-King, ciudades y comarcas en las que ha soñado la República francesa implantar el cacareado sentimiento de fraternidad universal á cañonazos.

Causa cierta sorpresa ver á los apóstoles de la libertad discutir acerca de las mejores condiciones de salubridad del Tong-King sobre la Cochinchina; tratar de fortalecer la dominación francesa en el Asia, cuyo núcleo ha de partir de la Península transgangética; calcular la mejor manera de dar vida á explotaciones coloniales y de explotar la buena fe y la laboriosidad ajenas.

No hay más que una dificultad para la realización de estos dorados sueños: la iniciativa francesa dista mucho de ser hoy tan temible como fué ayer. Las circunstancias de nuestros vecinos son muy otras, y es muy problemático que realicen esas halagüeñas esperanzas de hacer suyo el Tong-King, desembocadura de uno de los mayores ríos de la China y admirablemente situado para convertirlo en un gran depósito de las más ricas regiones, quitando á Inglaterra y á Alemania el privilegio exclusivo de traficar con los productos de su industria en el mundo entero.

*
* *

¿Qué sucedería si la China se uniese á los annamitas para rechazar á los franceses con su ejército hoy poderoso? ¿Qué sucedería si el Celeste Imperio contase con las simpatías más ó menos francas de Inglaterra y las no equívocas de Alemania? ¿Pueden los franceses emprender una campaña en regla, que exigiría fuerzas imponentes, riesgos inmensos y gastos considerables para invadir, someter y conquistar un país situado al extremo del Oriente, donde tan pocos intereses tiene Francia?

Se asegura que el Marqués de Tseng, eminente diplomático y Embajador de China en París, no ha ocultado los propósitos del Imperio donde nació y que representa con un talento nada común. «Mi país, dice el Marqués chino, no acepta que Francia tenga un protectorado real sobre Annam y no puede negociar sobre estas bases; pero consiente en hacer que todo quede como anteriormente, no oponiéndose en manera alguna á un tratado comercial entre Francia y el Annam.»

La China reconoce lo que existía en 1874, y protesta contra lo que se ha hecho después y contra lo que se intente sin su consentimiento y concurso. Quiere que el Tong-King, la más rica provincia y la más poblada del Imperio de Annam sea independiente; porque si Francia tomase posesión de aquel país, que es el mejor de las provincias del Sur, todo el territorio situado entre el Tong-King y Saigón, que es el menos fértil, quedaría arruinado. Los franceses pretenden que el Tong-King es absolutamente necesario para la existencia y seguridad de su establecimiento en Saigón. «Esto, ha dicho el astuto Marqués de Tseng, es lo mismo que si se dijese que para poder vivir en Nueva Orleans es necesario ocupar también á Nueva York.»

Muchos, desde el principio de estas cuestiones, han expuesto la duda de si podrían los chinos oponer una resistencia seria á las armas francesas. Creible es la afirmativa; pero lo que habría que examinar ante todo es si puede Francia sostener una guerra formal en el Asia. Esto es lo realmente imposible, porque el bombardeo y el bloqueo de los puertos de China por Francia significa pérdidas inmensas para el comercio que en grande escala con el Este mantienen Inglaterra y los Estados Unidos, y estas dos grandes potencias conocen sobradamente los medios de imposibilitar aventuras y de esterilizar intentonas que les perjudiquen.

Ya se ha dicho que la declaración de hostilidades podría dar á China los medios de destruir la marina mercante francesa; y es muy cierto. La China no ha contraído determinados compromisos con Europa, no ha admitido el nuevo código internacional marítimo creado por la declaración del 16 de abril de 1856, y con absoluto derecho puede armar en corso y dar caza á todos los barcos que enarbolen pabellón francés el día en que se declare la guerra. Y no quedaría entonces localizada esta guerra en los mares de China, pues bien podrían expedirse patentes á los americanos, á los individuos de todas las naciones que no se adhirieron expresamente á las declaraciones del Congreso de París; y entonces en el mundo entero se vería perseguido y vejado el comercio francés, sin que les valieran los buques de guerra ni las es-

cuadras contra steamers rápidos y libres de todo riesgo. Algo significa el violento lenguaje de la prensa de Londres que, olvidando el carácter de Inglaterra, decía hace poco que Francia era un país de filibusteros.

El hecho es que las negociaciones entre Francia y China están por el momento interrumpidas y no parecen por ahora en vías de arreglo. *El Gaulois* ha publicado la conversación del Embajador en París del Celeste Imperio con un diplomático extranjero, y de esta conversación, á la que se ha dado mucha importancia, resulta que el Marqués de Tseng terminó diciendo á su interlocutor las siguientes palabras: «Si permanezco en París, será prueba de que nos entendemos; si me voy á Londres, será que las dificultades aumentarán.»

Y el Embajador de China ha salido inesperada y precipitadamente para Londres.

No se comprende, sin embargo, cómo pueden pensar los franceses en una ocupación militar definida, en un estado de guerra permanente en el Tonkín, con todos los odios que de ella resultan, cuando lo único que convenía á los intereses de Francia era abrir las puertas de los grandes países del Oriente á su comercio por los medios pacíficos, reñidos con el espíritu de conquista.

Y los grandes problemas que presenta la cuestión del Tong-King surgen en momentos en que no es dudosa la política colonial de Francia, combatida además interiormente por dificultades de todo género.

La división naval puesta á las órdenes del Contraalmirante Pierre, compuesta de los cruceros *Flore*, *Forfait* y *Bruet* y de la cañonera *Pique*, en las aguas de Madagascar, acaba de bombardear el pueblo de Tamatave en la costa occidental de la isla, pueblo de unos 3.000 habitantes, con casas de madera y techos de hoja, sin más defensa que sus empalizadas de cocoteros. Luego el Contralmirante francés ha extendido sus conquistas á los pobres pueblos de Foulepointe, Moambo y Tenerife, que viven vendiendo sus aves, su arroz y sus esteras á los habitantes de las islas Borbón y Mauricio. A estos triunfos ha dedicado largos artículos la prensa republicana.

Al mismo tiempo que en Tamatave quedaba enarbolada la bandera tricolor, los gobernantes franceses se dirigían á Versalles para presidir la inauguración de la famosa sala del *juego de pelota*, transformada en museo republicano.

La fiesta de los hijos de la revolución francesa fué esta vez legítima y justificada. En aquella sala histórica y el 20 de junio de 1789, quedó consagrada la era novísima. Aquel día, el tercer estado, es decir, el pueblo proclamó su soberanía, reivindicando el poder constituyente y el legislativo. Aquel día quedaron abolidos los estados y se fundó la unidad nacional; los dos principios seculares, el poder absoluto del Rey, y los privilegios de la nobleza y del clero, recibieron una herida mortal, fundándose por primera vez el derecho nacional sobre las ruinas del derecho divino.

«¡En nombre de la libertad, de la soberanía nacional y de la justicia, exclamó Mr. Jules Ferry, juro que he salvado la República!»

Tales fueron las palabras pronunciadas el 20 del actual en Versalles, palabras que, ni aun bajo la fe de un juramento hoy abolido en los territorios de la República, pueden á lo sumo significar otra cosa que la fórmula de un buen deseo. No están salvados los peligros que nacen de continuo en el escabroso camino de los gobernantes franceses; antes al contrario, parecen complicarse.

Prescindamos de los trabajos por necesidad incesantes que presuponen las reivindicaciones sociales y las monárquicas, y fijémonos en un hecho reciente. El Nuncio de Su Santidad en París había ya formulado reclamaciones y protestas contra la política francesa en sus relaciones con la Iglesia; pero estos sentimientos acaban de tomar forma precisa en una carta dirigida por el Papa al Presidente de la República, carta que no ha podido menos de causar vivísima impresión en los descreídos centros oficiales y en la opinión pública.

La carta del Pontífice es una exposición completa de los hechos realizados por el Gobierno francés contra el Concordato, desde los decretos que disolvieron las congregaciones religiosas hasta las medidas últimamente tomadas contra el clero. Es también una protesta contra las leyes hostiles á la

religión que se preparan, el servicio obligatorio de los seminaristas, la reforma del mismo Concordato, la de segunda enseñanza y otras. Sabido es que el Presidente del Consejo y el Ministro de Justicia se apresuraron á llevar á la comisión del presupuesto declaraciones benévolas en lo concerniente á las relaciones del Estado con la Iglesia, esperando calmar así las inquietudes de la Santa Sede; pero desgraciadamente resultó lo dicho letra muerta, y las comisiones del presupuesto y del Concordato han persistido en su hostilidad sistemática. No es, pues, extraño que León XIII, profundamente afectado, se manifieste resuelto á no retroceder ante una ruptura diplomática.

Al dirigirse el Papa á Mr. Grevy, que se halla parapetado en sus funciones constitucionales, y no al Ministro de Negocios extranjeros, parece que ha querido revestir su manifestación de un carácter aún más grave que el simplemente diplomático.

La situación actual de Francia, con muchos curatos desposeídos de sus rentas y con la interrupción consiguiente del culto público en muchas localidades, es por demás análoga á la que levantó las protestas del Papado en 1791, cuando las discusiones relativas á la constitución civil del clero. Entonces como hoy, el Papa Pío VI aguardó hasta última hora, confiando siempre en que al fin imperarían los buenos principios y que la persecución organizada contra las conciencias, en nombre de la libertad, terminaría. Luis XVI le suplicaba que guardase silencio, al mismo tiempo que por debilidad sancionaba las leyes vejatorias; pero Pío VI no necesitó, como no necesita tampoco León XIII, consejos ni ejemplos. La constitución civil de 1791 fué condenada, y gracias á este acto vigoroso del Papa, subsiste aún en Francia la religión católica.

El Vaticano es el Gabinete que tiene una tradición más constante y conoce más á fondo su historia.

*
* *

Todos los Príncipes extranjeros y Embajadores extraordinarios reunidos en Moscou se han despedido, llevando el convencimiento, después del espectáculo dado por Rusia entera en la coronación de su Czar, que el pueblo ruso es el más monárquico de la tierra.

Apagados ya los últimos ecos de las fiestas, vuelve la atención de los políticos á las cuestiones de Oriente y á los planes de los dos formidables colosos que tienen su cabeza en Berlín y en Petersburgo.

En Londres, Lord Gladstone ha conseguido que el Imperio otomano sufriese rudos golpes en Asia, en Europa y en África, sin considerar que muy bien puede ahora Alemania suplantarse á Inglaterra en Constantinopla, y muy bien puede Rusia apoderarse de la Armenia y abrirse camino por Persia hacia la frontera de las Indias. No sabemos hasta qué punto habrá sido el amor propio buen consejero de Gladstone, empeñado en seguir una política en un todo opuesta á la de los conservadores.

Rumores siniestros circulan con más insistencia que nunca acerca de la Europa oriental. Hay quien ve ya la crisis; quien ve cien mil rusos amontonados en la frontera armenia, la Servia armada, la Bulgara también y la Rumelia oriental; los montenegrinos y los albaneses en lucha; la Grecia preparándose, é Italia, Austria, Alemania y Rusia aguardando la señal del combate. Sólo falta, para completar el cuadro, ver la población de Egipto sublevada contra el yugo británico; ver los rusos, señores de la Armenia, llegar al pie del Himalaya; el valle de Cachemir rebelado; las Indias en lucha abierta contra el Virrey inglés, y el apoyo del Czar invocado desde Bokhara á Ceylán. No faltan ciertamente pretextos á los indios y á los egipcios para rebeliones, cuya posibilidad no puede negarse.

Y es lo cierto que Rusia y Alemania se encuentran en una situación en la que no sería de extrañar hiciesen el mejor día cosas terribles en Oriente la una y cambiando la paz de la Europa la otra.

Son de admirar, al cruzar la Lituania, las poderosas obras militares que ha construído Rusia para proteger la frontera

de sus provincias bálticas. No es al Austria á quien teme por aquel lado.

Alemania es la que alarga extraordinariamente sus dos brazos, uno hasta las riberas del Báltico, en dirección de San Petersburgo, y otro al Sudeste, casi hasta Cracovia, encerrando en amoroso abrazo á la Polonia rusa. Necesita Alemania hacer del Báltico un mar suyo, donde pueda preparar y tener sus escuadras. Con razón se le atribuye el proyecto de apoderarse de Holanda y de la corriente del Mosa con Amberes; pero para ello necesita ante todo ser dueña del Báltico, base de sus operaciones futuras.

No tardaría entonces Alemania en ser dueña de toda la Polonia rusa, que atraería anulando el Kulturkampf, dando plena libertad de conciencia y favoreciendo sus aspiraciones á formar una potencia católica; y, ensanchada por aquel lado, Berlín haría sentir su peso sobre el Austria, por la parte de Hungría. Entonces quedaría coronada la obra del Canciller de Hierro: Bismarck habría hecho á Alemania invencible.

Pero, ¿puede fácilmente Rusia ser arrojada de Europa, por más que se le ofrezca en cambio el Imperio absoluto del Asia?

Tal es el problema de un porvenir no lejano, problema cuyos datos arrancan de la terrible teoría formulada por el mismo Bismarck: «Una potencia que deja de adquirir, dijo, empieza siempre á perder.»

Pero hay algo superior á todas esas combinaciones de la diplomacia, á esos arranques de la fuerza, en la misteriosa marcha de los imperios. Hay los accidentes y trastornos producidos por ese *quid divinum* que ningún político ni siquiera fisiólogo nos explica: la vida. De la vida de un anciano acaso, dependen á veces transformaciones providenciales é inesperadas que confunden el cálculo de los hombres.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Ramón de Campoamor (*de la Academia Española*). — *Los pequeños poemas*. — Quinta edición. La más completa de las publicadas hasta hoy — Madrid, Imp. de Victoriano Suárez, 1883. — Precio: Madrid, 5 pesetas; Provincias, 5,50.

¿Quién que en España ó fuera de España cultive la literatura y la poesía no conoce á Campoamor? ¿Quién no ha leído algunas de sus originales composiciones, y sobre todo, alguno de sus pequeños poemas? Y ¿quién leyendo alguno no lee los demás? Podrá discutirse con más ó menos erudición y acierto sobre el género creado por el gran poeta, con el nombre de *Doloras*; pero discutido y todo, el resultado ha de ser siempre el mismo. La composición se impone con avasallador interés. No conocemos poeta antiguo ni moderno que haya sabido como Campoamor popularizar por medio de la forma, y valiéndose de los más sencillos proce-

dimientos, los asuntos más graves y trascendentales. Esa difícil facilidad poética, esa manera nueva y por demás ingeniosa de hacer suave y delicado, al par que sencillo y grato, lo más filosófico y enmarañado; ese arte en fin de enseñar deleitando, vistiendo la más amarga crítica con el bello ropaje de la poesía que brota siempre natural y espontánea, esmaltada de profundos pensamientos, es don peculiar y exclusivo de Campoamor. Por eso su nombre ha traspasado las fronteras y por eso Campoamor es una gloria legítima de nuestra patria, á la que todos debemos respeto y admiración.

Esta nueva edición que examinamos se halla dividida en dos partes. Comprende la primera en 383 páginas los catorce poemas siguientes: *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas*, *Dulces cadenas*, *Historia de muchas cartas*, *El quinto no matar*, *La calumnia*, *Don*

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Juan, Las tres rosas, Dichas sin nombre, El trompo y la muñeca, La gloria de los Austrias y Los amores en la luna. En la segunda parte se dan á conocer en 249 páginas estos ocho poemas: *La música, La lira rota, Los caminos de la dicha, Por donde viene la muerte, El amor y el ría Piedra, Los buenos y los sabios, Los amorios de Juana y La utilidad de las flores.* Además, así la primera como la segunda parte, constan de un índice crítico con el extracto de las advertencias de las primeras ediciones.

Que la quinta que acaba de publicarse correrá en brevísimo plazo la misma suerte de las que le han precedido, no hay que decirlo, y mucho más si se tiene en cuenta lo económico del precio y los nuevos poemas que el abultado volumen contiene.

*
* *

Universidad Central.—*Memoria.*—*Anuario que se publica con arreglo á la instrucción 47 de las aprobadas por real orden de 15 de agosto de 1877.*—Madrid.—*Establecimiento tipográfico de Estrada, 1833.*

Este utilísimo y curioso trabajo comprende, en la *Memoria*, la Estadística de la enseñanza durante el curso de 1880 á 1881 y en el *Anuario*, la reseña histórica de la Universidad, el consejo universitario del distrito y relación de los profesores de las distintas facultades, del notariado, de las escuelas superiores y especiales de los institutos, de las escuelas normales de maestros y maestras, y de los doctores que forman parte del claustro extraordinario. Por último, bajo el título de *Varietades*, consigna los

catedráticos que han pronunciado el discurso inaugural desde 1845. los rectores de la Universidad desde igual fecha y la secretaría general con todas sus dependencias. Agradecemos al rector de la Universidad Central, Sr. Pisa Pajares, la atención con que nos ha favorecido, remitiéndonos un ejemplar de tan interesante trabajo.

*
* *

Congreso nacional pedagógico.—*Actas de las sesiones celebradas, discursos pronunciados y Memorias leídas y presentadas á la mesa. Notas, conclusiones y demás documentos referentes á esta Asamblea, seguido de una revista crítica de la Exposición pedagógica de 1882, publicado por la Sociedad El Fomento de las Artes, iniciadora del Congreso.*—Madrid.—*Imprenta y librería de Hernando, 1883.*—*Precio, 10 pesetas.*

El título de esta obra, sin necesidad de explicaciones, manifiesta claramente su objeto y su importancia.

Hasta la publicación de este libro, esmeradamente impreso á dos columnas, en cuarto mayor y con 450 páginas de lectura, solamente trabajos incompletos, si bien algunos muy estimables, se habían dado á luz respecto del Congreso pedagógico, que en la accidentada vida de la instrucción pública en España, constituirá un período notable, digno de estudio y gran meditación.

La obra, pues, á que por vía de anuncio consagramos estas líneas, como dice perfectamente la junta directiva del Fomento al distinguido impresor Sr. Hernando, será recordada en lo venidero como una manifestación de progreso y cultura realizada por la España contemporánea, y será con-

siderada como la expresión fiel y sincera de las necesidades docentes en los presentes tiempos.

Se trata, por lo tanto, de un libro de verdadero mérito y de verdadera utilidad, al cual tendrán que acudir forzosamente cuantos deseen conocer el estado de la instrucción pública en sus fuentes más principales y los remedios que se proponen por los que creen haber penetrado mejor en sus más apremiantes necesidades.

La obra termina con una advertencia que no debe, con efecto, pasar inadvertida. Se hace en ella constar el celo desplegado por los señores D. Pedro de Alcántara García y don Ildefonso Fernández Sánchez en la tarea, por todo extremo penosa, que tomaron á su cargo de revisar y corregir todos los materiales que constituyen el libro, y nosotros consignamos con satisfacción circunstancia que tanto honra á dichos ilustrados profesores.

Respecto al no menos distinguido Sr. D. Pedro Ferrer y Rivero, se manifiesta el gran servicio que prestara al escribir la *Revista crítica de la Exposición pedagógica de 1882*, trabajo que merece los plácemes que en justicia se le tributan. Por último, en dicha advertencia se hace notar, asimismo y en primer término por cierto, que á pesar de los mayores sacrificios realizados por ello, no ha sido posible obtener el original del discurso pronunciado por el Sr. Castelar, quien teniéndolo en su poder desde el mes de julio último, para su revisión, se ha negado constantemente á entregarlo y á que se publique tal como fué pronunciado. Es de sentir que el libro carezca de esa brillante página, y en verdad no acertamos á comprender cómo el Sr. Castelar ha condena-

do á prisión perpetua un trabajo que numeroso público había oído y aplaudido y al que parecía tener derecho la Sociedad, quien debía recogerlo como los demás materiales del Congreso en sus respectivas actas.

No terminaremos esta corta reseña sin dar las más expresivas gracias al Sr. D. Modesto Fernández y González, presidente del Fomento de las Artes, y uno de los más valiosos campeones del progreso de la enseñanza, por su bondad y atención al remitirnos un ejemplar del libro que ligeramente hemos examinado.

*
* *

El presidente de la Junta directiva de la Asociación mutua del ejército y de la Armada, señor brigadier Vallejo, ha tenido la amabilidad de remitirnos un cuadro en que constan las cantidades entregadas por dicha Asociación y los conceptos en que han sido dadas, resultando con la evidencia de los números, al par que las desgracias é infortunios remediados, los grandes beneficios que tan patriótica y caritativa Asociación viene prestando.

Desde noviembre de 1874 hasta mayo de 1882, que es el período que abraza el cuadro que tenemos á la vista, se han entregado 99.055 pesetas 75 céntimos, distribuídas de este modo: por auxilios transitorios 11.288, por auxilios fijos 87.000, y por cuotas devueltas 767 y 75 céntimos.

Tal es la importante suma con que la Asociación mutua ha socorrido en el período indicado á sus hermanos de armas y á las familias de éstos que han necesitado de sus auxilios, encareciendo por tan elocuente medio la importancia de su instituto.

*
* *

Juan Ramón y Vidal.—*Preservativo del carbunco en los ganados, ó sea compendio descriptivo y detallado de los adelantos observados en la comisión al extranjero desempeñada por el autor.*—Imprenta de Nicolás González. — Madrid.— Precio, 3,50 pesetas.

El día 8 de julio de 1882 se publicó una real orden, siendo Ministro de Fomento el Sr. Albareda, comisionando á D. Juan Ramón y Vidal, ingeniero agrónomo, jefe de cultivos del Instituto Agrícola de Alfonso XII, para que pasara á Francia con el objeto de estudiar los procedimientos que en esta nación se emplean para prevenir y combatir las enfermedades que atacan al ganado, y especialmente las de naturaleza contagiosa, debiendo presentar, terminada su comisión, una Memoria comprensiva de sus resultados y observaciones sobre el particular.

Hé aquí las causas que dieron origen al presente estudio, cuyas dificultades son tales, que el autor, á pesar de su reconocida competencia, dice al comienzo de la obra:

«Honrado con la comisión á que alude la real orden que á continuación se inserta, comprendí desde luego lo delicado del encargo y lo espinoso de su cometido, del cual hubiese rogado se me relevase, si se hubiera tratado de enfermedades en general, por saber harto bien que no tenía competencia para ello; mas tratándose especialmente de las contagiosas en todo cuanto se refiere y relaciona con los conocimientos modernos, debidos casi en su totalidad al talento del por tantos y tantos conceptos célebre

Mr. Pasteur, quien no porque su profesión fuera la medicina ó la veterinaria ha dejado de prestar servicios inmensos á la patología y á la terapéutica, no tuve el menor inconveniente en aceptar distinción tan honrosa é inmerecida, mucho más cuando de mí sólo se exigía que diera cuenta de los adelantos realizados en Francia, que es lo que constituye á la vez el fin y objeto del presente compendio.»

Esta obra, dividida en siete capítulos, estudia la materia que se propone dar á conocer en la siguiente forma:

- Capítulo 1.º Ligeras nociones sobre los seres infinitamente pequeños.
- Cap. 2.º El cólera de las gallinas.
- Cap. 3.º El carbunco.
- Cap. 4.º Profilaxis del mismo.
- Cap. 5.º Modo de practicar la vacunación carbuncosa.
- Cap. 6.º Septicemia. Método listeriano.
- Cap. 7.º Causa de la no ejecución de la real orden referente á vacunación carbuncosa.

Y una vez señaladas á grandes rasgos las divisiones principales de este compendio y conocidos su objeto, su fin y las causas que le dieron origen, sólo nos resta felicitar al señor Ramón y Vidal por los felices resultados por él obtenidos para el estudio y conocimiento de esta importante materia.

El trabajo que á la vista tenemos demuestra cumplidamente que el éxito ha venido á coronar sus esfuerzos, lo cual sucede siempre que se trata de personas tan ilustradas y laboriosas como el Sr. Ramón y Vidal.

H.

ÍNDICE DEL TOMO XLV

15 DE MAYO DE 1883.

	<u>Págs.</u>
La moderna sociología, por D. Cristóbal Botella.....	5
La justicia en el impuesto (conferencias pronunciadas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid), por D. Raimundo F. Villaverde.....	28
La Grecia clásica y el Cristianismo (conclusión), por D. Saturnino Jiménez.....	40
Hogaño y Antaño, por D. M. Gutiérrez.....	60
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry.....	67
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	77
Crónica política, por R.	102
Revista extranjera, por S.....	111
Boletín bibliográfico, por X.....	121

30 DE MAYO DE 1883.

<i>H</i> Origen de los foros en Galicia, por D. José Villa-amil y Castro.....	129
España en Massachussets, por D. C. Soler y Arqués.....	154
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero.....	176
Curso de historia (quinta conferencia), por D. Laureano Figuerola...	196
A los ilustres representantes en Madrid del ejército portugués (poesía), por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.....	212
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	215
Crónica política, por U.....	228
Revista extranjera, por S.....	233
Boletín bibliográfico, por H.....	242
Congreso de americanistas	253
Certamen frenopático.....	255

15 DE JUNIO DE 1883.

	Págs.
Estudios gramaticales, por D. Francisco Fernández Iparraguirre, catedrático de francés del Instituto de Guadalajara	257
España en Massachussets (continuación), por D. C. Soler y Arqués..	281
Curso de historia (sexta conferencia), por D. Manuel Pedregal.....	305
Moallakas (continuación), por D. Vicente Tinajero Martínez.....	333
Bocetos yankees, por Tulsamar.....	344
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	350
Crónica política, por U.....	358
Revista extranjera, por S.....	365
Boletín bibliográfico.....	376

30 DE JUNIO DE 1883.

La civilización egipcia y griega en América, por D. Bernardino Martín Mínguez.....	385
Moallakas (conclusión), por D. Vicente Tinajero Martínez.....	408
Curso de ciencias naturales (conferencia pronunciada en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid), por D. Aureliano Maestre-de San Juan.....	417
La madre de familia, por D. José Moreno Fernández.....	444
Bocetos yankees, por Tulsamar.....	458
Lavretzky (novela, continuación), por Ivan Tourguenef.....	465
Crónica política, por U.....	488
Revista extranjera, por S.....	498
Boletín bibliográfico.....	507

